La dama hermosa de los ojos vacíos

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

LA DAMA HERMOSA DE LOS OJOS VACÍOS

(Novela)

Premio Ciudad de Baena

"Salve, oh Siete Seres, los que sustentáis la balanza de la noche, los que decapitáis y degolláis, los que rasgáis los pechos, y lleváis a cabo matanzas en el Lago de Fuego...

(Libro de los muertos)

INTRODUCCIÓN

ERAN LAS 18,45 DE UN SÁBADO OTOÑAL, la hora de mayor afluencia a las cafeterías; más de trescientas personas abarrotaban el local de *Europa 2.000*, uno de los más lujosos de la ciudad. Una mujer estaba aparcando su vehículo en las inmediaciones cuando oyó la explosión. Más tarde la describiría como un estallido seco, que pareció surgir del centro de la tierra; pudo ver una densa columna de humo saliendo de la cafetería, al tiempo que saltaban en mil pedazos los cristales del gran escaparate y el público huía, aterrorizado.

Las zonas cercanas se estremecieron; la confusión fue enorme, y pronto muchos curiosos se habían congregado en los alrededores. El edificio tenía veinte plantas de oficinas, que estaban desocupadas en aquel momento.

El local se llenó repentinamente de un humo espeso y negro con olor a pólvora; algunas víctimas murieron en el acto, alcanzadas de lleno por la onda expansiva o aplastadas bajo los cascotes. Todo quedó por un momento a oscuras, pero luego las luces se encendieron, salvo aquéllas que habían sufrido más directamente la proximidad de la explosión.

Una gran zona de la planta baja se había derrumbado, y una avalancha de escombros aprisionó a muchos clientes; la pared medianera entre el salón y los servicios estaba destrozada y los azulejos se habían desprendido, dejando al aire ladrillos y cemento. También cayeron escayolas del techo, y el lugar de los lavabos era un amasijo de tubos, cables y cañerías; los sanitarios se habían desgajado y fueron proyectados a distancia.

Cuando ocurrió la explosión, en el salón de la planta inferior se hallaban merendando gentes de todas las edades, que resultaron brutalmente mutiladas. Tras un primer momento de desconcierto, los que quedaron heridos de menos gravedad ayudaron a salvar a los más graves, improvisando camillas y parihuelas; algunos automóviles que pasaban por la calle los transportaron a diversos centros sanitarios.

Inmediatamente llegaron médicos y fuerzas de la policía; la acera había quedado sembrada de cristales y un gran tablón se había desprendido de la marquesina, interceptando el paso. Las luces del salón superior estaban encendidas, así como el gran letrero luminoso en la fachada, donde podía leerse el nombre de la cafetería. Fueron llegando ambulancias y empezó a organizarse el rescate de las víctimas.

Varios policías habían acordonado el lugar apartando a la multitud, y algunos hombres y mujeres trataban de romper el cordón policial. Mientras, especialistas en explosivos investigaban la posible existencia

de un nuevo artefacto.

Los peatones seguían arremolinándose bajo la lluvia, pese a los intentos de las fuerzas del orden por dispersarlos. Más allá, la ciudad se extendía bajo un horizonte de humos; una maraña de edificios se alzaba bajo la línea ondulante del horizonte, y de ella surgían torrecillas entre masas verdes de árboles punteadas de hojas cobrizas. Enfrente de la cafetería, la policía tuvo que actuar para que un grupo de fotógrafos y periodistas no fuera agredido. Dentro, los bomberos se movían entre tablones y trozos de pared, bajo los cables que antes ocultara el doble techo y que pendían ahora de las vigas. Las bocas de los tubos de ventilación se abrían, redondas, en el muro; se había procedido a cortar las llaves del gas y el agua, para evitar escapes o inundaciones.

En algunos casos fue difícil la identificación: algunos cadáveres estaban magullados y por completo irreconocibles, y una mano que había sido cortada limpiamente permanecía abierta sobre los cascotes.

Todavía quedaban restos de comidas sobre las mesas destrozadas, y los manteles claros estaban manchados de polvo y de sangre. Enfermeros y policías saltaban por encima de los muebles, recogiendo aquí y allá algún cuerpo, mientras los tubos de neón desprendidos se balanceaban al extremo de los cables eléctricos.

Varios testigos declararon a la policía haber visto, minutos antes de ocurrir la explosión, a un hombre joven de cabello rubio que entraba en los lavabos con una bolsa de deporte en la mano; poco después había salido sin la bolsa y subió corriendo las escaleras. Todos coincidieron en que vestía un jersey rojo y una camisa a cuadros. Enseguida sobrevino la tragedia.

Según las primeras estimaciones, una bomba de unos doce kilos, activada por un sencillo mecanismo de relojería, había estallado cerca de los lavabos, en el primer sótano del local. Los heridos fueron llegando a los distintos centros: los servicios de recepción de sangre se vieron pronto desbordados, ya que varias emisoras de radio habían convocado a los posibles donantes, que estuvieron acudiendo durante varias horas.

Los cadáveres de trece personas, víctimas del atentado, yacían cubiertos con sábanas en el depósito judicial; poco a poco se fue distanciando el ulular de las sirenas y de los coches patrulla, mientras las camillas con los heridos se alineaban en los hospitales y los familiares trataban de localizarlos.

En la calle se habían encendido las farolas, porque los días iban haciéndose más cortos. El paso elevado estaba envuelto en una luz amarillenta que lo inundaba todo; los coches al pasar la reflejaban en sus curvas y en sus metales, y las señales de tráfico eran como brillantes ojos de color.

***

EL JOVEN TERRORISTA llevaba tres días en la ciudad y sólo había salido por la noche para estudiar ciertos lugares, y los medios de transporte. Ocupaba en un barrio periférico un piso bajo, normalmente deshabitado, y que había sido acondicionado como refugio, o zulo.

En el sótano había una pequeña habitación a la que se accedía por una trampilla en el suelo, oculta por una alfombra. Contenía una litera doble, dos sillas plegables, un receptor de radio y varios objetos en una estantería.

Cuando se despertó, observó a la muchacha que seguía durmiendo en la cama inferior: era morena, con el cabello oscuro y los labios carnosos y húmedos. Se percató de que su respiración era tranquila y acompasada.

Retiró la manta, saltó de la litera y se puso de pie. Era un hombre delgado, de pelo rubio y liso y un rostro estrecho y anguloso. Representaba veinticinco años, y no era demasiado alto. Llevaba puesto un slip marrón, se encajó un pantalón vaquero y se estuvo abotonando la camisa.

Mientras se vestía estuvo pensando en los detalles de la operación; en realidad, no era nada nuevo para él. Decenas de veces había pasado la frontera en coche o a pie, y conocía las rutas como la palma de su mano. Sólo había sufrido un percance, a consecuencias del cual su mejilla estaba surcada por una fina cicatriz.

Estuvo contando unos billetes en moneda francesa y española y los guardó en el bolsillo; encendió la

pipa y le dio una profunda chupada. Más tarde revisó el material: en la estantería había frascos con productos químicos, junto a varias matrículas falsas de automóvil. En un rincón, una simple caja de madera ocultaba armas y municiones, y en el suelo junto a la pared había un aparato de captación para emisoras policiales, una multicopista y una vieja máquina de escribir.

-Vaya mierda -se dijo.

De una carpeta sacó diversos planos del centro de la ciudad, donde estaban marcados los centros oficiales y las comisarías. Estuvo revisándolos a la luz de una lámpara en la que habían colocado a modo de pantalla una blusa de mujer. Hasta allí llegaban las notas de una música de jazz, y a través de la trampilla semiabierta notó el tufillo de un guiso reciente.

-Dios bendiga a Luci-suspiró.

Su compañera seguía durmiendo. Pasó la mano suavemente sobre su vientre, y notó su incipiente embarazo. Ella se estremeció. Luego se dio la vuelta y se quedó de cara a la pared.

-Descansa -le dijo él al oído. -Va a hacerte falta.

De pronto se le ocurrió considerar qué ocurriría si alguien bloqueaba aquella entrada: tendrían que morir como ratas, asfixiados en aquel sótano. Se pasó la mano por la frente.

-Tranquilo -se dijo.- Estás demasiado nervioso.

Alzó la tapa del cajón: dentro había un par de metralletas, una escopeta con los cañones recortados y un revólver calibre 38, con el número borrado. Limpió la pipa cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo. Luego se sentó en el suelo: allí, sobre uno de los planos, estuvo trazando varios itinerarios alternativos.

-Tendré que destruir esto -gruñó.- Es mejor saberlo todo de memoria.

Aquella atmósfera lo ahogaba y le producía claustrofobia. Afortunadamente, pensó, sería ya por poco tiempo. Del cajón sacó varios cartuchos envueltos en papel parafinado. Contenía cada uno cien gramos de explosivo y medían unos doce centímetros de largo por algo más de dos de diámetro. Luego alcanzó de debajo de la cama una bolsa de deporte y fue acoplando dentro los cartuchos hasta un centenar, lo que suponía una carga explosiva de diez kilos.

-Con esto será suficiente -sonrió para sí.

A nadie podía llamarle la atención verlo entrar en la cafetería con aquella bolsa: la dejaría en el primer sótano junto a los lavabos, y saldría a toda prisa. Unos minutos después, todo habría terminado.

Sabía que la policía lo estaba buscando, pero nunca en la ciudad. Se le suponía implicado en varios atentados mortales, así como en atracos y secuestros. Pero él dominaba la situación: conocía de sobra el manejo de toda clase de armas y explosivos, y los compañeros lo aguardaban al otro lado de la frontera que cruzaría de madrugada.

Había pensado provocar la explosión por medio de un reloj de pulsera, pero se dio cuenta de que todo tenía que suceder con una exactitud de segundos, y optó por el sistema más seguro del despertador. Cogió uno del estante y lo estuvo preparando, con una pila eléctrica y el fulminante. Al llegar el momento exacto, giraría la manecilla haciendo contacto y provocando la explosión. Lo puso todo dentro de aquella bolsa de aspecto inocente.

-Vamos, despierta -le dijo a la muchacha, removiéndola. Ella se desperezó, y mostró una bonita dentadura al sonreír. Luego se puso seria.

-¿A qué hora será? -Él denegó.

-Prefiero que no sepas nada. Es más seguro así.

La cama crujió cuando ella se incorporó para sentarse. Luego lo miró con sus ojos negros y brillantes.

-Quiero que me prometas que nuestro hijo nacerá en América. Quiero ir a mi tierra, y pronto.- Él le acarició el vientre con suavidad.

Iremos muy pronto. Te lo prometo. Pero ahora, vístete. Quiero que Luci y tú salgáis enseguida.

Ella estaba en sujetador, con unas bragas diminutas. Ya se le empezaba a notar su embarazo. Él la atrajo hacia sí.

-No puedo consentir que te ocurra nada -dijo sordamente, besándola.

La chica empezó a vestirse, y luego se estuvo alisando el cabello. De pronto se volvió.

-¿De veras no te molestará tener un hijo? -Él recorrió su mejilla con el envés de la mano.

-¿Ahora sales con esas? Sabes que es todo lo contrario. Pero vamos, termina. Se pasa el tiempo sin

sentir. -Ella se echó hacia atrás, entrecerró los ojos y recitó de memoria:

"Hathor, hija de Ra, que sustentas la balanza de la noche, que llevas a cabo matanzas en el lago de fuego..."

-Otra vez el libro de los Muertos -suspiró él.- Por favor, deja eso. Me pone nervioso. -Ella lo besó en los labios.

-Perdona -dijo con un mohín.

Sintieron unos golpecitos en la trampilla y miraron hacia arriba. Vieron asomar la cabeza casi infantil de Luci. Tenía el pelo muy corto y era delgada en exceso, con el pecho liso como el de un muchacho. Llevaba un jersey negro de cuello alto y unos pantalones vaqueros que la hacían parecer aún más joven.

-¿No vais a subir? -preguntó. -La comida está hecha. Tengo un guiso de chuparse los dedos, dentro de lo que cabe. -Él se echó a reír.

-Me lo figuro, porque huele muy bien.

Él subió deprisa los peldaños de la escalera casi vertical, y a mitad de camino se volvió para ayudar a su compañera. Ella lo rechazó con un gesto.

-Vamos, no creas que soy una inútil. Los hombres creéis que sois imprescindibles.

-¿Y no lo somos?- sonrió él.- Al menos, lo somos para algunas cosas. -Ella se echó a reír.

-Para muy pocas cosas.

-Venga, a comer -insistió Luci. Sobre una mesa estaban los platos y cubiertos dispuestos, y unos botellines de cerveza. El hombre la observó un momento. Parecía mentira que un cuerpo tan frágil pudiera albergar tanta energía. Era un enlace eficiente y de toda confianza, y la encargada de conservar aquel lugar como escondite. Vigilaba siempre, y había sorteado momentos de verdadero peligro. Además, para la policía era una completa desconocida. Tres días antes los había recogido en su coche cuando llegaron a la estación; desde allí los llevó al piso franco, que estaba considerado por los vecinos como residencia de varios estudiantes fuera de toda sospecha. Ella le lanzó una peluca femenina.

-Deberías ponértela -rió.- Es una imprudencia andar con ese pelo rubio por la vida. Todas las chicas tienen que mirarte.

Él había cogido la peluca en el aire y se la devolvió.

-Pues sí que estaría discreto con esto -rió a su vez.

Los tres se sentaron a la mesa y estuvieron comiendo con apetito. La muchacha delgada cogió una manzana del frutero y, sin pelarla, empezó a morderla. Luego lo miró fijamente.

-¿Nos vas a contar los detalles?-preguntó. Él negó con la cabeza.

-No hace ninguna falta, quiero manteneros al margen. Por cierto, para otra vez a ver si renuevas la biblioteca. Durante tres días no hemos podido leer más que el libro de los Muertos, y María ya se lo sabe de memoria. Qué gustos más raros tienes.- La chica se encogió de hombros.

-Alguien lo dejó ahí. ¿Qué literatura prefieres?

-Literatura policíaca. Chandler, Hammet, algo así.- Ella se había puesto en pie y empezaba a llevarse los platos a la cocina.

-Se hará como deseas -dijo, con una graciosa reverencia.

Luego fue hacia el teléfono y marcó unos números. No contestó nadie, y colgó con un gesto de impaciencia.

-A la mierda -dijo.- Luego dirá que no me he despedido.

Cogió un bombón de una caja y lo trituró con sus dientes menudos. Le ofreció la caja a la pareja.

-Endulzáos la vida.

Nadie hubiera dicho que aquella muchacha hubiera recibido instrucción militar, y menos que fuera una excelente tiradora. Él cogió un bombón, lo lanzó al alto y lo alcanzó con la boca.

-Bien de reflejos -dijo ella.- Eso también lo hace mi perro.

Salió de la habitación y volvió al poco repeinada, con una falda hasta los pies y una blusa de algodón. Su amigo emitió un largo silbido.

-Eso es otra cosa- le dijo. Ella inició un gesto soez.

-Que te den morcilla, guapo. -La amiga se echó a reír. Eran ambas tan diferentes, y, sin embargo, parecían complementarse. Las dos muchachas no tendrían dificultad para cruzar la frontera en automóvil, pensó él. María era casi una niña, y de pronto le pareció que había sido una gran imprudencia permitir que

lo acompañara.

-Debes ponerte una chaqueta -indicó, -Puede hacer frío por la noche. -Luci asintió.

-Yo le prestaré una. A mí me está grande. Por cierto, nos llevaremos algunos bombones. Ésta tiene que comer por dos.

-Quiero que os alejéis cuanto antes, ¿entendido? Nos encontraremos al otro lado. Os hospedaréis donde la última vez, y no tenéis que preocuparos por mí. Es posible que tarde algún día en llegar, depende de cómo se pongan las cosas. Pero vosotras no tenéis que deteneros por nada.- Luci asintió.

-A la orden -dijo con sorna.- Usted manda. Ahora comienza la fiesta.

-Tened cuidado con la carretera -dijo él. -Estará peligrosa.

De pronto le pareció que María estaba preocupada y tensa, y aquello no le gustó. Luci había sacado una pistola de un cajón y la guardó en un bolsillo de la falda.

-Ten cuidado con eso. No es ningún juguete -dijo él. -Ella se volvió en redondo.

-Ya sé que no es ningún juguete, ¿Qué te crees? Siempre el paternalismo machista. ¿Cuándo os vais a convencer de que podemos caminar sin andaderas?

-Perdona -rectificó él, besándola en la mejilla.

-Descuida, la cuidaré como a la niña de mis ojos. A ella y al crío, claro está. Desde luego, se te ocurren unas cosas... Estarían mejor a mil leguas de aquí. -Él pareció acusar el golpe, mientras su compañera permanecía silenciosa.

-Tienes razón, no debí ceder. En fin, ya no tiene remedio. No perdamos la calma, todo irá bien.

-Seguro -dijo ella.

Las abrazó a las dos, y su compañera lo miró con gravedad.

-Cuídate tú -le dijo, y se besaron apasionadamente.

Llevaban por todo equipaje una mochila y un pequeño maletín. Él las acompañó hasta el automóvil, que estaba aparcado varias calles más allá.

-No os detengáis por nada -insistió él. -Pase lo que pase, seguid adelante.

-Te pegaré una patada en el culo si sigues dándonos consejos -dijo Luci.- Descuida, que no nos cogerán. Espero que cuando nazca el niño haremos un bautizo en toda regla. -Él rió forzadamente.

-Seguro. Brindaremos con una bañera de champán.

Alzó la mano para despedirse y volvió a la casa. Sobre la mesa quedaban algunos alimentos y los estuvo recogiendo. Se puso un jersey rojo. Luego tomó la bolsa de deporte y salió a la calle, miró a ambos lados y empezó a caminar deprisa por la acera; llegó a la parada del autobús y cogió el primero que pasaba, sin preguntarse en qué dirección lo llevaría. Era lo mismo, tenía mucho tiempo y debía alejarse de allí.

Iban a ser las siete menos veinte cuando, desde una esquina, observó la entrada de la cafetería; caía una fina lluvia, entró en una cabina telefónica y dejó la bolsa en el suelo para hacer una llamada. Tenía el pulso tranquilo y la mirada fría, y aguardó unos segundos, hasta que al otro lado le contestó una voz masculina. Él le dio un mensaje y escuchó; la voz del otro mostró incredulidad.

-Pero, ¿Qué dice?

-Lo que oye, amigo. No digan que no les he advertido.

Apoyó la bolsa en la repisa y accionó el percutor. Una extraña fuerza lo empujaba. Miró su reloj de pulsera y vio que todavía faltaban cuatro minutos para las siete menos cuarto. Luego se aproximó a la cafetería. Todas las luces estaban encendidas; grupos de personas entraban, mientras que otras abandonaban el local. Se fijó en el escaparate, donde había bandejas con pasteles y bollería.

-Vamos, ya -pronunció en voz alta.

Las puertas de cristal bascularon; dio un vistazo rápido al salón que había visitado la víspera, y a las escaleras del fondo, y se dirigió a ellas, bajando deprisa los escalones. Dejó a un lado la barra del bar y se dirigió a los servicios; al pasar, vio a una hermosa mujer sentada a una mesa frente a un hombre joven, con barba.

-Lo siento -dijo sinceramente para sí, y siguió adelante. No pudo evitar una sonrisa, al pensar que unos minutos antes había llamado a la cafetería, dando la alarma. Estaba seguro de que nadie prestaría atención; en todo caso, la policía no tendría tiempo de llegar. Entró en los servicios y dejó la bolsa pegada al tabique, saliendo después.

Notaba las venas de su frente latir desaforadamente. Sin mirar a los lados se dirigió con rapidez a la

escalera, subió los peldaños silbando entre dientes y al salir del local suspiró, aliviado. Sentía la lluvia golpeando con más fuerza en su cara, y saltó un charco con agilidad. Había mucho tráfico, y estuvo a punto de que lo atropellara un automóvil. Sin querer, se halló recordando un párrafo del libro de los Muertos:

"Fajaron sus brazos y sus manos, y el cuchillo cortó sus coyunturas..."

***

SÁBADO POR LA MAÑANA.

PRIMERA PARTE

APENAS UN TÍMIDO SOL alumbraba con un resplandor rosado las fachadas más altas; abajo, entre hileras de árboles, rodaban ya numerosos vehículos. El barrio residencial se despertaba tras una noche lluviosa, y todavía el cielo estaba surcado de nubes. No había apenas contaminación en este lugar, porque sus calles eran amplias y poco transitadas. Los edificios eran lujosos y unifamiliares, y ante ellos se extendían zonas ajardinadas. Había unos pocos vehículos detenidos ante las aceras, pero la mayoría estaban encerrados en sus garajes. Sombras azules y alargadas estiraban sobre el asfalto la silueta de los árboles; las ramas se agitaban, enmedio de un olor a tierra mojada.

Una verja se abrió, y el jardinero saludó con una inclinación de cabeza al caballero que salía.

-Buenos días- le dijo.- Parece que hoy seguirá lloviendo, han anunciado nubes y claros. -Él asintió.

-Ya lo he oído esta mañana -dijo.

El auto subió la cuesta velozmente, giró y se dirigió hacia el centro. Los bancos estaban todavía cerrados.

-Tendré que aguardar -dijo el hombre en voz alta. Tenía ojeras y parecía no haber dormido. Estuvo tratando de poner orden en sus ideas, pero no lo consiguió. Aquello era el final: tantos años de lucha, y ahora veía su obra destrozada.

-He sido un imbécil -se dijo.

Sacó una cajetilla de la guantera y extrajo un cigarrillo que encendió nerviosamente. Luego, su vida fue pasando ante él como en una vieja película muda. Se había quedado viudo de su primera esposa; se volvió a casar con una mujer joven, y ahora, por circunstancias ajenas a él, su empresa se veía arrastrado a la catástrofe. Ella parecía ajena a todo: viajaba, gastaba sin medida, entraba y salía, todo sin tener en cuenta su mala situación financiera.

-En fin, yo me lo he buscado -suspiró. -No puedo quejarme.

En el despacho, los minutos se le convirtieron en horas. Estuvo revisando papeles y tratando de hallar una solución; había terminado la cajetilla, y cada vez se sentía peor. Curiosamente, se sorprendió pensando en sus empleados: algunos llevaban en la empresa casi tanto tiempo como él, y siempre le habían sido fieles. Daba de comer a mucha gente, y eso le hacía sentirse menos culpable por su propio tren de vida.

Últimamente, la crisis del petróleo había afectado a todas las empresas, sobre todo a las medianas como la suya. Tenía una cadena de tiendas de alta confección de señora, y en especial la industria del lujo se había visto dañada con más severidad.

-Toda una vida luchando, para esto- pensó. -Y sin ayuda de nadie.

Sus comienzos fueron difíciles, ciertamente; pero eran otros tiempos y él era joven y decidido. En realidad, detrás de su éxito había una buena organización y mucho trabajo. Sus ideas siempre fueron osadas: quizá se había expuesto demasiado, se dijo. Luego miró el reloj. Eran las cuatro, y no había almorzado

todavía. Se pasó la mano por la frente y fue a descolgar el teléfono; luego lo pensó mejor y desistió de la idea.

-No tengo que inquietarla, al menos por ahora -musitó.

Por el teléfono interior llamó a su secretaria. Tiró la cajetilla vacía a la papelera, y de un cajón sacó una pitillera de oro, de donde extrajo un nuevo cigarrillo. Cuando lo encendió, ya la secretaria estaba ante él con unas cuartillas en la mano. Él observó su aspecto desolado.

-¿Qué quería ese hombre? -le preguntó. Ella bajó la mirada.

-Dice que tendrán que hacer una inspección. Simple rutina, según él, pero en realidad... -Él la interrumpió.

- No se preocupe, todo se arreglará. Tenemos cosas más serias en qué pensar. -El rostro de la mujer expresó tristeza.

-Usted no se merece esto- dijo sinceramente. Él la miró, y se sintió agradecido.

-Empezaremos de nuevo y recuperaremos lo perdido -dijo con convicción.- Todavía tenemos fuerzas para rehacernos.

La mujer sentía veneración por él y lo trataba con un afecto casi maternal. Era la más antigua de la empresa, y desde siempre fue su secretaria de más confianza. Había tenido otra mucho más joven y guapa, y al final se había casado con ella. No pudo menos que estremecerse.

-No hay que considerarse vencido -insistió, y sus propias palabras parecieron infundirle un ánimo que necesitaba mucho. La mujer suspiró.

-Los tiempos son malos para todos. -Él se levantó del asiento.

-Es tarde, y no ha almorzado todavía -dijo. -Vamos, váyase. Ella lo observó con gravedad.

-Tampoco usted ha almorzado.

-Es cierto. Puede irse, no la necesitaré hasta mañana. -Ella sostuvo su mirada.

-Muchas gracias -le dijo.

Él se entretuvo todavía ordenando unos documentos que guardó en la caja fuerte. Miró por la ventana y distinguió un cielo velado por las nubes. Se quedó un momento pensativo y luego decidió marcharse a casa.

-Mañana será otro día -murmuró.

Salió al vestíbulo, donde una muchacha pecosa se adelantó a su encuentro. Llevaba una carpeta bajo el brazo.

-¿Podría mirar esto? -preguntó. Él se detuvo en seco.

-Santo Dios, ¿todavía está aquí? Vaya a almorzar, pero antes pida mi coche, ¿de acuerdo?

Fuera había empezado a llover; abrió la ventanilla y sintió el frescor reconfortante de la lluvia en la cara. Dejó atrás el centro y entró en la urbanización, entre un bosquecillo de chopos. Todos los días hacía el mismo recorrido, pero hoy todo le parecía distinto.

-Veremos cómo acaba esto. En fin, podría ser peor.

Abrió la verja con el mando a distancia y el coche tomó el camino de gravilla, que chirrió bajo las ruedas, hasta una plazoleta ante la casa. Los macizos de rosas estaban todavía florecidos; habían vaciado la piscina y el jardinero fregaba el gresite del fondo con un cepillo de raíces. Luego, con el mando, él accionó la gran puerta abatible. Solía haber cuatro coches en el garaje y dos eran de ella. Hoy faltaba uno.

-Ha salido -se dijo, contrariado.

Arriba lo recibió la doncella, que lo observó con curiosidad. Le dijo que la señora no estaba en casa, y que no volvería hasta la noche.

- No me había dicho que saldría -dijo él, disimulando su disgusto.

Entró en su habitación y dio un vistazo al espejo: sólo entonces se percató de que no se había afeitado por la mañana. Se pasó la mano por el mentón y movió la cabeza.

-Estoy degenerando -pronunció con amargura.

No tenía ninguna gana de comer, y hasta sentía náuseas. En el aseo se afeitó cuidadosamente, como si con aquella simple actividad pudiera superar las torvas ideas que lo acosaban. Dejó la maquinilla en la repisa, y al hacerlo volcó un frasco de loción que se estrelló contra el pavimento, haciéndose añicos. Él soltó un juramento.

-Qué torpeza -gruñó.

Dirigió una mirada al espejo que había sobre el lavabo: observó las profundas arrugas que surcaban su frente, y su cabello que, habiendo sido oscuro, se estaba volviendo gris. Luego entró en el dormitorio

gemelo que ocupaba su esposa. Había prendas esparcidas sobre los asientos, que la doncella no había retirado aún, y permanecían abiertas las puertas de un armario de luna que ocupaban todo un panel de la pared.

Miró alrededor: sobre una banqueta había un salto de cama de satén con el cuello de armiño, y en el tocador envases abiertos con distintos cosméticos. No podía decirse que su esposa fuera una mujer ordenada, pensó.

Sobre una mesa baja, al lado de una bandeja con los restos del desayuno había una baraja francesa, un encendedor de oro y coral y un paquete de cigarrillos. Maquinalmente, extrajo uno y lo encendió. Luego se aproximó al ropero, acarició aquellas pieles suntuosas y experimentó un sentimiento de ternura. El espejo múltiple le devolvió su imagen abrumada, mientras sentía bajo los dedos la suavidad del visón. Se dio la vuelta, y vio algunas joyas esparcidas sobre la cama.

-No debería dejar esto así -pensó.- Es una tentación para la doncella.

Encima de la cómoda estaba su retrato de boda: ahora se daba cuenta de que la diferencia de edad entre ambos resultaba evidente. Abrió el cajón superior, halló en el fondo un joyero dorado y vio que faltaba la hermosa pulsera de diamantes que él le había regalado. Sacó el estuche para guardar las joyas esparcidas, y entonces vio el papel. “Alguna factura”, se dijo. Estaba plegado en cuatro dobleces y pensó dejarlo, pero cambió de opinión y sacó la nota. Era una carta breve, y la letra le resultó conocida.

-Vaya -dijo, con el ceño fruncido.

Se quedó frío leyendo aquellas líneas. Llevaban la fecha de la víspera y eran muy expresivas. Mencionaban un lugar y una hora, y aunque no llevaban firma, a él no le cupo duda de quién las había escrito. Las fuerzas lo abandonaron y tuvo que sentarse al borde de la cama.

-No puedo creerlo -musitó.

A la primera impresión de incredulidad sucedió un sentimiento de cólera: fue a romper el papel, pero no lo hizo, sino que volvió a plegarlo y lo dejó en el sitio donde lo había encontrado. Se mordió los labios hasta hacerlos sangrar.

-Hijo de perra -masculló. De pronto se sintió un pobre hombre frustrado y engañado. Había olvidado todos sus problemas financieros, y sólo pensaba en una cosa: era aquélla, sin duda, una carta de amor y, además, contenía una cita. Algo en su interior reaccionó con violencia.

-Nunca me ha querido -gimió. Miró de nuevo las prendas colgadas en el armario, y al anterior sentimiento de ternura sucedió otro de despecho. Hubiera deseado abofetearla.

-Soy un imbécil -dijo, sollozando.- Un imbécil, y además un cabrón.

***

A las cinco de la tarde una mujer abandonó su automóvil y se dispuso a entrar en un suntuoso edificio. Tomó un ascensor que era una pieza de museo, y que al llegar a la segunda planta se detuvo con suavidad. Ella llamó a la puerta que ostentaba el rótulo de un conocido gimnasio y al instante acudió una muchacha joven, embutida en un uniforme impecable.

-Viene muy tarde hoy- sonrió. ¿Va a hacerse la cara?

-No tengo tiempo -dijo ella. -Tan sólo tomaré la sauna. Quería también reservar hora para el masaje.

-Como usted quiera -dijo la chica.

Ella se fue directamente a una cabina y se cambió el vestido de lana por una malla de gimnasia. Al encaminarse al salón se miró en los altos espejos rosados, que le devolvieron su esbelta figura. No había cumplido treinta años y tenía veinte menos que su esposo. Por si fuera poco, últimamente apenas lo veía, y cuando coincidían era peor, porque estaba demasiado abrumado con sus problemas.

En realidad, no podía quejarse: la había colmado de lujos y satisfacía todos sus caprichos. No habían tenido hijos, ni él los tenía de su primera mujer; en el fondo, pensó, él no quería a estas alturas complicarse la vida. Tampoco ella quiso correr riesgos: le habían ligado las trompas en una clínica suiza, y la operación fue todo un éxito.

El salón estaba desierto; usó los distintos aparatos de masaje y pedaleó durante unos minutos. Más tarde se aplicó la cinta vibradora a las caderas y a la planta de los pies, mientras pensaba en el último regalo que su marido le había hecho. No se podía negar que era espléndido.

Se notaba ligera, tanto en lo físico como en lo mental. Mantuvo los ojos cerrados, y la suave música

ambiental terminó de relajarla. Permaneció así varios minutos, perdiendo la noción del tiempo; luego, la voz de la monitora la sacó de su abstracción.

-Si va a tomar la sauna, tenga la bondad de pasar: hoy es sábado y cerramos antes.

Cuando abrió la puertecilla de madera, una bocanada de aire ardiente y húmedo se escapó del pequeño recinto. Subió al banco, sujetó ambas rodillas con las manos y dejó caer la toalla, que resbaló junto a su cuerpo desnudo. Permaneció inmóvil, dejando vagar sus pensamientos mientras aspiraba la humedad perfumada con esencia de pino.

Pensó de nuevo en su marido. Habían transcurrido tres años desde que se casaron, y últimamente él estaba muy avejentado. No sintió ningún remordimiento por estarlo engañando.

Solía ir a merendar los sábados con un grupo de amigas, pero hoy estaba citada con el hombre que quería. Aspiró fuertemente el aroma, y poco a poco empezó a brotarle el sudor.

-Tengo que darme prisa -pronunció a media voz. Como si la hubiera oído, entró la monitora dejando la puerta entornada.

-Ah, perdone, creí que no había nadie. Iba a desconectar las resistencias.

-No importa, iba a salir ya -dijo ella.

Saltó del banco, se envolvió en la toalla y salió al exterior. Las duchas estaban vacías. Entró en la más cercana, y se estuvo enjabonando con el agua fría. Bajo el chorro helado sintió una gran sensación de ligereza. Después de frotarse fuertemente con la toalla, recuperó el reloj que había apoyado en la jabonera y se dispuso a vestirse. Antes, volvió a mirarse desnuda en los grandes espejos.

***

Él se había cambiado de ropa y vestía un traje gris de corte impecable. Trataba de poner sus ideas en orden, y pensó que en todo aquello se había producido algún equívoco. Quizá su esposa hubiera acudido a la modista, o estaría merendando con las amigas. Utilizó el teléfono portátil y le contestó una voz femenina. Él preguntó por su mujer.

-Siglos que no la veo -dijo la amiga con una risita. -Se vende muy cara de un tiempo a esta parte.

-¿Sabes dónde puedo localizarla? Es algo importante.

-No tengo ni idea. Creí que habíais salido juntos el fin de semana.

-Ella no ha querido. No hacía buen tiempo, y además yo tenía trabajo.

Pues no lo sé. A veces merendamos juntas, pero hace varias semanas que no nos vemos.- Él carraspeó.

-¿Podría estar en el gimnasio? -La mujer dudó un momento.

-Es posible. Pero los sábados, el gimnasio lo cierran a las seis.

-Bien, gracias. Te pido disculpas.

-Siento no haber podido serte útil.

-Gracias de todos modos. Adiós.

Salió al vestíbulo con pasos vacilantes, y casi se tropezó con la doncella. Ella pareció sobresaltarse, y él la miró con el ceño fruncido.

-¿Dónde está la señora? -Ella pareció extrañada.

-Creo que... en... la peluquería, señor. Él habló con voz helada.

-Hoy es sábado. Si no me equivoco, las peluquerías cierran el sábado por la tarde. ¿O no? -La muchacha se mordió los labios.

-Estará en el peletero -dijo, encogiéndose de hombros. Él hubiera podido taladrarla con la mirada.

-¿Ha recibido alguna carta recientemente? -insistió. Ella vaciló antes de contestar.

-No, que yo sepa -dijo, sin mucho convencimiento. Él apretó los puños.

-¿Ha recibido alguna carta? Me refiero a alguna carta personal. -Ella contestó con aire agresivo.

-No acostumbro a curiosear la correspondencia de los señores- dijo.

Él suspiró, resignado. Fue hacia el perchero y recogió su paraguas. Al salir de la casa cerró de un portazo. La chica se sobresaltó.

-Este se huele algo -pensó, moviendo la cabeza.

Caminó un trecho bajo la lluvia, sin abrir el paraguas, haciendo chirriar la gravilla bajo sus lustrados zapatos. Al llegar a la carretera tomó un taxi y dio unas señas al conductor. Le dolían las sienes y tenía la

espalda envarada. Entre una riada de vehículos llegaron al centro; él consultó su reloj de pulsera que marcaba las siete menos veinticinco minutos. El taxi se detuvo en una esquina, él pagó al conductor y se apeó del coche: le temblaban las manos mientras aguardaba para cruzar hacia el lugar temido, mientras un tufo a gasoil le inundaba los pulmones.

Necesitaba recobrar la serenidad: ni siquiera sabía si la encontraría allí, sola o acompañada, pero sí que sentía unos terribles celos. Hubiera matado por ella, de eso estaba seguro.

Arreciaba la lluvia y abrió el paraguas. Llegó hasta la cafetería y observó el interior donde el humo de los cigarrillos formaba volutas sobre las cabezas. Se sorprendió preguntándose de manera infantil qué ropa llevaría su esposa, y volvió a pensar en la pulsera. Estaba distraído, y colisionó con una señora de edad.

-Perdone -dijo. Ella lo observó un momento, como si le resultara conocido.

-No es nada. No tiene importancia.

Toda su excitación anterior se había convertido en una tensa calma, aún más peligrosa. Pensó en alejarse de allí, y ahora casi tropezó con su socio. El otro no pudo disimular su sorpresa.

-Vaya, no sabía que vinieras por aquí.- Él se expresó con frialdad.

-En cambio, hace días que no te vemos por el despacho. Espero que me des una explicación.

El hombre carraspeó. A la luz de los tubos de neón, su rostro había adquirido un tono escarlata.

-No... no me encontraba bien. Bue... bueno, tengo que irme. Disculpa.

Era un hombre de cuarenta años, que aparentaba menos y ejercía una especie de magnetismo entre sus amistades femeninas. Los amigos comentaban sus conquistas y las facturas de su sastrería. Trató de escabullirse, pero el otro lo sujetó fuertemente del brazo.

-No tengas tanta prisa. Podemos entrar, tomamos un café y charlamos un rato. -Él intentó soltarse.

-Vamos a otro lado, no me gusta este sitio. Hay demasiada gente. -El otro insistió:

-Este sitio es tan bueno como otro cualquiera. ¿Es que no quieres encontrarte con alguien? -Él se sobresaltó.

-¿A qué te refieres?

-A lo mejor no quieres que nos vea juntos mi mujer.

-¿Tu mujer? ¿A qué viene eso?

Por fin se zafó de un tirón. Insistió en que debía marcharse y giró en redondo, perdiéndose entre la gente que caminaba por la acera. Él se llevó la mano a la frente.

-Dios. No puedo creerlo.

Aspiró hondo, y decidió entrar. La llevaría a casa, y allí podrían hablar. Tal vez hubiera una explicación lógica, tal vez se trataba de un error.

En el momento en que traspasaba el umbral sintió un terrible estallido, como si algo muy potente hubiera hecho explosión. Pensó en una bombona de gas, pero notó enseguida un fuerte olor a pólvora. Al mismo tiempo, una avalancha de personas de distintos sexos y edades se abalanzó hacia la salida. Un policía, que estaba cerca, trató de calmarlos.

-Vamos, uno a uno. No se atropellen.

Él se abrió paso a codazos y corrió hacia el interior; las luces se habían apagado y se encendieron de nuevo, mientras los gritos y gemidos formaban una lúgubre algarabía. Se quedó indeciso junto a la escalera, sin saber si seguir adelante o bajar.

-Vamos, dejen paso -dijo un camarero, que subía.

Vio que llevaba la chaqueta blanca manchada de sangre. Entonces bajó los peldaños deprisa; era tal la cantidad de escombros que se habían desprendido, que tuvo dificultad para saltar por encima. De abajo llegaba el olor a pólvora y a humo.

Los paneles de madera se habían desgajado; una gran vidriera de colores estaba destrozada, y los fragmentos brillaban, esparcidos. Por todas partes había trozos de escayola desprendidos del techo, las mesas estaban volcadas y las sillas lanzadas a distancia.

El aire era picante y oscuro. Entre los escombros quedaban los manteles llenos de polvo, y debajo se movían algunas personas, mientras que otras yacían inmóviles y retorcidas, algunas semidesnudas. Estuvo buscando desesperadamente a su esposa, pero no la vio.

Trató de evitar los objetos desperdigados; llegó hasta unos hombres que trataban de levantar unos escombros haciendo palanca con una barra de hierro y estuvo ayudándolos. De pronto la vio.

-Oh, no.

Trató de convencerse de que no era ella, pero reconoció el estampado del vestido y un brazo ensangrentado que llevaba puesta una pulsera de brillantes. Luego, bajo un gran trozo de escayola, reconoció su melena castaña. Sintió que su rencor se había desvanecido, y no experimentaba más que un dolor desesperado. Se arrodilló junto al cuerpo, retiró los escombros y vio el rostro oscurecido por el humo. Sus ojos estaban abiertos en un gesto de terror. Apoyó la cabeza en su pecho y escuchó un momento: su corazón no latía.

***

TODAVÍA SENTÍA EN EL CUERPO el traqueteo del viaje; acababa de llegar del pueblo con su esposa y su hija, y le indicó al taxista la dirección de una clínica conocida.

-Deprisa, por favor, o llegaremos tarde.

Por el camino fue recordando lo ocurrido, desde un principio. Su mujer había tardado en quedarse embarazada, tanto que ya desesperaban de poder tener familia. Luego fue la sorpresa, y ni ella misma se lo creía, hasta que sintió a la criatura moverse en su vientre.

Era su única hija, y allí estaba ahora. Cuando nació no era grande, pero estaba sana; fue bonita siempre, con unos grandes ojos castaños y el cabello rizoso.

No había cumplido tres años cuando empezaron aquellas fiebres intermitentes; al mismo tiempo la pequeña adelgazaba, se enflaquecían sus brazos y sus piernecillas, y el color sonrosado se volvió parecido al de la cera.

Luego, ya no fue una niña como las demás: no jugaba con los otros pequeños y lloraba continuamente. Algunos médicos la habían desahuciado: por eso, se dirigían ahora a un centro especializado en hematología, que era su última esperanza.

Un arco de triunfo, gris y macizo, coronado de angelotes y escudos de piedra, llamó su atención. Poco después, el coche se detuvo suavemente.

-Es ahí -señaló el taxista.- Que tengan suerte.

El doctor no pasaba consulta los sábados, pero había hecho una excepción con ellos. La madre creyó necesario sincerarse.

-La han visto muchos médicos -confesó.- Le han hecho muchas pruebas, pero nadie da con lo que tiene. Por eso nos han aconsejado que se la traigamos a usted.

El médico era un hombre de edad, casi un anciano, con el pelo blanco cortado a cepillo y una expresión bondadosa en los ojos agudos. Cuando se levantó, vieron que era muy alto; alcanzó una pequeña muñeca que había sobre una mesa baja y se la tendió a la pequeña. Ella apenas la miró.

-Es muy bonita, mira -dijo la madre con angustia, pero la niña no hizo ademán de cogerla. Al contrario, cerró los ojos y se escondió en su regazo.

-Vamos, señorita -dijo el doctor.- Veamos qué le ocurre

Se acercó a la pequeña, que empezó a llorar desconsoladamente.

-Siente terror ante cualquier persona que lleve bata blanca -la disculpó su padre.- La han pinchado y hecho daño tantas veces que está recelosa.

El médico permaneció en silencio, hojeando los informes de sus compañeros y la carta de recomendación. Tardó unos minutos en repasarlo todo, con el ceño fruncido.

-¿Cuántos años tiene? -preguntó sin mirarlos. Ambos contestaron a la vez:

-Tiene cuatro.

-¿Y desde cuándo está enferma?

Los dos trataron de recordar. La madre no podía estar segura, aunque lo sabía con alguna aproximación. Fue el marido quien contestó.

-Hará unos trece meses. Fue la primera vez que un médico la reconoció. Atribuyeron las fiebres a una infección y le recetaron antibióticos. Pero la fiebre persistía. Desde entonces empezó a adelgazar, y va de mal en peor. Ahora vomita todo lo que come. -El doctor frunció los labios.

-Está bien. Ahora voy a reconocerla. Para ello, vamos a llevarla al quirófano. ¿Ha comido algo últimamente?

La madre dijo que no. Él tocó un timbre y acudió una enfermera.

-Prepárela -dijo. -Quizá tenga que punzarle el bazo, y quiero evitar un posible desgarro. Hay que anestesiarla.

Ella la cogió en brazos, mientras la niña se debatía llorando.

-Vamos, tontina -dijo la enfermera.- El doctor es muy bueno y no te hará daño.- Luego, dirigiéndose a los padres: No se preocupen, no hay ningún peligro. Esto lo hacemos varias veces todos los días.

La madre estaba desolada. Recordó a la pequeña cuando estaba en su cuna, sana y alegre, junto a un gran oso de peluche con ojos de cristal, del que no conseguían separarla. Luego fueron días y noches sentada junto a ella, con la pequeña mano entre las suyas, o tocando la frente sudorosa que ardía con la fiebre. Muchas veces la luz de la mañana la había sorprendido de rodillas, rezando. Ahora lloraba silenciosamente, y su marido le secó las lágrimas con el pañuelo.

-Ánimo -le dijo.- No te vas a rendir ahora.

Aguardaron un rato, hasta que la puerta se abrió y apareció la enfermera.

-Pueden entrar -les dijo, sonriendo. -El doctor ya ha terminado.

El médico salió. La niña dormía con su carita pálida, con las manos cerradas sobre el camisón. Había un fuerte olor a anestesia. La enfermera le tomó el pulso, dio una palmada en la pequeña mano y se volvió a los padres que aguardaban, ansiosos.

-Es toda suya -les dijo.- Pueden vestirla.

El cuerpecillo estaba fláccido y era muy ligero, y el padre lo alzó sin trabajo, lo sacó fuera y lo depositó sobre un sofá. A los pocos minutos la pequeña empezó a quejarse, emitiendo débiles gemidos. Abrió los ojos despacio, como si los párpados le pesaran demasiado, y miró aturdida alrededor. La madre le estuvo poniendo sus ropas y le temblaban las manos mientras le abrochaba los botones. El médico se había quitado la bata.

-Pasen a mi despacho -indicó. El padre lo miró con expresión preocupada.

-¿Es grave, doctor? -El médico movió la cabeza.

-Todavía no puedo decirles nada definitivo, ni darles demasiadas esperanzas, hasta que no tenga el resultado de las pruebas. La niña está muy débil y sus defensas están bajas, pero... nadie puede ser adivino. -El hombre insistió.

-Quiero que me diga la verdad. La que sea.

-Hay una esperanza remota -dijo él. -Remota, pero existe. La niña ha podido contraer una enfermedad tropical con síntomas parecidos a los de la leucemia, y en ese caso el tratamiento sería fácil.

Ante la mirada de extrañeza de la madre, él fue más explícito.

Se trata de una enfermedad producida por un parásito. No es muy común, pero se da en algunos niños, por el contacto con un perro afectado por el mal. Es una pulga o un mosquito quien establece el contagio. El parásito se fija en el bazo y en la médula de los huesos, bloqueando la producción de glóbulos rojos y acabando con el enfermo si no se ponen los medios.- Como la madre se alarmaba, él se apresuró a tranquilizarla.

-Basta con una docena de inyecciones para acabar con el parásito. Eso, si resulta ser lo que sospecho. Si no...

Ella lo miró ansiosamente.

-Si no, señora, yo no puedo hacer nada. Pero hay que esperar. De todas formas, debe estar tranquila: los pequeños son muy sensibles y captan la preocupación de sus padres. En una semana tendremos los resultados, y se los enviaré a mi colega.

Los acompañó hasta el vestíbulo, los despidió y cerró la puerta. La niña iba adormilada todavía, y cogieron un taxi.

-Podemos ir a tomar algo -dijo ella.- La niña no ha comido nada. -Él asintió, y luego se dirigió al chófer:

-Llévenos a una buena cafetería. Elija usted, nosotros no somos de aquí.

Entraron en la riada de automóviles, deteniéndose ante los semáforos, mientras una fina lluvia humedecía los cristales. La pequeña se había despertado; por un momento sonrió, apoyando la cabeza en el pecho de la madre. Luego la miró con unos grandes ojos bordeados de espesas pestañas.

-Tengo hambre -dijo con una fina vocecilla.

Muchos peatones caminaban a lo largo de las aceras; los bancos estaban cerrados, pero los establecimientos comerciales brillaban como ascuas, mostrando sus productos en los escaparates. La niña señaló algo a través de la ventanilla.

-Mira qué bonito.

Una fuente ocupaba el centro de la plaza, y en ella una diosa, bella y segura sobre un carro de piedra, envuelta en finos pliegues, guiaba a dos grandes leones de caras mansas y melenas encrespadas. Tras la figura femenina, dos angelotes vertían agua desde sus ánforas de piedra. Crecían líquenes en los flancos de los animales, y se extendían por la base hasta la superficie verdosa donde se desplomaban los surtidores. La madre la besó.

-Sí que es muy bonito- le dijo. -Y tú eres más bonita todavía. La niña más bonita del mundo.

Sintió que la pequeña se abandonaba en su regazo. Tenía ganas de volver al pueblo porque allí en su casa, al menos, se sentía a salvo. La mareaban los altos edificios, y aquellos grandes autobuses vomitando humo. Se detuvieron en una calle céntrica, frente al rótulo encendido de una cafetería.

-Esta creo que les gustará -indicó el taxista.

Seguía lloviendo. Antes de entrar, él compró un diario en un quiosco próximo y lo guardó doblado bajo el brazo. La puerta se abrió y dejaron en el suelo a la pequeña, que caminó con pasos todavía vacilantes. La madre la cogió de la mano.

-Todas las mesas están ocupadas -observó. Un camarero se les había aproximado.

-Abajo tienen sitio- dijo, señalando las escaleras.

Bajaron los peldaños enmoquetados y al fondo vieron una mesa libre. A la niña parecía gustarle el local, con sus vitrinas llenas de frutas y pasteles. Un camarero con el pelo planchado los ayudó a situarse.

-Yo no quiero más que un café con leche -dijo la mujer. -Y traiga un flan de huevo para la niña, por favor. -Él pidió un café solo, muy cargado.

-Enseguida -se inclinó el camarero.

No tardó en regresar, con el servicio en una bandeja. Dejó los cafés sobre la mesa, y ante la niña colocó un plato con el flan, dorado y brillante.

-¿Desean algo más? -interrogó. El hombre movió la cabeza.

-De momento no, gracias. Ah, sí, haga el favor de cobrar.

Ella tomó a la niña sobre las rodillas y le estuvo dando el flan a pequeñas porciones; sentía el peso leve, y las piernecillas que se agitaban rítmicamente. De cuando en cuando, dejaba la cucharilla en el plato, como si con la prisa temiera provocar la náusea de la niña. Pero ella lo paladeaba con gusto.

-Está muy rico -dijo, y el padre suspiró, aliviado.

-Al menos, parece que tolera esto -dijo sin mucha seguridad. Igual había sucedido otras veces, hasta que el pequeño estómago rechazaba el alimento. La mujer suspiró.

-Tocaremos madera.

Para distraer a su hija, él le estuvo dibujando en la servilleta de papel unos niños cogidos de la mano. La pequeña sonrió, y luego repentinamente tiró la servilleta al suelo.

-No me gusta -dijo. -Yo quiero un cuento.

-Te compraré un cuento cuando salgamos, el que más te guste de todos.

-Yo quiero un cuento con enanos -insistió la pequeña con tozudez.

-Tendrá muchos enanos, todos los que tú quieras. -Ella lo miró, arrugando su naricita.

-¿Y tendrá un castillo?

-Un castillo muy grande, ¿sabes, mi vida? Tan alto que sus torres llegarán a las nubes.

-Eso me gusta, papá. Vámonos ya.

-Tienes que esperar un poquito, y acabarte eso. Mamá y yo vamos a merendar.

-Yo ya no quiero comer más.

Se desprendió de los brazos, deslizándose, y saltando al suelo se sentó sobre la moqueta. La madre hizo

intención de subirla de nuevo sobre sus rodillas, pero él la atajó con un gesto.

-Déjala -indicó.

Permanecieron en silencio, tomando los cafés. De todos lados llegaban fragmentos de conversaciones, sobre todo de una mesa vecina donde tres mujeres de edad estaban merendando. Para hacerse oír, alzaban el tono de voz.

-Ella siempre llega tarde -dijo una dama madura, con el pelo sujeto en un moño.- Llegará al humo de las velas.

Un poco más allá, una mujer muy llamativa había ocupado un asiento junto a un caballero, dejando sobre la mesa un bolso de charol rojo. Llevaba puesto un vestido demasiado ceñido, y a sus vecinas no pareció gustarles su aspecto, porque intercambiaron expresivas miradas.

-Esto se está poniendo espeso- dijo una.

El padre de la niña empezó a leer los titulares del periódico. Comprobó que la pequeña estaba tranquila, metida debajo de la mesa, enfrascada en un juego con la servilleta. Los vasos y las tazas tintineaban alrededor, y el humo de los cigarrillos trazaba volutas azules. Por la escalera bajaban y subían hombres con zapatos brillantes, mujeres con tacones, chicas con faldas cortas y medias de color. Se quedó mirando a un muchacho que pasaba: era rubio y delgado y tenía aspecto de extranjero.

-Habrá que irse, tenemos que coger el tren. -La esposa suspiró.

-Aguarda un poco -dijo.- Me siento bien aquí. Además, la niña está tranquila y parece contenta. Tenemos tiempo todavía. -Él había doblado el periódico y lo guardó en el bolsillo.

-Espero que haya dejado de llover.

Una mujer salió del guardarropa, con una batea llena de paquetes de tabaco. Era alta y gruesa, con el pelo canoso y las mejillas coloreadas con un rubor artificial. Se acercó a la mesa, y él negó con la cabeza.

-No, muchas gracias. No fumo.

De nuevo vio al muchacho rubio. Apenas lo miró, pero no pudo evitar el pensar que un momento antes llevaba una bolsa en la mano derecha, que ahora agitaba un llavero de metal.

Quiso sacar a la pequeña de debajo de la mesa, pero ella se resistió. Habían terminado los cafés y las tazas estaban vacías, manchadas de una espuma amarillenta.

De pronto todo se conmovió. Su asiento salió despedido hacia atrás, y él fue a dar con la cabeza en el muro. Al mismo tiempo, un panel del tabique se desprendió de cuajo sobre la mujer y una masa de escayola y ladrillos cayó sobre la mesa. Luego, todo fue oscuridad.

***

EJERCÍA EL OFICIO MÁS ANTIGUO DEL MUNDO. Cuando acabó con su trabajo eran muy cerca de las ocho, y ya completamente de día.

En la calle los focos seguían encendidos, y el tráfico era numeroso. La temperatura era fresca, y el cielo estaba surcado de oscuras nubes que presagiaban lluvia.

Caminó sin prisa a lo largo de la acera, seguida por la mirada de algunos peatones. Estaba cansada, le dolían las sienes y se sentó en un banco. Desde allí veía el reloj de la estación, que marcaba las ocho en punto.

-Vaya horas para dar de mano -murmuró.

Se acercó al quiosco de prensa y estuvo curioseando las portadas, hasta que en una revista vio algo que llamó su atención. Después de pagarla la guardó en el bolso.

-Que descanses -le dijo el vendedor con una sonrisa. -Te lo has ganado.

-Que te den por el culo- dijo ella.

Bostezó, pensando en el último cliente, al que había tenido que dar de patadas en sus partes, hasta que rugió de dolor y placer. A ella le daba lo mismo, con tal que la trataran con miramiento. A otros les gustaba vestirse de las cosas más raras y ponerse zapatos de mujer, o pagaban sólo por que les diera masajes en la espalda hasta quedarse dormidos. Casi todos eran viejos, y algunos fijos, como aquel hombre de la barbita

blanca que iba dos veces todas las semanas.

-Son unos desgraciados -suspiró.- Todavía les tengo lástima.

Pero ahora había salido del tajo, y quería olvidar todo aquello. Bajó la rampa y se encaminó hacia la estación. Le gustaba pasear por los andenes, quizá con eso se le pasara el dolor de cabeza. Abrió el bolso, lo registró y se encogió de hombros.

-Se han acabado las aspirinas. Y las farmacias están cerradas.

Pensó que últimamente las noches se habían vuelto peligrosas en la ciudad: a la vuelta de cualquier esquina podían dejarte sin blanca y hasta en cueros, y desfigurarte la cara para siempre. Cuando ella empezó era distinto, había más seguridad. Pero hoy, todos los criminales andaban sueltos.

-De todo tiene la culpa la dichosa droga -se dijo.

Ella no pensaba caer en eso, lo tenía claro. Muchas de sus compañeras ya estaban en el hospital, y algunas en el cementerio. Ella tenía que cuidarse.

-Pues sólo me faltaba eso.

Había viajeros que entraban y salían con sus equipajes; ante las ventanillas, varias personas aguardaban con aspecto adormecido. Un hombre le hizo una seña inequívoca.

-La tienda está cerrada -dijo ella, con un gesto soez.- Vuelva a la noche.

Le hizo gracia pensar que la buscaban los hombres mayores, porque decían que con ella se sentían rejuvenecer. Desde la marquesina, dos ojos la miraron como si quisieran desnudarla; más allá, dos tipos que estaban conversando dejaron de hablar, y uno de ellos emitió un largo silbido.

-¿Estás dispuesta, guapa?

Ella ni siquiera contestó, estaba demasiado cansada. Una mujer le dio la espalda, y un muchacho la rozó al pasar. Para ella no había jóvenes ni viejos, guapos ni feos: todos eran iguales mientras respetaran su trabajo, y usaran lo que había que usar. No estaban los tiempos para bromas.

-Te coges cualquier cosa, y derecha al hospital.

Entró en el bar, y tuvo la suerte de hallar un asiento vacío. Abrió la revista y empezó a hojearla, y cuando más distraída estaba, notó en su pierna la proximidad de una rodilla masculina.

-Mierda -dijo entre dientes. El barman le había dado una aspirina; la metió en la boca y bebió de un trago el café, que le abrasó la lengua y la garganta. Saltó del asiento y dio un vistazo al hombre, que estaba comiéndose unos churros. Estaba muy grueso y tenía una papada temblona y un vientre que le caía sobre el pantalón.

-A ver si haces gimnasia -le dijo con una risotada.

Al salir, tropezó con un ciego que vendía el cupón. Le puso en la mano un billete y ella misma lo cortó de la tira. El hombre la había reconocido y sonrió.

-Ya te echaba de menos. -Ella lo pellizcó en la mejilla.

-Suerte, guapo. Que lo vendas pronto -le deseó.

Subió la rampa y se halló de nuevo en la glorieta. Se detuvo un momento, observando el cambiante color de los semáforos. Luego pensó que era preferible tomar un taxi, y lo detuvo.

Por el camino hacia su casa dejó vagar la imaginación. Tenía veintiocho años y, aunque estaba rellena, todavía conservaba un buen cuerpo. Además, sus ojos eran grandes y verdes. Se había criado en el pueblo. Cuando se quedó embarazada de un hombre casado, no era más que una chiquilla. Todavía se enfureció al recordarlo, después de tantos años.

-Pedazo de cabrón, se aprovechó y me engañó como a una tonta -se dijo.

Sus hermanos trabajaban en el campo, y cuando lo supieron, ninguno quiso verla más. La echaron de la casa y tuvo que venirse a la ciudad, donde abortó en un hospital. Cuando estuvo en la calle tuvo que ponerse a servir, hasta que una amiga le aconsejó que dejara el trabajo y se dedicara a uno más productivo.

-No es tan malo- le dijo.- Pronto te acostumbrarás, y ganarás mucho dinero.

No volvió a saber nada de su pueblo, ni allí supieron de ella. Llevaba tanto tiempo en el oficio que ya casi no lo recordaba, y podía permitirse algunos lujos, aunque le costaba trabajo ahorrar. Entre sus clientes había gente de todos los oficios: ella prefería a los casados, eran más limpios y considerados. Alguna vez topaba con viciosos y con indeseables, pero eran los menos. El taxi se detuvo y ella le pagó al chófer.

-Quédate con la vuelta -le dijo.

-Gracias, hermosa. Que duermas bien.

***

Muchas veces pensaba con nostalgia en el hijo que podía haber tenido. Su pequeño apartamento estaba lleno de muñecas, de ceniceros con cigarrillos a medio fumar y de vasos con resto de pintura de labios.

Se soltó el pelo con un movimiento de cabeza y se lo estuvo cepillando: le gustaba su pelo, que era de un color trigueño claro.

Se limpió la cara donde se había corrido el maquillaje, y se dispuso a dormir hasta la tarde. Sobre la cama sin hacer había varias prendas, y de entre ellas eligió un pijama de color fucsia. De un manotazo retiró el resto de la ropa, que cayó al suelo junto con una novela de amor. Cogió una muñeca de china y la dejó amorosamente sobre una silla.

-Que descanses, encanto -le dijo.

Se dejó caer sobre la cama y se estiró como un gato. Cuando despertó, un tocadiscos estaba tocando un rock en el piso vecino. Tenía los ojos irritados y le seguía doliendo la cabeza.

-Vaya día -pronunció en voz alta. Creo que voy a tener la regla.

Se puso un quimono verde claro con rosas bordadas y se paseó fumando un cigarrillo, mirando los muebles nuevos y brillantes, una orquídea en un florero, los muñecos y las chucherías. Luego, apretándose las sienes con las manos, salió al descansillo y llamó al timbre de la vecina.

-¿Tienes aspirina? -preguntó, y ella asintió con un gesto.

-Pasa, te la daré con un café.

No me vendrá mal.

Por una puerta asomó la cara de un bebé, el hijo de su amiga. Ella lo cogió en brazos y le estuvo haciendo carantoñas, aunque no estaba para muchas bromas. La otra volvió con un sobrecito verde y un vaso de agua.

-Toma la aspirina -le dijo. -El café se está haciendo.

La salita tenía un papel floreado en la pared, y cortinas de color amarillo limón. La amiga tomó al niño y ella se tragó la pastilla con un sorbo del vaso. Luego miró por la ventana: un visillo ocultaba los patios sucios y los muros de ladrillo. Fuera estaba lloviendo, y hasta allí llegaban los ruidos de la calle, el claxon de los coches, y voces de niños que a esa hora jugaban libremente. Su amiga había salido, y volvió con una taza humeante en la mano.

-Toma, te hará bien.

-¿No está en casa él? -La vecina se encogió de hombros.

-No ha venido todavía. -Ella se mordió los labios.

-¿No ha venido todavía? Hace una semana que no viene por aquí. Sabes de sobra que va con otras mujeres, ese hijo de puta. -La amiga titubeó.

-Él... no es malo -dijo en un susurro.- Además, es lo único que tengo. -Ella se bebió un sorbito de café. Estaba demasiado dulce.

-Con tu pan te lo comas, guapa. Sabes que lo digo por tu bien. -La vecina insistió.

-Él me quiere, y quiere a mi hijo. El otro día lo llevó al circo, a ver a los payasos y a los animales. -Ella torció el gesto.

-Qué majo. A cambio le compras las mejores camisas y corbatas, y él dándose pote con señoritingas estrechas. ¿Quieres que te lo diga más claro? -La otra sonrió forzadamente.

-Mira, no me vas a convencer. Tú eres... distinta. Tú no necesitas a nadie. -Ella dejó la taza sobre la mesa y se volvió.

Por supuesto que no. Y que Dios te lo pague, bonita.

Le dio un cachete en la cara y brillaron sus uñas esmaltadas en un rojo brillante. La amiga la miró tristemente.

-No puedo estar sin él. -Ella abrió la puerta y se dispuso a salir.

-No te enfades. Eres demasiado buena y no me gusta que abusen de ti. Me saca de quicio.

Volvió a su cuarto, al revoltijo de ropa interior, cinturones y pañuelos de colores. Miró compungida las cajas de zapatos, las tazas sucias y las ropas revueltas.

-No tengo remedio -pronunció en voz alta. -Qué se le va a hacer.

Cogió una toalla, entró en el cuarto de aseo alicatado de rosa y se duchó, mientras canturreaba. Cuando

salió, el cuarto estaba lleno de vapor.

-Tengo que darme prisa -se dijo.

Se puso una combinación de encaje que le ceñía suavemente el cuerpo; luego, un vestido muy ajustado. Se recogió el pelo y lo prendió con horquillas sobre la cabeza. Cuando salió estaba lloviendo, y tuvo que abrir el paraguas. Las calle ruidosa se había lavado con la reciente lluvia caída, y pensó que sus zapatos de tacón altísimo se iban a fastidiar con los charcos. La gente caminaba deprisa o se resguardaba en los portales, y algunos chorros se desplomaban desde los canalones.

-Joder, vaya día. No me falta de nada.

Se detuvo en la esquina delante de un garito, y miró a un grupo de niñatas con las faltas tan cortas que les asomaban las bragas. Por la puerta entornada salía un murmullo de voces y una oleada de calor. Un hombre la miró de arriba a abajo.

-¿Quieres entrar, preciosa? Convido a lo que quieras -dijo, acercándose. Ella lo evitó.

-No necesito convites de nadie, y menos de ti. No estoy para cachondeos.

Él era un tipo bien vestido con los ojos saltones.

-También hay que tomarse un descanso. ¿O no? -dijo él, balanceándose sobre las piernas. Una muchacha salió y lo cogió del brazo.

-¿Conque haciendo amistades? No se te puede dejar solo.

-No te pases de lista, nena- dijo él, y le azotó el trasero. La chica soltó una carcajada y miró descaradamente a la otra.

-No es más que una puta barata.

Ella fue a replicar, pero se dio la vuelta y cruzó la calle. No tenía ganas de broncas. De otra forma, la niñata se hubiera tragado lo que había dicho.

-No merece la pena -pensó.

Una manzana más allá sacó un espejito, y ante un escaparate se perfiló los labios. Para ir al centro cogió el autobús, y lo dejó en una esquina. Al otro lado de la calle vio el rótulo de una cafetería. Cuando se acercó al mostrador, el barman la miró como si hubiera visto a un enemigo.

-¿No es un poco temprano para empezar? Esto está lleno de gente decente. -Ella se encogió de hombros.

-Mi dinero es tan bueno como cualquiera. ¿Es que está reservado el derecho de admisión? Creí que eso ya no se estilaba.

Se retiró de la barra, pero en lugar de abandonar el local bajó las escaleras alfombradas. Se cruzó con un camarero muy joven.

-Hola, hermoso -le dijo en voz baja. Él miró a los lados con gesto nervioso y carraspeó.

-¿Que... quería usted algo? Creo que está todo lleno.

Los labios pintados se estiraron en una sonrisa.

-Sólo te daba las buenas tardes. -Él insistió:

-Está todo completo. -Ella dio un vistazo alrededor.

-Me parece que no.

-Qué desahogada -gruñó alguien. Un hombre se levantó del asiento y se lo ofreció.

-¿Quiere sentarse? Yo ya me iba.

-Con su permiso -dijo ella, y el otro no se movió.

-Yo la invito -dijo.- ¿Puedo saber cómo se llama? -Ella lo observó, divertida.

-¿Es tan importante? -preguntó. Luego pareció arrepentirse de su rudeza. -Me llamo Rosario -dijo con voz suave.- Charo para los amigos.

Unas señoras que estaban en una mesa vecina la miraron con cara de pocos amigos. Él le dijo su nombre y se sentó a su lado.

-¿Dónde trabaja? -preguntó. Me parece que la conozco. Ella movió la cabeza.

-No, no lo creo. Hace poco que vivo en la ciudad -mintió.

La mano del hombre resbaló por su brazo y se instaló en la cintura. Ella no lo rechazó.

-¿Qué quiere tomar? -La mujer se mordió los labios.

-¿Puede ser champán? -El camarero se acercó.

-Traiga media botella de champán.

Estuvieron charlando y él no apartaba la mirada del escote femenino. Cuando el camarero volvió con la botella y dos copas, él pagó la nota y dejó una buena propina. Estaban tan juntos que sus rodillas se rozaban. Por fin se decidió:

-¿Tienes algo que hacer este fin de semana? -Ella se le quedó mirando.

-¿Y eso? ¿Es que quieres llevarme a la sierra? Sí, tengo mucho que hacer. -Él tragó saliva y levantó la copa para disimular.

-Brindemos por los dos -dijo, mirándola a los ojos.

Estaban charlando cuando ocurrió la explosión. La mujer chilló: la onda expansiva le había arrancado la copa de la mano y la botella saltó de la mesa. Ella se sintió arrojada contra el suelo; luego la luz se apagó, y no pudo ver nada.

-Que alguien encienda una luz, por favor- rogó.

Le había parecido que el piso se hundía; notó mucho calor, y un olor a pólvora y a madera quemada.

-Por favor, una luz.

Se encendieron las lámparas de neón, y vio que el hombre estaba junto a ella, tratando de ayudarla; cuando pudo incorporarse la sala daba vueltas a su alrededor. Se oían alaridos de terror; ella se tanteó los brazos y el cuerpo, y comprobó que no estaba herida. No sentía ningún dolor. Su compañero tenía la chaqueta rasgada.

-¿Estás bien? -le preguntó. Él dijo que sí con la cabeza.

-Ha sido solamente un rasguño. ¿Y tú?

-Yo estoy bien. Es... es horrible todo esto. ¿Qué piensas que ha podido ocurrir? ¿Habrá estallado una bombona?

-¿Con este olor a explosivo? No, no creo que haya sido una bombona.

Olía también a carne chamuscada. Ella cerró los ojos, pensando librarse así de aquella pesadilla. No se distinguían las palabras: sólo gritos abajo, y un rumor sordo en la planta superior.

-Ven por aquí -le dijo él, cogiéndola del brazo. -Vamos a salir.

Vieron pasar a un policía que se dirigía al fondo de la sala. Allí, una mujer joven parecía haber sido aplastada por el muro; yacía boca arriba y tenía la cabeza destrozada. Ella se estremeció. Sobre los cascotes había una mano desprendida.

-Por favor, vámonos pronto. No puedo aguantar la vista de la sangre, me voy a desmayar.

Su compañero la cogió por los sobacos y evitó que se desplomara. Fue entonces cuando se oyó una voz infantil, que parecía surgir de debajo de una de las mesas, llamando a su mamá. Luego una niña salió gateando: era pálida y delgada y parecía tener unos tres años. No estaba demasiado asustada y miró alrededor. Alguien había cubierto el cuerpo destrozado con unos manteles, y ella no lo vio.

-¿Con quien estabas? -preguntó el policía. Ella le tendió una mano diminuta.

-¿Me vas a llevar con mis papás?

***

TENÍA TREINTA Y CINCO AÑOS y hacía tiempo que estaba parado. Era un hombre menudo y cetrino que llevaba una chaqueta demasiado ancha para él. Cojeaba bordeando la calle sin pavimentar, sembrada de basuras; con las manos en los bolsillos se defendía del frío, agitando dentro sus dedos huesudos. Sorteaba cajones y envases vacíos, sin escuchar apenas el rugido de los camiones que volvían de descargar sus mercancías. Al pasar, dejaban un olor a pescado podrido y a frutas avinagradas.

Hundía los pies en la tierra húmeda, donde quedaban sus huellas marcadas. Salió por un camino entre los vertederos, mientras una fina lluvia empapaba los desperdicios y le calaba la espalda a través de la chaqueta. Saltó un pretil con dificultad, y al hacerlo notó la punzada de siempre en la rodilla.

-Me cago en mi estrella -masculló.

En los días de lluvia el cieno se apoderaba de las callejas, formando barrizales negruzcos de tierra y

carbón; en verano, un polvo oscuro se arremolinaba sobre los basureros. De madrugada, los trenes al pasar despertaban a los vecinos que ocupaban el barrio de chabolas.

Al otro lado estaba la ciudad, con sus grandes edificios y sus tiendas lujosas. Conforme se avanzaba a lo largo de la vía, las casas iban siendo más altas y mejores. En las tardes de sábado, la gente se vestía con su ropa mejor, tomaba el único autobús que los llevaba al centro y abandonaban por unas horas el lugar.

Había delincuencia en aquel barrio y también mucha droga; en las peleas salían a relucir las navajas, y muchos jóvenes, ellos y ellas, se dedicaban a la prostitución. De noche, grupos de navajeros vagaban cerca de la carretera buscando a su presa: eran tipos peligrosos que atacaban a veces sin motivo, muchachos violentos que mataban por el placer de matar.

Se carecía de agua corriente, y los vecinos acudían a cogerla en los grifos al borde de la vía. En las tapias, una asociación juvenil había trazado frases insultantes contra el gobierno, junto a un mural pintado de colores vivos.

Él pensó en su mujer y en sus dos pequeños, uno de siete años y otro recién nacido: cuando llegaron del pueblo venían llenos de ilusiones, pensando que él con sus conocimientos de mecánico no tardaría en encontrar trabajo. Habían vendido sus tierras y su casa, y desde entonces venían trampeando, con trabajos temporales y precarios.

Muchas veces había lamentado venir a la ciudad. El niño mayor iba a la escuela con un traje arreglado; lo recogía un autobús, y aunque le proporcionaban los cuadernos, los libros y todo el material, en la chabola no tenía un lugar donde hacer los deberes. Vivían todos en un cuarto que servía de dormitorio y comedor; fuera, la mujer había improvisado una cocina, y cuando guisaba lo hacía bajo un tejadillo de uralita para resguardarse de la lluvia o del sol. En la chabola había nacido su hijo menor.

En el pueblo, sus parientes lo creían empleado en una gasolinera. Al principio ellos volvían de cuando en cuando por allí, pero hacía tiempo que no se desplazaban. No daba el dinero para eso. Había llegado a descargar en el mercado a falta de otra cosa; trabajaba de madrugada y le llegaba la mañana rendido, aplastado bajo el peso de los cajones de fruta o de pescado. Fue allí donde sufrió el accidente, cuando la rodilla se le partió como si fuera de cristal.

Ahora, todos los días de mañana abandonaba la vivienda y no volvía hasta la noche. Se hubiera conformado con cualquier trabajo, pero no lo encontraba; últimamente, había empezado a mendigar. Comenzó mintiéndole a ella acerca de sus actividades, pero ya le daba lo mismo; en realidad había optado por no hablar, y ella tampoco preguntaba nada. Siguió cojeando, ya por la acera enlosada. Menos mal que había encontrado unos zapatos casi nuevos en un contenedor, pero había pasado tiempo y ahora tenían las suelas como papel de fumar.

Pedía en las puertas de las iglesias, a las salidas de los cines y a la boca del metro; así lograba reunir unas monedas, con las que compraba pan, patatas y alguna legumbre. Cuando volvía a su casa no estaba de humor para hablar, así que comía en silencio, se metía en la cama y conectaba un pequeño aparato transistor que se había encontrado en la calle. Entonces oía las noticias deportivas; luego su mujer se acostaba, hacían lo suyo y se quedaban dormidos. A veces la oía soñar en alto por las noches, y otras lo despertaba el pitido del tren.

En ocasiones estaba tan desesperado que lo pagaba con la familia y llegaba a golpearlos; entonces, él mismo no se reconocía. Pero era pocas veces, porque normalmente era un hombre pacífico. En ocasiones llegó a considerar la manera de atracar una tienda, o por lo menos un kiosco, pero la idea le duraba poco, porque no quería acabar en la cárcel.

El agua le estaba calando la espalda y llevaba los pies empapados. Palpó un envuelto que llevaba en el bolsillo y sacó un pedazo de pan que masticó con avidez. Cayeron unas migas, y como si las estuvieran aguardando, dos pájaros se abalanzaron sobre ellas, picoteando el barro. De pronto sintió un retortijón en el vientre, y suspiró.

-Son las malditas judías. Habrá que cambiar el menú -sonrió amargamente.

Miró alrededor, a las casas cercanas, y vio el bar que mostraba un letrero con una marca de bebidas. Allí se acercó, y el dueño lo miró con cara de perro.

-Aquí no se sirve de balde -le dijo. Él carraspeó.

-No quiero tomar nada. Sólo, que tengo necesidad de entrar.

-Bueno, baja -dijo el otro con una mueca de disgusto. -Pero no tardes, y deja todo tan limpio como está.

-No se preocupe -dijo él. -Y gracias.

Abajo, él notó la fetidez de su propio cuerpo, pero no le desagradó. Luego subió las escaleras, se despidió con un gesto y siguió andando por la acera. Fue a cruzar la calle, y como iba distraído le faltó poco para que lo atropellara un autobús; el conductor trató de frenar, y sacando la cabeza por la ventanilla le gritó un insulto.

-¿Es que no ves por dónde vas?

En la esquina, él se detuvo frente a un garaje y se quedó mirando un gran camión azul; un hombre alto y robusto salió del local, estuvo revisando la carga y de un salto se subió a la cabina. Luego arrancó con un rugido, y le salpicó al pasar, poniéndolo perdido de barro.

-Hijo de puta -masculló él.

Sentía un fuerte dolor en la rodilla, y se detuvo un momento. Algo lo conmovió como un mazazo: en el lugar que había ocupado el camión, sobre la calzada lustrosa de lluvia, había una cartera de cuero, oscura y abultada.

-No puede ser -se dijo.- Estoy mal de la cabeza.

Miró alrededor y vio que nadie lo observaba. Todavía aguardó unos segundos, que le parecieron siglos. Salió del garaje un hombre con mono de mecánico, dejó una garrafa en la acera y volvió a entrar en la nave. Él aprovechó para agacharse y alcanzar la cartera, que alojó en el interior del pantalón. Cruzó la calle manchada de grandes goterones de grasa, y anduvo deprisa hasta alcanzar un callejón. Allí sacó la cartera y vio que estaba llena de billetes de banco. Emitió un largo silbido.

-Madre mía.

Estaba seguro de que eran billetes grandes, pero no se atrevía a mirarlos. Sacó el primero, conteniendo el aliento. Temió que volviera el conductor del camión, pero la calzada estaba libre y no se veía a nadie a la entrada del garaje.

-Madre mía -repitió.

Una furgoneta se aproximaba, y un chorro de humo negro lo alcanzó. Anduvo sin volver la cabeza, tratando de recobrar el aliento mientras notaba los latidos de su corazón.

-Es imposible. No puedo tener tanta suerte.

Luego echó a correr, arrastrando la pierna enferma. Ahora no sentía dolor. No sacó la cartera, que notaba segura en el bolsillo del pantalón. La lluvia le golpeaba la cara, pero agradecía su frescor; todavía podía respirar el humo de la furgoneta. Subió trabajosamente una cuesta empinada, hasta que se halló entre edificios nuevos, con terracillas llenas de ropa tendida.

-Calma -se dijo.- Ha pasado el peligro.

En una esquina dio de manos a boca con un guardia municipal, de forma que casi tropezaron; masculló una disculpa, y el otro le hizo un gesto amistoso con la mano. Él creyó que iba a desmayarse; también sería mala suerte que lo detuvieran por una cosa tonta: nadie creería que había encontrado el dinero, y pensarían que lo había robado.

-Tengo que andar con ojo -susurró.- Sólo faltaba que me metieran en la cárcel.

Cuando perdió de vista la guardia suspiró, aliviado. Llevaba en el bolsillo unas monedas sueltas, las suficientes como para coger el autobús, y fue hacia la parada más cercana, donde se había formado una pequeña cola. Subió el último, y puso el dinero sobre el trozo de bayeta oscura.

-Uno, por favor.

Se acomodó en uno de los asientos traseros, junto a cuatro generaciones de gitanas: una mujer viejísima, vestida de negro de pies a cabeza, llevaba en brazos a una niña de meses envuelta en una toquilla de colorines. Junto a ella viajaba una mujer de mediana edad, de mejillas hundidas bajo los pómulos salientes, y el cabello tirante peinado en un moño.

-Trae a la niña -dijo.- Pesa demasiado para ti.

Delante iba una muchacha joven que vestía un pantalón vaquero muy viejo y un jersey ceñido. En el asiento contiguo llevaba un gran ramo de claveles, y él pensó que iría a venderlos al centro.

No podía imaginar el dinero que habría en la cartera. Calculó noventa, cien mil... Las mujeres abandonaron el autobús con la pequeña, y cuando se quedó solo sacó la cartera. Disimuladamente la abrió, y estuvo a punto de emitir un silbido: había la menos el doble de lo que calculó en un principio. Eran billetes nuevos, y conservaban un tacto suave de tinta reciente. Notó que crujían al doblarlos.

-Vaya -suspiró.

Se encogió en el asiento, tratando de que nadie lo viera; luego se sintió mejor, pensando que no tenía antecedentes penales y nadie podía acusarlo de nada. Estuvo pensando lo que haría con aquel dinero: recordó el tejado de su casa, que no se había reparado nunca y dejaba pasar el agua de lluvia.

Rechinaron los frenos y se detuvo el autobús; él se bajó, miró a su espalda y vio que nadie lo seguía. Entró en un bar donde se anunciaban en el escaparate patatas a la brava y berberechos. Se encaramó en una banqueta.

-Un café con porras, y un coñac doble -dijo, ahuecando la voz. Le tendió un billete al hombre de la barra, y él lo miró con extrañeza.

-¿No tiene suelto? -preguntó. Él se encogió de hombros.

-Acabo de cobrar.

Fuera había dejado de llover. La calle estaba llena de gente, y había parejas jóvenes vestidas de las formas más raras, muchachos con melenas y gente mayor que parecía andar sin rumbo fijo. Bebió un trago de café y se quemó la lengua y el paladar.

-Está que bufa -resopló.

Después de tomárselo todo se encontró mucho mejor, y dejó una buena propina. Le parecía ser el dueño del mundo, mientras notaba el contacto de la abultada cartera. Cuando salió a la calle le ardía el estómago.

-Esto es vida -se dijo.

Se unió a la gente que pasaba; de todos los bares salía el mismo olor a frito, y nadie parecía tener prisa. En una esquina había una anciana vendiendo tabaco y él le pidió una cajetilla.

-Quédese con la vuelta.

Otra, con un abrigo negro y roto, voceaba la lotería. Él le compró un décimo.

-A ver si me da suerte -le dijo, y ella lo miró con descaro.

-Falta te hace, hijo.

Estuvo sorteando puestos donde vendían bolsos, cinturones y toda clase de objetos de cuero. Las correas despedían un fuerte olor a curtido. Cerca, en un puesto de discos usados, atronaban unas sevillanas.

-A menos de diez duros no te los puedo dar. A diez, todos los que quieras.

Oyó un piar de pájaros: era un vendedor de globos que simulaba el trino con la boca. Un globo rojo se soltó, volteó un momento en el aire y subió velozmente.

-Vaya, se jodió -dijo el dueño, siguiéndolo con la vista.

Continuó hacia una calle más ancha donde había tiendas de confección; eran tiendas baratas, pero a él le servían: cualquier cosa sería mejor que la ropa que llevaba. Bien vestido sería más fácil encontrar un trabajo, fuera el que fuese. Entró en unos almacenes donde había todo lo necesario para vestirse de arriba a abajo.

-¿Qué desea?

-Quiero... bueno, quiero varias cosas.

-Usted dirá.

-Empezaré por una chaqueta.

La primera que se probó le estaba demasiado grande, y lo sintió, porque le gustaba la tela. Eligió una de cuero.

-Esta me gusta -le indicó al vendedor.

Era un poco cara, pero merecía la pena. Compró dos camisas y unos pares de calcetines; también eligió unos pantalones que iban a tono con la chaqueta.

-¿Alguna cosa más?

-No, está bien. Cóbremelo todo.

Entró en una zapatería y salió con un par de zapatos muy brillantes. Se sentía satisfecho y feliz, como si con la ropa vieja se hubiera desprendido de un destino desgraciado. La llevaba en una bolsa y la encajó en una papelera.

-Anda y que te jodan -masculló.

Tenía que comprarse un reloj, porque el suyo se le había roto hacía mucho tiempo. También quiso comprarse un paraguas, pero no halló a mano ningún sitio donde los vendieran. Se miró en el espejo de un

escaparate, y su imagen le hizo buen efecto.

-Tendré que cortarme el pelo -se dijo.

Le parecía que la gente lo miraba al pasar, y hasta temió que adivinaran lo que llevaba en su bolsillo interior. Recordó la barriada de chabolas, los chiquillos jugando entre bidones vacíos: hubiera estado bueno tomar un taxi para regresar.

-Daría el golpe -sonrió.- Menuda sorpresa se llevarían mis vecinos.

Le compraría ropa nueva a ella y también a los pequeños; renovarían algunos muebles, y quizá les llegara para un televisor de segunda mano. Quería adivinar las caras que pondrían los niños cuando los llevara a una pastelería, y después al cine. Y si alguien le preguntaba...

-He encontrado un buen trabajo -diría.

Pensó en el camionero: cuando echara en falta su cartera, seguramente estaría a muchos kilómetros de allí. Preguntaría en el garaje, pero allí nadie lo había visto, y tampoco lo vieron cogerla.

-No hay cuidado de que nadie me denuncie -suspiró con alivio.- He tenido suerte.

Pasó una chica con una falda muy corta; él se volvió a mirarle las piernas, y un trasero pequeño y redondo que parecía estremecerse a cada paso. El semáforo cambió de signo y la chica cruzó la calle, ante varias miradas hambrientas.

-Está para comérsela -pensó.

Luego siguió caminando en dirección al centro. Dejó a un lado un gran hospital abandonado, con sus naves silenciosas, sólo habitadas por una legión de ratas; caminó bordeando los jardines, pisando la hierba donde había hojas amarillas que se habían desprendido de los árboles.

Para hacer tiempo se metió en un cine donde daban varias películas. Cuando terminó la sesión se percató de que estaba avanzada la tarde; no había almorzado y tenía el estómago vacío. Así que abandonó el asiento y salió del local.

***

Se detuvo ante el escaparate de una lujosa cafetería; nada le impedía entrar, pues iba vestido correctamente y sabía comportarse como cualquiera. Nunca había entrado en aquel sitio, aunque pasó por delante muchas veces.

-Alguna tiene que ser la primera -se dijo.

Miró furtivamente la larga barra de la izquierda, donde había hombres y mujeres bien vestidos consumiendo bebidas. Había temido en un principio llamar la atención, pero nadie pareció advertir su presencia, de modo que bajó las escaleras hasta la planta baja. Se sentó en un sofá de cuero que estaba pegado a la pared y aguardó al camarero, que estaba retirando el servicio en la mesa de al lado.

-¿Qué va a tomar? -preguntó el hombre fríamente, y él carraspeó.

-Quiero... un bocadillo, y algo fresco para beber. -El otro arrugó el ceño.

-No servimos bocadillos. Puedo traerle un sandwich.- Él tragó saliva.

-Bueno, pues eso.

-¿De qué lo quiere? -preguntó el camarero, y él dudó un momento.

-Alguno que esté bien. Me da lo mismo.

-Le traeré uno mixto, ¿le parece?

-Me parece bien. Y traiga un botellín de cerveza.

El camarero se alejó con una mueca despectiva. Él se dio cuenta de que algo había hecho mal, pero no sabía qué. Su vista se desplazó hacia una mesa vecina, donde había una mujer llamativa. Le pareció que ella lo miraba.

-Tengo que estar tranquilo -se dijo.- Todo va bien.

Todavía no sabía exactamente el dinero que había en la cartera, pero se imaginaba que era mucho. La sacó del bolsillo, y ocultándola tras el mantel estuvo contando los billetes. Tuvo que guardarla, porque volvía el camarero, y le alargó uno.

-Cóbrese -dijo. El otro cogió el billete, lo miró un momento y se lo llevó sin comentarios. Enseguida volvió con la vuelta.

-Está bien -dijo él, dejando la propina. Se dispuso a seguir contando el dinero: eran todos billetes

grandes, como había supuesto, y estaban agrupados en paquetes de diez. Contó cinco paquetes.

-Medio kilo -pensó con un escalofrío.

De pronto, sin saber cómo, se sintió arrojado hacia atrás y se protegió la cabeza con los brazos. Parecía que le mundo se le venía encima: todos se había oscurecido, y se respiraba una atmósfera de humo. Luego, las luces se encendieron de nuevo.

-Pero, ¿qué es esto?

Se puso en pie de un brinco; la mesa había salido proyectada a distancia y el silencio que siguió a la explosión se había convertido en un caos de gritos y gemidos. A su lado, la mujer reía escandalosamente.

-¡Ha sido una bomba! -chilló.- ¡Socorro!

Él temblaba como un azogado; se llevó la mano a la sien y la retiró manchada de algo viscoso. Salió embistiendo entre el humo, tratando de alcanzar la escalera, y tuvo que saltar sobre un cuerpo de mujer, doblado como un títere roto. De pronto recordó la cartera.

Se palpó la chaqueta, por si la llevaba encima, pero estaba seguro de haberla dejado sobre la mesa antes de que ocurriera la explosión. Su chaqueta nueva estaba cubierta de un polvillo de yeso, y tenía el pantalón desgarrado. Volvió sobre sus pasos, y en una actitud frenética estuvo buscando alrededor.

-Me cago en todo -masculló sordamente.

Notaba un fuerte picor en los ojos; se aproximó a la mesa que ocupaba antes, y alzándola miró debajo, entre el polvo y el humo. Le pareció ver algo parecido a un billete, pero era un trozo de folleto rasgado. Soltó un juramento.

-Tiene que aparecer, tengo que encontrarla.

Sabía que el dinero no podía estar lejos, quizá bajo una de aquellas planchas de escayola o de algún trozo de cascote. “Aguardaré a que lo encuentren”, pensó, pero tuvo que desechar la idea. Nunca podría reclamarlo, porque no podría justificar el origen de tal cantidad. La reclamación pondría en guardia a la policía, y era lo último que deseaba en este mundo.

-Calma. Tengo que encontrarlo, tiene que estar por aquí.

Siguió buscando sin resultado, hasta que halló un par de billetes que guardó apresuradamente. No pudo contener unos sollozos histéricos, salió cojeando, arrastrando la pierna para subir las escaleras, mientras un policía lo seguía con la vista.

-A ese creo que lo conozco -le dijo a un compañero.

-Yo también lo conozco, pero no tiene nada que ver con esto. No es más que un desgraciado que pide por ahí.

Él no reclamó nada, no se atrevió a preguntar, y se dio por satisfecho por escapar de aquel infierno de cuerpos rotos y caras sangrantes. Le dolía mucho la rodilla, y no obstante subió los escalones de dos en dos. Llegó arriba si aliento, y se abrió paso a empujones hacia la salida.

-Tengo la negra -pronunció en voz alta.

Cuando pudo salir, estaban llegando las ambulancias y la policía acordonaba la zona. Un coche de bomberos se había detenido ante la fachada, y varios hombres entraban con camillas. Él se sentó en el bordillo de la acera, y se golpeó la frente con los puños.

-Tengo la negra -repitió.

Pero luego se quedó mirando las camillas que salían, aquellos cuerpos con los miembros desgajados; pensó que su suerte no era tan mala, y hasta se alegró de estar vivo.

***

BAJO SU MANO SENTÍA PALPITAR el cuerpo femenino; había sonado el despertador y él hurtó el brazo caliente del abrigo del lecho y dio la luz. Ella no se había movido, la buscó de nuevo y la abrazó, aspirando su aroma. El cuerpo joven despedía una sensualidad que lo electrizaba.

-Te quiero -le dijo al oído.

Una ráfaga le trajo una fisonomía borrosa, que se esfumaba en una monotonía irremisible, sustituida por la imagen de las sucesivas amantes. Pero aquella mujer cercana, su carne joven lo arrebataba. Cerró los dientes sobre el hombro cálido, y ella se quejó.

-Bruto, me haces daño -dijo entre sueños.

La cara del hombre, enrojecida, tenía una expresión ansiosa. Observó aquel cabello de un rubio dorado, y la pequeña oreja nacarada. Ella se rebulló un momento, se volvió mostrando un perfil gracioso y un tanto ingenuo, y al mismo tiempo el hombro se escapó a su contacto.

-Ven -dijo él.

Avanzó con la boca abierta en un ligero jadeo. Ella estaba boca arriba y aspiró profundamente; su pecho se alzó y sus pequeños senos se estremecieron. Alargó el brazo, tanteando, y lo rozó.

-¿Qué hora es?

-Hora de que me quieras -susurró él a su oído.

-Vamos, déjame -bostezó ella. -Tengo mucho sueño.

Él hizo un gesto de fastidio y consultó con la mirada el reloj de la mesilla. Era casi de noche todavía, pero estaban en un parador a las afueras y tenían que volver a la ciudad. Trató de vencer su apremiante deseo, y haciendo un esfuerzo saltó de la cama.

En el baño se dio una ducha cálida, seguida de una fría que logró serenarlo. En el espejo observó su propia cara abotargada, los ojos surcados de finas arrugas. Volvió junto a la chica y la removió.

-Levanta, tenemos que irnos.

Ella abrió sus grandes ojos claros y permaneció unos minutos viendo cómo se vestía. Era un hombre maduro, poco agraciado aunque se vistiera con las mejores ropas. Pero ahora no las tenía. De pronto, se inclinó sobre ella y la besó en la boca. Ella notó su aliento, disimulado por el frescor de la pasta de dientes.

-¿No tenemos que irnos? -lo rechazó. Estaba rígida, y en cuanto pudo se puso en pie, envuelta en la sábana. Anduvo con los pies desnudos sobre la gruesa alfombra hasta llegar al cuarto de baño. Desde allí se volvió.

-Quedamos en que se lo dirías hoy- le recordó, y él asintió con la cabeza.

-Descuida, se lo diré.

Del baño salían vaharadas con aroma de gel; ella canturreaba mientras se llenaba la bañera, donde el agua producía un borboteo perfumado. No cerró la puerta, y el se estremeció con la vista de sus curvas suaves y el pecho enjabonado y desnudo.

-Cada día me gustas más -le dijo.

-Pues no lo parece. Llevas tanto tiempo dándome largas...

La voz de la muchacha era insinuante. Cuando salió del baño iba envuelta en una toalla, y antes de vestirse se aplicó un maquillaje ligero, y con el dedo meñique se extendió en los párpados una sombra azulada con puntos brillantes. Se perfiló apenas los labios, y se cepilló el cabello que tenía reflejos de oro. Luego se encajó un vestido sencillo y juvenil: no usaba sujetador, ni lo necesitaba. Él se acercó y la tomó por la cintura; la chica suspiró.

-¿No tenías tanta prisa? -le dijo, desprendiéndose. El rostro de él se puso escarlata y sus dedos como salchichas se contrajeron.

-No sé qué te ocurre. - Ella habló sin mirarlo.

-Sí que lo sabes. Quiero que terminemos de una vez con estos tapujos. -Él asintió.

-Te lo he prometido. ¿Qué más quieres que haga? Por cierto -advirtió.- Necesitarás algún dinero.

Le tendió un fajo de billetes y ella lo tomó con displicencia, guardándolo en el bolso.

-¿Nos veremos luego? -preguntó.

-Tengo cosas que hacer esta mañana. Me he citado con unos clientes, y a lo mejor almuerzo con ellos. Nos veremos por la noche. -El rostro de ella pareció alegrarse.

Me han dicho que hay una revista estupenda. Podíamos ir. -Él asintió.

-Como tú quieras.

Trató de besarla, pero ella se apartó y el rostro masculino se contrajo en una mueca dolorosa.

-Está bien, vámonos.

En el comedor eligieron una mesa junto a la ventana, desde donde se veía la sierra. Estaban casi solos en el local.

-No quiero que volvamos aquí -dijo ella con un mohín de disgusto. -Esto está muy anticuado. Me han hablado de un sitio mucho mejor.

Antes de entrar en el lujoso automóvil, ella se detuvo un momento.

-¿Me dejas conducir? -preguntó, mimosa. Él ocupó el asiento del conductor.

-Ni lo sueñes. Quiero estar seguro de que llegaremos enteros.

El hombre aspiró hondo; de camino, el aire húmedo y sedante lo reconfortó. Se sentía como si le hubieran quitado veinte años de encima.

-En cuanto llegue, llamaré a mi mujer -aseguró. -Y quedaremos para hablar por la tarde.- Ella lo miró de reojo.

-¿De veras lo harás?

Él se limitó a mirar al frente. Sobre el cristal delantero caían algunas gotas, y durante unos minutos no se oyó más que el ligero zumbar del motor, y el casi imperceptible del limpiaparabrisas. Ella se mordió los labios.

-Espero que esta noche me des una buena noticia.

Dejaron atrás varias colonias de chalets, y en poco tiempo el paisaje se convirtió en urbano. El auto enfiló una amplia avenida y se detuvo ante una torre de viviendas.

-Aquí te dejo -indicó él.- No tengo tiempo de subir.

Antes de abandonar el coche, la muchacha le dio un beso rápido en los labios. Él la siguió con la mirada, hasta que la perdió de vista en un portal moderno de cristal oscuro y aluminio pavonado.

***

Era pronto todavía. Cuando se despidió de los clientes dejó el coche en un garaje y, a pesar de la fina lluvia, decidió caminar por el parque. Necesitaba poner en claro sus sentimientos, y planear el futuro. No podía recordar desde cuando no visitaba el lugar, que ahora empezaba a mostrar la presencia del otoño en sus tonos rojizos.

-Da gusto caminar un poco -suspiró.- Pero no hay tiempo para nada.

Fue rememorando el pasado. Había sido un hombre duro, hasta llegar a ser respetado y temido. Su vida había transcurrido durante muchos años de manera espartana: había trabajado como nadie, y había vencido. Hoy, cuando otros soportaban dificultades económicas, él estaba más seguro que nunca. Creía merecer algo mejor que aquella vida rutinaria.

-Me lo he ganado -se dijo, convencido.

Pensó en su esposa: en un principio había sido una mujer con mucho encanto, muy superior en realidad a él, que creyó siempre no merecerla. Pero hoy sus celos lo ahogaban: quizá por eso él acudía cada vez menos al hogar, y con la disculpa de los negocios se ausentaba a menudo, lo que provocaba continuas discusiones.

Últimamente, llevaba varios días sin aparecer. Antes había procurado no mentirle, y no quería hacerlo, pero la situación se estaba haciendo insostenible. En el fondo se consideraba un hombre leal; por eso quería dejar las cosas claras y perjudicarla lo menos posible.

-Le daré lo que quiera -pronunció en voz alta. -A cambio, quiero mi libertad.

Había preferido verla en un lugar público. En casa ella hubiera hecho una escena, y la sola idea le daba náuseas. De un tiempo a esta parte estaba demasiado nerviosa. A ella le había extrañado que la citara en una cafetería, pero él logró convencerla.

-Tengo poco tiempo -le dijo.- Estaré cerca de allí con unos clientes, y no puedo dejarlos. Y es importante que hablemos.

-Está bien, nos veremos allí. Procura no llegar tarde.

-Por supuesto que no. Estaré aguardándote.

De pronto se dio cuenta de que iba a abandonar a su esposa por una chiquilla, y sintió vergüenza.

-Es tan joven como mis hijas -pensó.

No sabía cómo reaccionarían ellas. La mayor se parecía a él: no era bonita, pero había heredado su carácter fuerte y era independiente y muy emprendedora. Era su predilecta.

-Ella no necesita a nadie -se dijo con orgullo.- Se basta a sí misma.

Cuando recordó a la menor, sus ojos se nublaron. Tenía que confesar que era muy parecida a su madre.

Era sensible, inteligente y buena estudiante, y lo quería con locura.

-Pero ella me tendrá siempre. Eso por encima de todo. Nada cambiará entre nosotros.

Había dejado de llover. Entre la arboleda, la cúpula de un edificio de cristal centelleó bajo un pálido rayo de sol. Enfrente se extendía un talud de césped, y más allá un estanque. El agua temblaba, reflejaba los pinos y el cielo se miraba en la superficie, donde un alto surtidor dejaba caer una cascada azul.

-Qué hermoso -se dijo.- Lástima que haga tanto tiempo que no vengo por aquí.

Vio un par de cisnes en el estanque, y en los escalones de piedra una pareja muy joven que se besaba largamente. Sintió envidia, y un extraño desasosiego. Pensó ahora en su hija, ya casada y con un niño; tuvo un sentimiento de rencor con la vida, que con aquella boda le arrebató lo que más quería.

-Porque es verdad que la he perdido -musitó.

Por entonces había conocido a su amiga, y tenía que confesarse que todo empezó como una sustitución sentimental.

Aceleró el paso y se encaminó hacia el gran lago artificial, mucho mayor que el pequeño estanque. Lo surcaban pequeñas embarcaciones manejadas por gente joven, y él se detuvo a observarlos, mientras del agua se alzaba un olor a cieno y a plantas acuáticas.

-Tengo que darme prisa -suspiró.

La muchacha se había convertido para él en una verdadera obsesión, una necesidad física y constante; en un principio no creyó que fuera más que una aventura pasajera, pero ahora se hallaba prendido en unas redes de las que no se podía, ni quería, liberar. Aquel cuerpo joven lo hacía revivir, le comunicaba su vigor, de forma que a todas horas respiraba y vivía por él.

-Tendré que hacerlo -decidió, mordiéndose los labios.

Sabía que no era precisamente un galán de cine, que estaba demasiado grueso y su estatura era, como mucho, mediana. Siempre había envidiado a aquellos tipos altos, que aunque con el cabello plateado eran el centro de las miradas en todas las reuniones donde había mujeres.

-No es mi caso -se dijo, resignado.

En el estanque se reflejaba el cielo y el temblor de los árboles. Advirtió que tenía las ideas de un romántico trasnochado, y trató de rechazarlas. Dio un último vistazo al templete de columnas, a las estrechas piraguas de todos los colores, y empezó a caminar deprisa bajo los árboles.

Consultó su reloj y vio que eran las seis. Fuera del parque la gente caminaba deprisa entre edificios grises oscurecidos por el humo. Conforme se encaminaba al lugar de su cita, se sintió menos seguro. En lugar de tomar la dirección más corta, rodeó varias manzanas sobre las húmedas aceras: todavía era pronto, y estuvo observando un edificio coronado de adornos y torrecillas, como si fuera la primera vez que lo veía.

-Es increíble -dijo para sí. -Nunca me había fijado, después de tantos años.

Estaba dispuesto a concederle a su mujer todo lo que le pidiera; la indemnizaría tan espléndidamente como ninguno de sus amigos lo hubiera hecho. Cuando calculó que era la hora, aspiró hondamente el aire húmedo y tomó la dirección de la cafetería. Ante ella, se detuvo un momento.

-Espero que no haya llegado todavía -se dijo.

Pero sí había llegado. Cuando bajó el tramo de escaleras, haciendo crujir los peldaños, ella ya lo aguardaba sentada a una mesa.

-Hola- le dijo besándola en la sien, y ella lo miró sin sonreír.

-Hola -contestó, y a él le pareció que su voz temblaba. Se acomodó a su lado, y un tenue perfume conocido lo envolvió por un momento. Luego, ella añadió: -¿Se puede saber, después de tres días, para qué me has citado aquí?

Él tragó saliva. Ni siquiera se atrevía a mirarla a la cara y observó sus delgadas manos surcadas de finas venas azules.

-Tenemos que hablar -dijo sordamente.

Vio que ella lucía un elegante traje de chaqueta y estaba tan bien peinada como siempre. Ya había cumplido los cincuenta, lo mismo que él, pero los años no habían destruido su belleza, y su figura emanaba elegancia y un cierto atractivo. Había sido hermosa, y seguía siéndolo.

-¿De qué tenemos que hablar, si puede saberse?

La voz sonó quejosa. Él se notaba adusto y avejentado, y no sabía cómo empezar. Luego, pausadamente, estuvo exponiendo los hechos, mientras ella oprimía con fuerza el asa de su bolso de piel de

cocodrilo. Su rostro había cambiado de expresión: ahora parecía furiosa.

-¿Conque era eso? ¿Y para decirme eso me has obligado a venir aquí? No tienes dignidad, eres un verdadero cerdo. Mejor, haberte quedado en la cama con ella, ¿no crees? -agregó en tono chirriante. Él bajó la mirada.

-No hace falta que hables así. No es ese tu estilo. -Ella rió amargamente.

-Y, ¿cuál es mi estilo, si puede saberse? ¿Aguantar todas tus porquerías? Nada menos que quieres plantearme el divorcio, y para eso me citas en una cafetería.

Él estaba avergonzado, sobre todo porque los miraban desde las mesas vecinas. Había querido evitar una escena en casa, y ahora podía ser mucho peor. Ella pareció leerle el pensamiento.

-¿Tienes miedo de que arme un escándalo? ¿Crees que no soy capaz de hacerlo? -Él la atajó con un gesto.

-Habla más bajo, por lo que más quieras -suplicó.

-Está bien. Pero te diré que estoy dispuesta a todo con tal que esa zorra no consiga lo que quiere. Sabes que me asiste la razón, así que puedes prepararte a una lucha a muerte. No voy a ceder con facilidad.

Él aspiró hondo. Fue a cogerle la mano y ella la retiró. Estuvo rebuscando en el bolso y sacó un billetero con una fotografía. Él sabía que era la foto de su hija y su nieto, y ni siquiera la miró.

-¿Es que quieres chantajearme? -dijo sordamente. -Guarda eso, no es el momento de sacar el archivo familiar.

Ella así lo hizo, como si hubiera advertido su error. Luego habló en voz baja.

-Te costará mucho dinero, seguramente más de lo que crees -indicó. -Nunca he dado el menor motivo de escándalo, y todo el mundo conoce mi manera de ser.

- "La esposa perfecta", pensó amargamente él, pero no expresó su pensamiento, y en cambio preguntó:

-¿Cuánto? -Ella adoptó un aire de triunfo.

-Eso lo veremos. Has conocido a una chica que podría ser tu hija, y quieres dejarme por ella. Me parece un capricho muy caro.

Él carraspeó. Estaba rojo, y empezaba a sudar. Un camarero se aproximó a la mesa y él le pidió un coñac. Ella no quiso tomar nada, y el camarero se retiró. Él trataba de no perder la compostura.

-Ese es tu punto de vista -replicó. -Yo lo veo de forma muy distinta. Es cierto que tu vida ha sido intachable, quizá demasiado, hasta provocar el hastío. A veces, la perfección resulta insoportable. ¿No lo sabías?

Ella le dedicó una mirada de desprecio.

-Gracias -dijo secamente.

De pronto empezó a sollozar, cubriéndose la cara con el pañuelo. Luego, con el mismo pañuelo, se enjugó los ojos.

-No sé de qué te quejas -dijo, intentando dominarse. -Nunca he salido con amigas, y sólo he procurado atenderos a ti y a las niñas. Nunca me he permitido un derroche, bien lo sabes, y creo que las cosas han funcionado siempre bien en casa...

-Tampoco has sabido nunca lo que eran dificultades. Si alguna vez las he tenido, procuraba que no lo supieras. ¿Que de qué me quejo? Es sagrado tu horario, sagrado tu descanso... Y, además, eres demasiado absorbente. -Ella casi saltó en el asiento.

-¿Demasiado absorbente? ¿Y ella no lo es? ¿Por qué, entonces, quiere que te cases?

Ambos guardaron silencio durante unos segundos; luego, ella añadió con voz crispada:

-Te agradezco lo acertado de la fecha -dijo. Él arrugó el ceño, y de pronto comprendió: era el aniversario de su boda, y ni siquiera lo había recordado. Sintió vergüenza, y balbució unas torpes palabras.

-Perdona. Lo siento de verdad.

-No te preocupes -dijo ella.- El aniversario ya no es motivo de alegría, sino todo lo contrario. -Él aspiró hondo.

-Perdona -repitió. Miró a su esposa, y advirtió en sus ojos un brillo maligno.

-Se cansará de ti- le dijo ella sordamente.

Él reconoció que quizá tuviera razón, pero la suerte estaba echada. El camarero había dejado una copa de coñac sobre la mesa, y él la apuró de un trago. La necesitaba.

-Es posible -dijo.- Pero eso no cambia las cosas. Será mejor para todos que no opongas resistencia. -

La mujer se estremeció, y se dilataron las aletas de su nariz.

-Sí, será mejor para ti.

Lo había tomado nerviosamente del brazo, y él sentía sus dedos como garras. Le habló en voz tan baja que era poco más que un susurro:

-Me mataré -dijo. -No podrás evitarlo y serás el responsable. -Se detuvo un momento, como para tomar aliento, y luego siguió en tono apagado. -¿Cómo puedes olvidar todos estos años? Están las chicas, está tu nieto... ¿Es que no tienes dignidad?

Él no contestó. ¡Dios, no!, pensó, tratando de desechar aquella idea absurda. ¿Sería ella capaz de matarse? Quizá se ahorcara, quizá... Sintió un escalofrío, recordando la pistola con cachas de nácar que él mismo guardaba hacía tantos años en el cajón de su mesilla. También podía cortarse las venas, o tirarse por una ventana...

-No digas eso -rogó.- Podrás rehacer tu vida sin mí. -Ella negó enérgicamente.

-Mi vida ya no tiene objeto. Tú me la has deshecho.

Estrujaba el pañuelo de encaje, y sus facciones estaban crispadas. Él miró por un momento la mano femenina, y advirtió que llevaba puesta la alianza, que él no usaba desde hacía mucho tiempo.

-Te compensaré como quieras -dijo con torpeza.

-Cállate- dijo tensamente ella. -Yo no me vendo.

De pronto se sintió mísero y culpable. Quiso excusarse de alguna manera, pero pensó que era preferible el silencio. De nuevo insistió:

-Te dejaré la casa, te lo dejaré todo. En realidad, no necesito nada. Puedes contratar al mejor abogado, yo no pondré ninguna objeción.

Sintió un frío glacial inundándole la espalda, como si una corriente helada lo hubiera rozado. Se había puesto pálido y tenía que hacer un gran esfuerzo para hablar. Mientras, su esposa dijo algo que él no pudo entender.

-Perdona, ¿qué decías? -Ella lo miró.

Eres un impotente. Eres un viejo verde y marrano -repitió.- Tú buscas a alguien que pueda suplir lo que no tienes.

La cara del hombre se crispó. Aquello le dolió como un puñetazo, quizá porque en el fondo estaba de acuerdo. Dio vueltas en la mano a la copa vacía. Se oía a sí mismo respirar, y la frase dicha le golpeaba el cerebro. Luego, ella pareció cambiar de actitud.

-Podemos seguir como hasta ahora -musitó. -Yo pasaré por todo, pero por favor, no me dejes.

-No pasarás por todo, en realidad no pasarás por nada -dijo él.- Eso que me propones me resulta... inmoral.- Ella lo observó, con una mirada cruel.

-¿Y tú me vas a decir ahora lo que es la moralidad?

Callaron. Los ojos de ella estaban nublados por las lágrimas, y al mirarla él sintió repulsión. De nuevo recordó la figura joven, la sonrisa llena de malicia, y la imagen fresca se superpuso a la real que contemplaba. Pensó que nunca había sentido por su esposa una verdadera pasión; pronto se habría convertido en una anciana, y lo peor era que él se habría convertido en un viejo. La idea lo trastornaba.

-¿Has pensado en tus hijas? -oyó como entre brumas.

Había pensado en ellas, ciertamente. En aquella muchacha que era su vida, y que había dejado el hogar. Ahora se debía a su marido y a su hijo, y él había pasado a ocupar un lugar secundario. No podía soportar la idea.

-Perdona, ya hemos hablado bastante de esto. No necesitas insistir.

Ella guardó silencio, con la mirada fija en la mesa. Luego dijo:

-No has pagado la consumición.

Él puso un billete sobre el platillo donde estaba la nota del camarero. Iba a levantarse, cuando le pareció que el suelo se conmovía, y apenas tuvo tiempo de apercibirse de la explosión: algo había estallado, derribando el delgado tabique. Lo golpeó en la cabeza un objeto pesado, y se sintió lanzado al otro lado de la sala, como si lo hubiera engullido un alucinante torbellino. Luego perdió la consciencia. Unos segundos después, ambos habían desaparecido bajo los cascotes.

Se le pudo identificar por su documentación. Cerca, en el bolso de cocodrilo de su esposa, hallaron la fotografía de una joven con un niño pequeño. Alguien comentó que la fecha del día coincidía con la que

la mujer llevaba en la alianza que conservaba en el dedo anular.

Trataron de avisar a la hija, pero estaba fuera de la ciudad con su familia. Tampoco estaba la menor. Él había fallecido en el acto, y aunque la esposa fue ingresada en un centro médico, ingresó ya cadáver. Por una ironía del destino, ambos resultaron unidos al otro lado de la vida.

***

HABÍA OLVIDADO LAS VECES que se presentó a la oposición, y por fin hoy había logrado superar las pruebas. Era un hombre enjuto, con gafas; nunca había tenido mucho pelo, pero ahora estaba casi calvo, y estaba a punto de cumplir los cuarenta. Y estaba enamorado. Vestía un traje un tanto tazado, y hasta deshilachado en el borde de la manga derecha. Le hubiera gustado tener más seguridad en sí mismo, pero siempre fue tímido.

-Es un cuerpo elitista -solía decir, ante sus repetidos fracasos. - Quieren ganar mucho dinero, y por eso no quieren ampliar la plantilla.

Aquella noche no había podido dormir, a causa de la proximidad de la prueba. Por si fuera poco, ya se estaba durmiendo cuando lo despertaron las idas y venidas de un compañero de pensión.

-Será ese borracho -gruñó. -No sé qué hace a estas horas por la casa.

A las ocho ya estaba en la calle, donde los focos permanecían encendidos. El tráfico era numeroso y estaban abiertas las cafeterías, mientras una ligera neblina cubría la glorieta. Los puestos de periódicos estaban también abiertos al público, y pensó comprar uno.

Se sentó en un banco en la acera a leerlo, y notó que el asiento estaba humedecido por la reciente lluvia. Sentía en oleadas el olor del gasoil; cuando alzó la mirada, vio pasar a una mujer muy llamativa que caminaba despacio, como si no tuviera ninguna prisa. Él la siguió con la vista.

-Es guapa -se dijo.- Pero se le ve a la legua lo que es.

Luego estuvo pensando en su novia, que lo aguardaba desde hacía tantos años. Cuando se levantó del banco eran las ocho y cuarto y los autobuses circulaban llenos. Alcanzó uno, que lo llevó a su punto de destino.

***

Un campanillazo lo sacó de su abstracción. El ejercicio sería oral y al final se darían las calificaciones. Apretó los dientes y subió al estrado para sustituir al compañero; alargó la mano y sacó una papeleta de la caja de madera.

-No se lee -dijo, y su propia voz le sonó extraña. El presidente alargó el cuello provisto de una nuez prominente y comprobó el fallo.

-Saque otra -indicó, y él repitió la suerte.

Temas quince, treinta y uno y ciento veintiséis -anunció con voz temblorosa, mientras el presidente, inclinado, lo miraba con ojos de sueño.

-Bien, comience -le dijo.

Él sentía un nudo en la garganta y carraspeó. A duras penas podía pronunciar palabra.

-Por... ¿por cuál empiezo? -tartamudeó. El otro lo observó con severidad.

-Por el que le dé la gana -dijo con el ceño fruncido.

Él puso en movimiento todas sus reservas mentales. Enfrente, cuatro hombres vestidos con trajes oscuros parecían meditar, adormilados por la añoranza del frustrado fin de semana. Sus mejillas pálidas resaltaban sobre el tapiz de rojo terciopelo del fondo.

-Tema número quince -carraspeó.

Expuso el tema con verdadera brillantez, mientras de la sala subían conversaciones veladas, los pasos arrastrados de alguien, voces que se apagaban o subían de tono.

-Está bien, siga -dijo el presidente. Fumaba en boquilla, haciendo un ruidito a cada chupada; la mordisqueaba continuamente y a veces la mantenía entre los labios, vacía.

Siguiente >>

-Tema treinta y uno.

Empezó titubeando y luego fue ganando confianza, sentado ante el severo tribunal. Su voz sonaba con una gran seguridad, y de cuando en cuando un par de ojos adormilados le dirigían una mirada que podía ser de aprobación. Siguió hablando, hasta que el presidente lo cortó con un ademán de impaciencia.

-Bien, bien -le dijo. -Ya se ha extendido bastante. Exponga el tema número ciento veintiséis.

Él asintió, conteniendo la respiración, porque sabía que el último tema era el más importante. Después de hablar un rato, vio que el tribunal deliberaba en voz baja, y los cuatro hombres al unísono movieron afirmativamente la cabeza. El presidente lo miró.

-Está admitido -dijo. -Puede retirarse. ¿Ha preparado la memoria?

Él sacó unos folios encuadernados en una carpeta y los dejó sobre la mesa. Sabía que la presentación de la memoria era cuestión de trámite. Le parecía mentira: después de tantos años, había logrado superar la prueba.

-Terminaremos esta tarde -dijo el presidente, dirigiéndose al público que ocupaba el local.

El tribunal se disolvió, la puerta de la sala se abrió y una luz cenicienta inundó el recinto. Como alelado, él salió a la calle; el martilleo de sus sienes se unió al zumbar de los motores, en un ambiente cargado de humedad. Consultó su reloj de bolsillo.

-Caramba, es muy tarde -pronunció en voz alta.

Pensó que su novia lo estaba aguardando desde hacía más de una hora: el examen se había prolongado más de lo previsto, y eran más de las tres. Ella no tuvo el valor de asistir y habían quedado en el parque, bajo el kiosco de la música, por si llovía.

-Voy a darle un alegrón -se dijo, apretando el paso.

Ella estaba leyendo un libro, y él se acercó a besarla. La novia lo miró ansiosamente y él hizo un gesto de asentimiento.

-Estoy aprobado -le dijo.

Ella le echó los brazos al cuello, llorando de alegría. Él miró alrededor, por si alguien los estaba viendo, y se desprendió de sus brazos. Se sentó junto a ella bajo la marquesina.

-Estuve brillante, cariño. Los demás no estuvieron a mi altura, dicho sea sin pecar de vanidad.

Ella lo besó en los labios y apoyó la cabeza en su hombro. Había rezado por él, y se veía recompensada.

Ante el banco se había formado un gran charco de agua. Tuvieron que vadearlo, y caminaron un trecho tratando de no mojarse demasiado.

-He tenido una mañana de mucha tensión -dijo él. -Estoy cansado, vamos a tomar alguna cosa.

-Yo también tengo hambre -dijo ella.- Desde el desayuno que no he tomado nada.

Entraron en un bar. Ella pidió un emparedado con una cerveza sin alcohol, y él el plato del día. Se sentaron junto a la ventana, desde donde veían pasar a la gente. Mientras comían, estuvieron haciendo planes para el futuro.

-Nos casaremos por la iglesia -dijo ella.

Luego, estuvieron recordando con cierta nostalgia el pasado. Se había conocido a la puerta de un cine, un día en que también llovía a mares; él la había acompañado a su casa, protegiéndola con su paraguas, y habían quedado para el día siguiente.

-Parece mentira -dijo ahora él. -Tantos años pasados...

Habían recorrido luego tantas veces la calle que se la sabían de memoria, hasta las losetas que había que sortear en los días de lluvia para no llenarse las piernas de cascarrias. Años transcurridos en los bancos del parque, contemplando las ramas desnudas en invierno, el retoñar de los pimpollos, la verde fronda veraniega y los tonos dorados del otoño. Habían pasado por nieves y fríos rigurosos y se habían asado en el verano, buscando el refugio de las zonas más frescas.

-Ahora, todo va a ser diferente -dijo él, y ella suspiró.

-Es cierto, cariño.

Pensó en que todas sus hermanas estaban casadas, menos una. Alguna vez había temido no poder tener hijos a causa de la edad, pero eso era en los momentos bajos. En realidad, aún estaba a tiempo, y tan enamorada como el primer día. Él pareció leer en su mente, y le apretó la mano.

-Tendremos una niña y un niño -le dijo.- Eso, si tú quieres.

-Claro que quiero -dijo ella. -Lo estoy deseando.

Su piso estaba en una zona antigua; lo había heredado de su padre, y tenía una escalera empinada y oscura, sin ascensor. La conocían todos los vecinos; las vecinas eran murmuradoras, por eso él no subía a la casa y se despedían en el portal. Tampoco allí podían descuidarse, porque a cada paso entraban y salían inquilinos. Además, en el piso vivía con ella su hermana mayor.

-Tengo unas sábanas muy bonitas, bordadas con nuestras iniciales. Ahora podré enseñártelas -dijo ella, y él asintió.

-Ahora todo será diferente.

Ella pensó en su hermana: era una mujer robusta, que presumía de buena ama de casa y le daba constantemente consejos sobre lo que debía o no debía hacer o decir. Hacía las labores, salía a la compra, guisaba y, mientras, ella estaba bordando en su equipo y escuchando la radio. Ahora notaba que le dolían los ojos al coser.

-Vista cansada -sentenció su hermana, y ella sintió una cruel punzada cerca del corazón.- Si me ayudaras en la casa, otro gallo te cantaría. En estos tiempos nadie cose tanto. Eso son cosas de la época de María Antonieta.

Ahora, cuando se casaran, podría tener una vivienda para ella y su marido. Hacía años que le presentó el novio a su hermana, y ella se mostró adusta y poco amable. Luego, cuando estuvieron solas, dijo:

-Este va para largo, parece poco despabilado.

Desde entonces empezó a quererlo mucho más; era cariñoso con ella, y hasta la acompañaba al cementerio a visitar la tumba de sus padres el día de difuntos, llevando un ramo de crisantemos. Paseaban despacio por el camino de baldosas, entre lápidas de piedra con cruces de metal.

-No sabes lo que te agradezco que me acompañes -le decía. Él la tomaba fuertemente del brazo.

-Para mí, son como mis padres -aseguraba.

También lo llevó al colegio donde se había educado, a que lo conocieran las monjitas. La superiora le regaló una estampa de pergamino con azucenas, y una medalla de la Milagrosa con una cadenita, que él llevaba ahora colgada del cuello.

-Toma. Para que te dé suerte en las oposiciones -le había dicho la monja.

Ella llevaba mucho tiempo guardando en los cajones de su cómoda los juegos de cama y las mantelerías, las enaguas de puntillas, las bragas y los camisones que iba bordando a filtiré. El juego de novia era de raso blanco, pero con el tiempo iba tomando un tono marfileño. Sobre la mesilla de noche, en un marco de piel, estaba la primera foto que se hicieron juntos; por entonces, él tenía aún bastante pelo.

-Quita eso, mujer -le decía su hermana. -Parece del año de la Pera. ¿No ves que estáis más pasados que la masa?

Ella no contestaba. Seguía bordando, o repasándole al novio los trajes por los bordes, y de cuando en cuando le cosía algún botón que se le había caído. Ella gastaba un abrigo de confección casera, y estiraba la ropa hasta límites heroicos. Su peinado era un tanto anticuado, y también su forma de maquillarse lo era.

-A ver si te modernizas un poco -le decía la hermana. - Pareces una señorita del siglo pasado.

-A él le gusto así -contestaba ella con un hilo de voz.

-Ahora todo será diferente -había dicho él.

-Es cierto, cariño.

Hoy había estrenado una barra de un tono anaranjado, que al parecer estaba de moda. Era una marca buena, que le costó bastante cara. Él la observó atentamente.

-¿No te has pintado demasiado? -le dijo, y ella se llevó las manos a la boca con un rápido ademán.

-¿Tú crees? -se turbó.

-Déjalo, está bien -rectificó su novio, buscando algo en el bolsillo de la chaqueta. -Mira -le mostró, y sacó un pequeño estuche con florecillas de colores.

-¡Una polvera! -dijo ella, tomándola en las manos. Es preciosa, preciosa. -Luego lo miró a los ojos. -Pero no debías hacer estos gastos.

-No es nada, mujer -dijo él.

-Sí que lo es.

Se estuvo mirando en el espejito, y con la punta del dedo meñique corrigió el trazado de la barra de labios que se había salido de su lugar. Luego guardó la polvera y dio un vistazo a través del cristal que daba

a la calle.

-Creo que nos vamos a mojar. Si te parece, podemos ir al cine. Así celebraremos lo de hoy.

-Me parece muy buena idea. Luego iremos a merendar.

***

Eran las seis cuando abandonaron la sala. La película no les gustó, era demasiado violenta. Entraron en la cafetería y tomaron asiento en la planta baja; a su alrededor los vasos tintineaban, y entre el humo de los cigarrillos había grupos de elegantes damas bien peinadas y con joyas resplandecientes.

-Este sitio debe ser muy caro -dijo ella en voz baja, y él se encogió de hombros.

-He aprobado las oposiciones, no lo olvides.

Ella se quitó el abrigo y lo dobló con cuidado, situándolo en el respaldo de una silla. Un camarero se acercó, y ellos pidieron chocolate con churros. El hombre se alejó con su encargo.

-Qué bien se está aquí -dijo ella, acomodándose en su asiento.

-Es natural, para eso lo cobran. -Ella movió la cabeza.

-Tienes que comprarte un traje nuevo -indicó. -Y algunas camisas, y un abrigo. Ya tenemos el invierno encima, y vas a cuerpo. Ahora conviene que vistas bien.

-Como tú digas, mujer.

-Yo te ayudaré a ponerte guapo -dijo ella, con orgullo. -Pero me voy a poner muy celosa. -Él se ruborizó un poco.

-No seas tontina. No será para tanto.- Ella lo observó un momento.

-¿Te vestirás de smoking para la boda? Mis cuñados fueron de smoking.

-Me vestiré de lo que tú quieras -cedió él pacientemente. El camarero les había colocado delante sendas tazas de chocolate, y enmedio una fuente con churros. Las tazas humeaban.

-Yo quiero ir de blanco -dijo ella. -Siempre ha sido mi ilusión.

-Pues irás de blanco.

-Llevaré un ramo de azahar, y un velo muy largo de tul.

-Eso, de tul.

-Podemos ir de viaje de novios a Mallorca. ¿Te gustaría ir a Mallorca?

Pensó que la boda sería un acontecimiento en el barrio, después de tanto tiempo. Irían sus hermanas con sus maridos y sus hijos. “Después de diez años”, pensó. Llevaría su ramo de novia a la virgen de su colegio, y las monjas se pondrían muy contentas. Se sentía feliz.

-Cuando firme en el libro de la iglesia, va a temblarme la mano -dijo. -A lo mejor me desmayo. -Él se echó a reír.

-Qué cosas tienes. Todo el mundo se casa, y nadie se desmaya. Ya verás como todo va bien.

-Eres un encanto -dijo ella. Luego bebió un sorbo de chocolate y miró al techo, fijándose en las escayolas.

-¿Me ayudarás en casa? No sé si tendré tiempo de todo. Ya sabes, la cocina, la ropa, la casa, los niños... -se ruborizó. -Bueno, ya sabes, el niño y la niña, ¿verdad?

-Claro, un niño y una niña -dijo distraídamente él. Ella lo miró.

-Me da... me da miedo del parto. -Él la observó, divertido.

-Mujer, ahora hay métodos nuevos. La ciencia adelanta mucho. Métodos... psicológicos para no sentir el dolor.- Ella suspiró.

-Espero que sea así. Yo no tengo mucho aguante, ¿sabes?

-No digas eso. Eres una mujercita valiente.

Estuvieron charlando un rato, haciendo planes para el futuro, confeccionando una lista de las amistades que invitarían, de las cosas que necesitaban. Él pensó que seguía usando calzoncillos de tela, de un modelo antiguo que ya casi no se encontraba en las tiendas. Tendría que ponerse al día y comprarse slips. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa, sacó un pañuelo del bolsillo y estuvo limpiando los cristales. Un hombre que llevaba una bolsa de deportes lo rozó al pasar, pero él apenas lo vio.

-También tengo que comprarme unas gafas. Estas se me han quedado antiguas.

-Claro que sí, querido, claro que sí.

Ella estuvo observando a una mujer que estaba en una mesa cercana: a una legua podía saberse lo que era, y le hizo una seña a su novio.

-Mira, una furcia -pronunció en voz baja, y él la miró un momento. Pensó que le resultaba conocida, y recordó que la había visto pasar aquella misma mañana. Asintió con la cabeza.

-Calla, ¿no ves que va a oirte? -Ella hizo caso omiso.

-Y además te mira. ¿No ves cómo te mira? Vaya sinvergüenza.

-Calla, por favor.

Para tranquilizarla, él estrechó su mano que tenía sobre el mantel. Unas cuantas mesas más allá distinguió a una mujer guapísima, que parecía una artista de cine. Esa sí que tenía clase. Su mirada fue luego hacia la nota de la consumición y sintió un sobresalto.

-Vaya -dijo en voz alta, y ella lo miró.

-¿Qué sucede?

-Nada, no es nada.

Él puso un billete en la mesa, y plegando la nota la guardó en la cartera. De pronto, todo se conmovió. Hubo un fuerte estallido y se apagaron todas las luces. Él se sintió paralizado, como en una horrible pesadilla.

-Dios, ¿qué ha sido eso?

A su novia no podía verla por causa del humo, pero oyó que lo llamaba. Se ajustó las gafas que la onda expansiva casi le había arrancado, y anduvo tanteando en la dirección de la voz.

-Estoy aquí, no te preocupes. ¿Estás bien?

La halló en cuclillas detrás de una columna, que la había protegido de la explosión. Apenas tenía unos rasguños, y él le estuvo limpiando la cara con una servilleta. Logró que se pusiera en pie y salieron al piso superior, ella lloriqueando, agarrada de su chaqueta. Al pasar, vio que la hermosa mujer que admirara unos momentos antes estaba en el suelo, con los ojos abiertos y la frente chorreando sangre. Su rostro parecía de mármol.

-Vamos, no mires -dijo. Notó que su novia temblaba.

-Ha sido la Milagrosa -decía entre hipos. -Ella nos ha salvado.

***

SEGUNDA PARTE

DE NOCHE LA ESCUELA permanecía cerrada, las aulas vacías, los patios solitarios y los pájaros mudos. A medianoche pasaban los grandes camiones engullendo y triturando una inmensa cantidad de inmundicias, botes de hojalata, mondas malolientes, papeles y plásticos, y hasta algún misterioso paquete que alguien se había encargado de envolver muy bien. Todo se deshacía, convirtiéndose en polvo con un sordo rumor entre los dientes de acero que giraban sin parar, destruyendo envases, botellas y esperanzas fallidas.

Proyectando conos de luz los grandes camiones de basura salían a la carretera en desfile continuo, yendo a verter los residuos de millones de seres. Ancianos de ojos cansados los oían desde sus cuartos o en sus buhardillas, cuando el monstruo renqueante pasaba chirriando, haciendo temblar los cimientos de los viejos edificios dormidos.

Pero era de mañana, y los alumnos más pequeños cantaban a corro una canción en el patio de recreo. Las voces se alzaban nítidas, entre el revoloteo de las palomas. La directora del colegio se asomó al patio, que estaba a aquella hora abarrotado de niños que jugaban. Ni siquiera los sábados se cerraba la escuela hasta mediodía; sabía que muchas madres no podían atender a sus hijos, y ella trataba de sustituirlas en lo posible.

Había conocido a tres generaciones de alumnos, y la enseñanza era su vida. Se detuvo frente a una de las aulas y miró a través del pequeño recuadro de cristal: los pequeños rodeaban a la profesora, hablaban todos al mismo tiempo tratando de llamar la atención de la maestra, o daban la vuelta y ocupaban su sitio,

cambiando de intención. Otros jugaban, sin atender.

Ella empujó la puerta y entró. La maestra se puso muy azorada.

-Yo... es imposible. No hay manera de hacer nada aquí.

-Vamos a ver, uno por uno. Vamos, todo el mundo a su sitio.

Se respiraba olor a tizas y a cerrado; llamó con un gesto a la niña que estaba más cerca y le dijo que abriera la ventana. Entró aire limpio, y también la voz de los párvulos desde fuera. Ella alzó ambas manos en un gesto conciliador.

-Primero quiero silencio absoluto -indicó. Aguardó un momento, y pronto no se oyeron más que las voces del jardín. Luego añadió, dirigiéndose a los pequeños que ocupaban el aula: -Por favor, acudid uno a uno, a medida que os llamen.

Todos habían ocupado su sitio, y tenían los brazos cruzados sobre el pupitre. La maestra carraspeó.

-Vamos a ver, tú. En este mapa mudo, señala las ciudades más importantes.

A ella le gustaba aquel olor; lo llevaba metido en el alma desde siempre, lo sentía incrustado en el pelo y en las ropas, y hasta en la piel de todo su cuerpo.

-Está bien -dijo la profesora. -Puedes sentarte. Levántate tú.

Ella caminó en silencio hacia la salida, y cerró la puerta sin ruido. Avanzó por el corredor, y subió las escaleras hasta su despacho, que estaba en la primera planta. Estuvo ordenando unos cuadernos, y cuando terminó cerró los ojos. Era lo mismo siempre, un día tras otro.

-¿Y qué sería de mí si no? -suspiró.

***

Oyó pasos fuera; en la puerta sonaron unos golpes menudos.

-Adelante -dijo. Una niña de unos diez años entró, con las mejillas encendidas.

-Pasa, no te quedes ahí.

La chiquilla, aturdida, miraba alternativamente al suelo y a la ventana. Tosió antes de hablar.

-La señorita... me ha dicho que viniera.

-¿Qué ha pasado?

-Dice... que revuelvo la clase. Dice que no les dejo trabajar.

Estaba enmedio del despacho, con los ojos brillantes y un cierto aire de agresividad. Ella le hizo una señal de advertencia.

-Es la segunda vez en la semana -le dijo. -Todo el mundo se queja de ti.

La pequeña tenía los puños crispados; ella le indicó que se sentara.

-¿Por qué te portas mal? ¿Es que estás disgustada por algo?

-Estoy disgustada por todo.

Ella la miró interesada, y siguió oyendo su voz tensa.

-Todos la toman conmigo, ¿sabe? Todos. Estoy más que harta, estoy hasta la coronilla de todos.

Súbitamente se echó a llorar; luego miró a la directora suplicante, como si pidiera socorro. Pareció que iba a decir algo, pero no lo hizo. Ella le habló con dulzura.

-Yo no la tengo tomada contigo.

-Es lo mismo, los demás sí. Todo lo que hago parece siempre mal.

-Vamos, no será tanto. -La niña bajó la mirada y se frotó rabiosamente la nariz.

-Sí que es tanto. Y luego está... lo otro.

-¿Qué es eso otro?

La chica frunció el ceño, y ella temió haber sido indiscreta.

-Bueno, déjalo. No hace falta que me lo cuentes.

-No, si no me importa. Me da igual.

Agazapada en su asiento comenzó a hablar en voz baja, y poco a poco fue tranquilizándose y alzando la voz. De tiempo en tiempo se mordía los labios. La madre era dueña de una pensión; su padre las había abandonado, y la madre trabajaba tanto que no tenía tiempo de salir con ella ni de venir nunca a la escuela. Estaba siempre de mal humor, y siempre decía que hubiera sido mejor morirse.

-Por eso tienes que portarte bien -le dijo ella.- Tu madre te necesita mucho.

La niña dio un respingo en la silla.

-Ella no me necesita nada. Ella nunca está sola, ¿sabe? Siempre hay algún hombre con ella que duerme en su cuarto, un hombre horrible que está en casa unos meses y luego se va. Cuando se va ese viene otro, y todos se parecen, y yo los odio a todos -terminó sin respirar.

-¿Es cierto eso? -La chica se encogió de hombros.

-Si no fuera verdad, no se lo diría. ¿Qué saco yo con eso?

Se quedó callada, y de nuevo se echó a llorar. La directora dejó su asiento, la tomó de la barbilla y la obligó a alzar la cabeza.

-Dí a tu madre que venga a verme -dijo. -Quiero charlar un rato con ella.

-Es mejor que no le diga nada -replicó la niña, sorbiéndose las lágrimas. -Lo pondrá todo peor. -La mano delgada se posó en su hombro.

-Ahora vas a lavarte esa cara, bajarás a clase y te portarás como es debido. Nadie te quiere mal. Tienes que ser más dócil y hacer lo que te mandan.

La pequeña se puso en pie. Luego soltó una risita nerviosa.

-Ahora irá usted con el cuento, ¿verdad?

***

El pasillo se había llenado de chiquillos y niñas de todas las edades. Un pequeño lloraba llamando a mamá, y la directora lo cogió en brazos para llevarlo con su madre. Después de soltarlo se quedó mirando la escena que se repetía un día y otro, durante un año y otro año. Una profesora la tocó en el brazo.

-Tengo que hablarle -dijo, y ella asintió.

-Ya sé de qué se trata, ya he visto a la chica. No se preocupe, déjela de mi cuenta.

Como hormigas abandonando el hormiguero, niños y niñas salieron de la escuela. El corredor se quedó vacío. De vuelta al despacho ella estuvo mirando por la ventana la calle, las mujeres mal vestidas, el tenducho de comestibles y la frutería, la basura esparcida por las aceras, los viejos edificios junto a otros en construcción, un anciano tullido arrastrando los pies, un muchacho con un carrito de reparto y un guardia municipal parado en la esquina.

-Esto no cambiará nunca -suspiró.

Era un barrio de gente humilde, de portales estrechos y sucios y de fachadas cuarteadas. Algunos niños vagaban por las calles sin que sus padres se molestaran en enviarlos a la escuela, pese a que ella había llegado a visitar a las familias una a una.

-¿Para qué quieren aprender? Al final, va a darles lo mismo. No hay trabajo para nadie.

Todos los días llegaban madres a la escuela contándole problemas. En sus aulas tenía pequeños que vivían en condiciones infrahumanas, y ella se sentía impotente para remediar tanta injusticia. Alguna vez, había tenido que vestir a un alumno de arriba a abajo, costeándolo de su bolsillo.

-Para qué quiero yo el dinero -pensaba. -Ellos lo necesitan más que yo.

Aún tardaría en jubilarse, y estaba satisfecha con su trabajo y con su vida. Tenía buenas amigas, y en el barrio todos la apreciaban.

-Más de lo que merezco -solía decir.

Abandonó el despacho y bajó las escaleras. Hacía mucho tiempo que las paredes no se pintaban, y el yeso estaba desprendido. Había pedido una subvención, pero el dinero no llegaba nunca. Cerró la puerta del colegio con dos vueltas de llave y salió a la calle: los pequeños corrían por la acera estrecha y había un grupo de niñas a la entrada de la tienda de comestibles. Un chico le pegó una patada a una pelota hecha de trapos.

-Venga, tira ya. Venga, chuta, mamón.

Por las ventanas de los entresuelos salían olores a guisados y a sopa. Siguió caminando bajo una fina lluvia, y conforme se fue acercando al centro notó el aire más picante y oscuro. Tardó un buen rato en llegar a la altura del parque, pero el paseo la reconfortó.

***

Hoy celebraba su sesenta cumpleaños, y después de comer atendió varias llamadas telefónicas. Al día

siguiente tendría a sus nietos almorzando en su casa, pero hoy había quedado para merendar con unas amigas. Le habían enviado a casa un gran ramo de flores, y estaba emocionada.

-No deberíais haberos molestado -les dijo por teléfono.

Se conocían hacía muchos años, habían recorrido medio mundo juntas durante las vacaciones y pensaban seguir haciéndolo. Habían visitado Grecia el último verano, las próximas navidades viajarían a Egipto y harían una excursión por el valle del Nilo.

-Puede que nos encontremos con Poirot -bromeó una de ellas, aficionada a las novelas policíacas.

Otras dijeron que preferían pasear por el desierto subidas en camellos, o darse baños de mar. O viajar en un viejo autobús, como su escritora favorita.

-Tendremos tiempo de todo -decían. -Vamos a pasarlo muy bien.

En realidad, los viajes eran su único lujo; en lo demás vivía sencillamente, aunque con cierta comodidad. Habitaba una casa antigua que heredó de su esposo, y que tenía un grande y sombrío portal. En tiempos habían entrado por allí los coches de caballos, y ahora lo hacían los automóviles de algunos vecinos. En varias ocasiones estuvo tentada de cambiar aquel piso, demasiado grande para ella, por un apartamento moderno. Pero todos sus muebles eran antiguos, y hubiera tenido que desprenderse de ellos.

-Es demasiado complicado -les decía a sus hijos. -Y cualquier cosa me resultará mucho más cara.

Su antigua asistenta acudía un par de veces por semana para hacer las labores más pesadas, y no necesitaba a nadie más. Se sentía tan joven, que para saber que envejecía tenía que mirarse al espejo. Si no hubiera sido por el dolor de pies, se hubiera encontrado tan ágil como a los quince años.

-Todavía tengo correa para rato -bromeaba. -El año que viene me operaré de los juanetes, y me dejarán como nueva.

Aquella tarde se encontraba especialmente bien. Sabía que sus amigas le harían un regalo, y le intrigaba saber lo que era. Hoy, la consumición correría de su cuenta.

-Faltaría más -les había dicho. -Un día es un día, por eso no me voy a arruinar.

A su edad podía presumir de no tener una sola cana. Se había maquillado un poquito y se había rizado las pestañas. Se puso un traje de chaqueta azul marino y zapatos de tacón alto. Antes de salir se miró en el gran espejo dorado del vestíbulo, y vio que ofrecía un aspecto pasable.

-Las hay peores -sonrió.

Cuando salió a la calle vio que la lluvia había arreciado y abrió el paraguas. El portero la saludó amablemente.

-¿Le pido un taxi?-dijo, y ella asintió.

-Sí, por favor.

Cuando entró en la cafetería, vio que era la primera en llegar. Habían reservado la mesa de siempre en la planta baja, y el camarero se acercó.

-¿Le traigo su té con pastas? -preguntó, inclinándose. Era un buen chico, y lo conocía desde la escuela. Ella le había proporcionado aquel trabajo.

-Aguarda un poco, hijo. Voy a esperar a mis amigas.

Lo vio alejarse hacia el otro lado del salón. Le llegó una ráfaga de aroma a café, y oyó el hielo tintinear en los vasos. Le llamó la atención una voz infantil: una pequeña estaba sentada en la alfombra y hablaba sola. No tuvo más que echarle un vistazo y se dio cuenta de que estaba muy enferma: lo notó en su delgadez y en la expresión ansiosa de su cara. También advirtió la angustia en el rostro de sus jóvenes padres.

-Pobrecita -pensó.

No tardó en llegar su primera invitada. Era menuda, usaba gafas con montura dorada y llevaba puesta una boina marrón, prendida con un agujón de gruesa perla. Recordaba a una de aquellas viejas heroínas de las novelas policíacas.

-Perdona mi retraso -le dijo, besándola.- No he podido dejar antes la farmacia. No sabes cómo está el personal.

-Pero si es pronto -dijo ella.

Una mujer fumaba cerca, y la farmacéutica le dedicó una mirada asesina, mientras ahuyentaba el humo con la mano. Luego dijo en voz alta:

-No me gusta que fumen las mujeres. Pueden producirse malformaciones en los hijos.

-Habla más bajo, por favor.

-¿Por qué voy a hablar bajo? Me molesta el humo de los cigarrillos.

La otra se dio por aludida y lo aplastó en el cenicero. Ella sacó del bolso un pequeño envoltorio.

-Espero que te guste -dijo.

Era un pastillero de plata con una piedra verde. En el envés tenía unas iniciales grabadas.

-Pero esto es demasiado. Es precioso.

-Tú te lo mereces. Aquí podrás llevar tus analgésicos.

Una mujer rechoncha se acercó: aparentaba unos sesenta y tantos años y tenía reflejos azulados en el pelo canoso. Besó a las dos mujeres.

-Felicidades -dijo. -Creí que no podía venir. Estoy fatal, con tanta humedad y con este reúma.

Estaba deseando de mostrar su regalo: era una agenda de piel para el año siguiente, con un pequeño lapicero dorado.

-El lápiz es chapado en oro -manifestó con cierto rubor.

Su amiga se deshizo en elogios y el camarero se acercó. La más gruesa pidió unas tortitas con caramelo y nata.

-Luego te quejas del reúma -dijo la farmacéutica. -No te privas de nada.

Una dama de aspecto elegante bajó las escaleras y fue hacia la mesa. Tenía el cabello de un blanco deslumbrante, recogido en una redecilla con pequeños lazos de terciopelo.

-La última, como siempre -confesó. -Lo siento.

Le tendió el abrigo al camarero y se sentó junto a las otras. Llevaba un grueso collar de perlas cerrado con un broche de diamantes, y en el dedo anular lucía un grueso solitario. Sus manos y su cuello estaban surcados de arrugas.

-A mí, tráigame un vaso de leche caliente, por favor.

Rebuscó en su bolso y sacó un pequeño paquete, envuelto en el papel dorado de una joyería. Su amiga lo abrió, y un pequeño objeto brilló en la palma de su mano. Era un colgante con una perla irregular y gris.

-Es preciosa -dijeron las tres al unísono.

-Es un modelo único. Lo he encargado expresamente para ti. -Luego miró alrededor con expresión de disgusto. -De un tiempo a esta parte viene gente muy rara por aquí -añadió, bajando la voz.- La farmacéutica sonrió.

Tal vez haya algún asesino cerca -dijo.- Ya sabes, como en las novelas.

-Eres morbosa, hija -se quejó la recién llegada. -Siempre con tus historias de crímenes.

-¿No sería apasionante?

-A mí me parece de mal gusto- dijo ella.

La maestra se levantó. Quería impedir que sus amigas pagaran la consumición, y para ello pensó dirigirse a la barra y hablar con el camarero.

-Perdonad un momento -dijo. -No tardo nada.

Antes de pagar entró en el tocador de señoras y abrió el grifo del agua caliente. Tomó una porción de jabón viscoso y verde del dosificador, y se estuvo lavando las manos. Al salir se cruzó con un muchacho rubio, de mirada dura y ojos fríos. No pudo evitar un estremecimiento.

-Me estoy haciendo vieja -pensó.

Las otras seguían en la mesa, charlando y discutiendo, como siempre; reconoció que eran un poco quisquillosas, pero las quería.

-Vaya, ya estás aquí. ¿Qué estabas haciendo?

-Nada, no era nada.

Había dejado sobre la mesa los regalos, y estaba recogiéndolos cuando sonó la explosión. Los vasos tintinearon, y la onda expansiva le arrancó el bolso de la mano. Todo se llenó de un humo espeso, enmedio de la oscuridad.

-Por favor, ¿qué pasa?

Cuando pudo ver algo, se encontró sola ante la mesa. Una columna la había resguardado, pero sus compañeras habían desaparecido. Las sillas estaban volcadas, y una gran masa de escayola se había desprendido del techo.

-¿Dónde están mis amigas? -gimió.

Enseguida supo que habían sido atrapadas por los escombros. Anduvo tambaleándose, buscando

alrededor, mientras el local se llenaba de gritos y lamentos.

-Tengo que encontrar a mis amigas -decía, como una autómata.

Sentía en la boca el sabor del yeso y notaba el olor de la pólvora. Se estremeció cuando el camarero la agarró del brazo, y entre los dos estuvieron apartando las mesas y los cascotes.

-Salga, señora. Yo las buscaré.

Vio sin querer un rostro chamuscado y una horrible y pelada cabeza de mujer. Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. El cuerpo de su amiga estaba casi desnudo, y sólo unos jirones la cubrían. Por una cruel ironía, conservaba en el cuello el collar de perlas, y en el dedo anular el grueso solitario.

-Dios mío, qué espanto -sollozó.

Cerró los ojos para no ver aquel horror; apoyada en el brazo de su amigo empezó a subir los peldaños, llorando y tosiendo al mismo tiempo. Cuando llegó arriba, se dio cuenta de que llevaba el traje manchado de yeso y de sangre.

-Vamos, señora, salga enseguida -le dijo un policía, y ella negó vivamente.

-Mis tres amigas -pronunció apenas.- No puedo irme y dejarlas aquí.

-Tiene que irse -repitió el hombre. -Diremos a la ambulancia que la lleve.

-No necesito ninguna ambulancia. Y no pienso moverme.

-No tiene más remedio -dijo él.

Ella sintió que se desvanecía, y se dejó llevar. Entre el humo había distinguido a otra de sus amigas: iba en una camilla improvisada, boca arriba, y pudo ver su mirada fija y las facciones ensangrentadas. Su cuerpo redondo parecía abultar menos que otras veces.

-Venimos aquí todos los sábados -explicó con un hilo de voz.- Hoy era mi cumpleaños, ¿sabe usted? Y nos habíamos reunido para celebrarlo.

***

ERA YA CASI MEDIODÍA cuando el camarero, pisando el acelerador, tomó la carretera que lo llevaba fuera de la ciudad, en dirección a una urbanización moderna y atractiva. Atrás quedaba la barriada de fachadas iguales, tejados iguales, ventanas iguales, gentes iguales. Había al lado otro barrio igual, y a lo largo de las aceras grises deambulaban gentes insignificantes, mientras que en la calzada vehículos todos parecidos avanzaban despacio, en una caravana casi inmóvil.

Pensó que llevaba casi toda la mañana lloviendo, con una fina lluvia que arreciaba en algunos momentos. Iba tan distraído que estuvo a punto de salirse de la carretera.

-Treinta millones sin impuestos -se dijo. -No acabo de creerlo.

Nadie sabía lo de la quiniela, sino él. Ni siquiera su mujer lo sabía. Varias veces estuvo tentado de decírselo, pero se contuvo, y ahora se alegraba, porque la sorpresa sería mayor. En su barrio, ningún conocido había llegado a ser nadie.

-Yo ahora lo seré -pronunció en voz alta.- Tengo la fortuna de cara.

Pensó que tenía veintiocho años y llevaba en la profesión desde los catorce; y aunque había tratado de ahorrar, nunca logró tener un duro. Pero ahora, un golpe de suerte había cambiado el rumbo de su vida.

-El jefe se quedará de un aire- sonrió.

Había calculado cuidadosamente la quiniela y el resultado le había dado la razón. Por supuesto que otros habían ganado más, pero no podía quejarse: ahora era millonario.

Tampoco a sus compañeros les dijo nada; no estaba dispuesto a que empezaran a pedirle dinero. Disfrutaba pensando la cara que pondría todo el mundo.

A sus espaldas había quedado la ciudad con sus ruidos. Un tren pasó en la lejanía, silbando. Más allá, los pinares extensos, y la sierra; la cordillera tenía un nítido color violeta, coronado de nubes.

En realidad, se reservaba la noticia para el tercer aniversario de su boda. Para casarse había tenido que pedir un crédito, y lo acababa de cancelar. Era lo primero que había hecho.

-Hay que invertir -se dijo. -El dinero se devalúa, y al final te encuentras con una miseria. Eso es, hay

que invertir.

Su mujer tenía veintitrés años y era bonita, y una excelente ama de casa. Era la esposa perfecta, si no hubiera sido por la madre.

-Un sargento de caballería -pensó.

Tenía a la vista una inversión segura y rentable. Llevaba toda la semana pidiendo información, cuando por casualidad recibió en su buzón un folleto que le pareció atractivo: anunciaban una urbanización con club social, colegios y hasta iglesia, y toda clase de infraestructuras. Enseguida se puso al habla con el agente de ventas.

-Tendrá usted pista de tenis, garaje propio y otra plaza opcional. Además, hay cinco kilómetros hasta el pantano, donde se pueden practicar deportes acuáticos.

-Eso está muy bien. Me gustan los deportes acuáticos.

-Tiene que darse prisa, está casi todo vendido. No vaya a perder la ocasión.

Se había citado con el agente en la urbanización, y tomó una carretera secundaria. En verdad, era un hombre de suerte: tenía un empleo fijo, y ahora quizá pudiera establecerse por su cuenta. En su nueva vivienda se codearían con vecinos elegantes. Podría hacerse con un pequeño negocio de hostelería, y más adelante quizá pudiera ampliarlo. Lo sacó de sus cavilaciones un enorme camión que rodaba en dirección contraria; él maniobró con rapidez y regresó a su mano.

-Sólo falta que me estrelle ahora -resopló.

Estaba dejando de llover cuando el auto se detuvo a la entrada de la urbanización. No tardó en encontrar un sitio donde dejar el coche, pero alrededor todo estaba encharcado y cubierto de barro. Aquello no era más que un campo, con unos mojones que marcaban el límite de las parcelas.

-Vaya- pronunció en tono de disgusto.

Se dominaba una hermosa vista desde allí. Ante una nave prefabricada, las excavadoras estaban abriendo grandes agujeros para los cimientos de las viviendas. Con un esfuerzo trató de imaginar las casas rodeadas de césped, y a unos pequeños bañándose en una hermosa piscina.

-Al menos, aquí no habrá contaminación -se consoló.

Siguió un camino arenoso y llegó hasta la nave donde habían instalado la oficina. Un hombre robusto, con gafas negras y una gruesa nariz, estaba sentado en una silla giratoria y se levantó cuando lo vio.

-Lo estaba esperando -dijo, observándolo a través de las gafas de sol, que para nada necesitaba aquel día. Le indicó un sillón ante la mesa y le estuvo mostrando el plano general de la urbanización, con el trazado de las parcelas. Señaló una que estaba marcada con las letras AF.

-Esta es magnífica -aseguró. -Muy independiente, con unas vistas inmejorables. Cerca del centro comercial, del centro social y de la iglesia.

-Sí, pero... yo pensaba que... todo estaba más adelantado. -El otro sonrió, mostrando una muela de oro.

-Amigo mío, es cuestión de meses. En menos de un año, su casa estará terminada. -Él le dirigió una mirada inquieta.

-¿Seguro?

-¿Cómo, que seguro? Segurísimo. Tiene la garantía del banco, si no fuera suficiente la de nuestra empresa.

-Ya. Y, ¿la forma de pago?

Es a convenir. Cuanto más pague a la firma del contrato, menos intereses tendrá que abonar luego.

Abrió un cajón y sacó una carpeta con planos y dibujos de casas.

-Tenemos una gran variedad, como puede ver.

Él estuvo eligiendo entre los modelos de chalet. El hombre hizo una llamada por el teléfono interior, y una secretaria irrumpió desde un despacho vecino llevando en la mano unos folios.

-Aquí están los datos y los precios -indicó.

Él los estuvo consultando. Empezó por los más económicos, y, aún así, sintió un escalofrío.

-Bien, el que algo quiere, algo le cuesta -pensó.

Al final, se decidió por una casa pequeña de una sola planta, con una torrecilla. El hombre dio la vuelta a la mesa y puso una mano tranquilizadora sobre su hombro.

-Claro que el contado resultará mucho más favorable para usted. -Él asintió.

-Me parece bien -dijo con un hilo de voz.

-Necesitamos un adelanto del quince por ciento, para comenzar las obras.

-Es natural.

Le puso delante el contrato; él apretó el bolígrafo entre los dedos y firmó. Luego dejó sobre la mesa un fajo de billetes doblados.

-Es... todo lo que tengo aquí. -Los labios del otro se estiraron en una sonrisa.

-No corre prisa -le dijo en tono paternal. -Como señal, es suficiente. Haré que le extiendan un recibo.

Lo tomó del brazo, indicándole que lo siguiera. Todo en la oficina era prefabricado, y había planos y croquis en las paredes. Al fondo, un largo ventanal abarcaba toda la pieza; se acercaron, y desde allí él le señaló la parcela.

-Es la mejor, en aquella colina -dijo. -Puede visitarla, si quiere.

-Es lo mismo, ya volveré cuando no llueva -musitó él. -Quizá venga mañana. Tendré que venir a menudo, a vigilar las obras...

-Cuando usted quiera. Estamos para servirle -dijo el otro.

Él miró afuera y gruñó, complacido. Por encima se alzaban unos montículos sembrados de pinos, y al otro lado se distinguía el embalse.

-Bien, ahora tengo que irme. Se me hace tarde.

Cambiaron un vigoroso apretón de manos. Luego el agente le entregó el recibo, lo palmeó en el hombro y lo dirigió hacia la salida. Él se volvió un momento.

-Gracias por todo -dijo.

-Gracias a usted -le dijo él. -Hasta la vista.

Cuando llegó al automóvil, mostraba un aspecto preocupado. Vio que en la hondonada corría un arroyo, bordeado de juncos. Pensó que todavía tardarían en crecer los árboles allí.

-Todo se andará -suspiró. -Es cuestión de paciencia.

Tenía que apresurarse, o llegaría tarde a su turno en la cafetería. Pisó el acelerador por el camino que ascendía a la carretera; sus dedos se aferraron al volante y oyó el rugido del motor.

-Me ganaré una bronca -pensó, y luego se tranquilizó, recordando el dinero de la quiniela.

De camino pensó que debería comprar unas revistas de decoración. En la torrecilla podría instalar su taller de bricolaje, para hacerse sus propios muebles. Por algo siempre había sido mañoso. Él mismo levantaría un cenador en el jardín; quizá plantara una palmera a la entrada, aunque le parecía difícil que allí medrara una palmera.

-Ya veremos -se dijo. -Todo se andará.

Miraba una y otra vez el reloj, como si haciéndolo pudiera contener el tiempo. Era la tercera vez en una semana que llegaba tarde. Tuvo que detenerse varias veces, por causa de la caravana, y cuando entró en la ciudad llevaba más de una hora de retraso.

-Habrá que inventar algo -gruñó.

La circulación iba en aumento, y no había forma de zafarse de ella. Los coches avanzaban tan despacio que los peatones los adelantaban sin esfuerzo. Notó que estaba sudando.

-Vamos, vamos -gritó congestionado, asomando la cabeza por la ventanilla.

-No tenga tanta prisa, amigo -le contestó un taxista.

-No lo digo por usted, sino por la señorita que va delante. Debe de ir mirando los escaparates. ¡Es el colmo!

El reloj de un edificio gris le confirmó la hora: eran las cuatro de la tarde. Los semáforos cambiaban, los peatones se detenían un momento, los coches pasaban y luego se detenían.

-Me cago en todo -masculló.

Enmedio de la plaza, la diosa de la tierra parecía muy en su papel sobre el carro tirado por leones. Los mansos animales, cubiertos de líquenes, parecían ajenos a la riada de vehículos que giraban en torno, entre la fina lluvia y la neblina formada por el humo.

-Me cago en todo -repitió en voz baja.

***

Entró en la cafetería como una tromba y un compañero lo observó, curioso.

-¿De dónde caes? El jefe está que bufa. Tres veces en una semana.

En efecto, el encargado lo recibió con cara de pocos amigos.

-Ya era hora -se le encaró.

-Lo... lo siento. No volverá a pasar, se lo prometo.

-Así lo espero, por su bien.

Se dirigió al vestuario a cambiarse de ropa. Sustituyó el atuendo deportivo por un traje gris con camisa blanca. Guardó sus enseres en el casillero y los cerró con un llavín. Entró un momento en el aseo del personal, se lavó las manos y se repeinó ante el espejo. Era un hombre delgado, de buen aspecto, y la ropa le caía bien. Guardó el peine en el bolsillo, salió y se aproximó a la barra.

-Falta Martínez -oyó. - Tendrás que sustituirlo, en la planta baja.

De la cocina emergían ruidos de loza y un olor a mantequilla, y recordó que no había comido, con las prisas. La cocinera estaba guisando unos riñones, y él le pidió una ración. Le dio un pellizco en el trasero.

-Cuidado con las manos -dijo ella con una risotada. -Mira que se lo digo a tu mujer.

Él engulló la ración de dos bocados y se bebió de un largo trago un botellín de cerveza.

-Dios te lo pague, reina -dijo, con un nuevo cachete.

-A mandar, que para eso estamos.

Él empujó la puertecilla y salió fuera. La mayoría de los clientes eran habituales, y acudían a tomar el café, o algo más tarde a merendar. Era como todos los días, pero hoy en mayor número, porque era víspera de fiesta. Un compañero le hizo un gesto.

-¿Estás en la luna? ¿No ves que te están llamando?

A lo largo de la tarde estuvo tan absorto en sus pensamientos que se ganó una nueva reconvención. Casi todos los clientes dejaban propinas que él trasladaba al bote. Vio un matrimonio joven que entraba con una pequeña, y se acercó a servirles. La mujer pidió un café con leche, él un café solo muy cargado, y un flan para la niña.

-¿El flan con nata? -preguntó él.

-No, solo. Me conformo con que lo tolere. La nata le sienta mal.

Tuvo que contener un silbido: en la escalera apareció una mujer guapísima, con el pelo rojizo y un cuerpo de escultura. Era un verdadero monumento, y ocupó una mesa frente a un tipo con barba. Él se les acercó.

¿Qué van a tomar?

Entraron nuevos clientes y sirvió a los que le correspondían. Había saludado a su antigua maestra, y luego fueron llegando las amigas de siempre. Desde tiempo inmemorial, se reunían allí todos los sábados. Por fin llegó la más vieja, que nunca le dejaba propina.

-Pronto se irán muriendo una a una. Es ley de vida -suspiró.

Estuvo recogiendo unos platos vacíos, algunos vasos con trozos de hielo en el fondo y las servilletas y cubiertos usados. Llevaba en la mano una bandeja con un vaso de leche cuando en lo alto de la escalera vio a una mujer con aspecto inequívoco. La conocía bien. Ella bajó taconeando y se le acercó.

-Hola, hermoso -le dijo en voz baja.

Él no quería complicaciones. Le dijo que no había sitio, pero ella consiguió una mesa. En aquel momento empezó a sonar el teléfono, y el camarero lo cogió. Oyó una voz de hombre al otro lado.

-Pero, ¿qué dice?

Lo que oye, amigo. No digan que no les he advertido.

Quiso preguntar algo, pero el otro había colgado.

No era la primera vez que recibían una llamada anónima anunciando la colocación de un artefacto en la cafetería: llevaban meses recibiendo tales mensajes, y nunca se habían confirmado. No obstante, pensó comunicárselo al encargado.

-Otro gracioso -le dijo. -Como si no tuviéramos otra cosa que hacer. ¿Le parece que avisemos a la policía?

-Yo avisaré -dijo el otro de mala gana.

Consultó su reloj y vio que iban a ser las siete menos cuarto. Estaba retirando un servicio cuando vio que un muchacho rubio entraba en los lavabos con una bolsa de deporte. No le prestó mucha atención, y siguió recogiendo; había vasos mediados de refresco con rajas de limón. Desde un lugar junto a la barra, su

antigua maestra le hizo señas de que se aproximara.

-Cóbrame, hijo. Hoy convido yo.

Un cliente le preguntó la hora, y él volvió a consultarla.

-Son las siete menos cuarto en punto -dijo. El otro le puso en la mano una moneda.

-Gracias. Me he olvidado el reloj. -Él le devolvió la propina.

Tenga. No hace falta, señor.

Iba de nuevo hacia la barra cuando ocurrió la explosión. Todo quedó a oscuras, y durante unos segundos ni siquiera sonaron gritos. Le pareció que transcurría una eternidad hasta que las luces se encendieron, y entonces observó un gran chorro de agua que surgía de un tubo partido, y que los vasos del estante habían desaparecido como por arte de magia. Vio correr a la vendedora de tabaco: llevaba la cesta vacía, y una larga herida le atravesaba la mejilla.

-¡Socorro! -gritaba.

Luego, entre el humo espeso, distinguió a la maestra de pie, buscando algo. Acudió a socorrerla.

-Tengo que encontrar a mis amigas -le dijo.

-Salga, señora. Yo las buscaré.

Ella temblaba de pies a cabeza. Tenía los labios prietos y miraba pestañeando, a través del humo y el polvo.

-Tengo que encontrar a mis amigas -repitió.

Él la ayudó a subir las escaleras y la dejó en manos de un policía de uniforme. Se cruzó con un compañero que llevaba el pantalón desgarrado y la camisa manchada de sangre, luego, varios hombres irrumpieron en la planta baja, llevando camillas. Muchas de las víctimas estaban mutiladas, abiertos los vientres o seccionadas las gargantas, y otras con los rostros y los cabellos chamuscados.

-Por favor, dejen paso.

Algunos trataban de retirar los escombros con herramientas improvisadas. Alguien le hizo una pregunta:

-¿Dónde hay manteles limpios?

-Venga por aquí.

Él le señaló el lugar, y sacaron varias pilas de manteles blancos para cubrir los cadáveres o para envolver a los heridos. Los enfermeros estuvieron levantando a las víctimas y cargándolas en las camillas. Él subió la escalera, presa de vértigo; arriba, varias personas pugnaban por entrar en el local para buscar a sus familiares.

-Por favor, despejen. No se puede pasar.

Notó que el encargado lo cogía del brazo, deteniéndolo. Estaba acompañado por un policía de uniforme y un hombre de paisano.

-Este fue quien cogió el teléfono -indicó. Él se volvió, asintiendo.

-Fue cinco... quizá seis minutos antes de ocurrir la explosión.

-¿Se trataba de un hombre, o de una mujer?

-Era un hombre. Me dijo que iba a estallar una bomba en la cafetería, y yo se lo comuniqué al encargado. No puedo decirles nada más.

-¿Le pareció que tenía acento extranjero?

-Yo... yo diría que no, aunque no puedo asegurarlo. Sólo dijo unas pocas palabras.

-¿Usted llamó a la policía?- él denegó.

-Fue el encargado quien lo hizo, o al menos eso creo.- Él corroboró su testimonio.

-Me dijeron que enviarían un coche patrulla -explicó.- Al parecer, cuando el equipo de desactivación se dirigía hacia aquí, sucedió la explosión.

Un hombre de uniforme salía del local y se dirigió a su compañero.

-Han hecho explotar el artefacto por medio de un reloj despertador. No parece que haya más bombas: lo han registrado todo, y no hay nada más.

-Este hombre recibió la llamada -indicó el hombre de paisano.

-¿Es verdad eso? ¿No ha visto a nadie sospechoso?

-Ahora que lo dice... puede ser que sí. Vi a un hombre joven con el pelo rubio entrar con una bolsa en los servicios, y me llamó la atención. Creo que al salir no la llevaba.

-Todo coincide -afirmó el recién llegado. -Hay restos de una bolsa de plástico en el lugar de los lavabos. ¿Se fijó en la ropa que llevaba?

-Sí, porque no era corriente. Llevaba... sí, llevaba un jersey de un rojo vivo y una camisa a cuadros de colores.

***

LA CHICA ESTABA HARTA DE SU CASA, harta de la tienda y de pasarse la vida detrás del mostrador. Estaba harta de sermones. Esta mañana había llegado tarde a abrir el comercio, y se había ganado un rapapolvo de la dueña. La reventaba aquella idiota que se creía tan importante, y no era más que una palurda.

-A ver si eres amable con los clientes -le había dicho. -Y no pongas esa cara de vinagre.

Soñaba ya con los gritos de su padre, y le daba pesadillas su madre, siempre llorando en un rincón. Allí se sentía como encadenada.

Reconocía que nunca pasó necesidades, ni siquiera escasez, pero sus padres se pasaban la vida riñendo por cualquier tontería, y lo peor era que muchas veces reñían por ella. Durante las comidas nunca faltaba una discusión.

-¿A qué hora llegaste anoche? -le preguntaba él.

Ella se hacía la distraída. Tenía ya diecisiete años, era moderna y rebelde y estaba orgullosa de serlo.

-Eres demasiado dominante -le decía la madre en un arranque de valentía, y entonces empezaban a regañar.

La víspera, el padre tomó un sorbo de vino que quedaba en el vaso, y ella observó las pequeñas venillas que le enrojecían la nariz.

-Te he preguntado a qué hora viniste.

-Eran... las dos. -Él denegó.

-Eran las tres -dijo secamente. La madre mordisqueó una manzana y permaneció callada. Ella se encogió de hombros.

-Bueno, pues serían las tres, si tú lo dices. -Él montó en cólera.

-¡Te parecerán horas de andar por la calle, una chica decente! ¿O es que no lo eres? Irías con esas zorras de tus amigas. Y mientras, tus padres sacrificándose por ti. -Ella bajó la cabeza.

-Mis amigas no son ningunas zorras -dijo. Él la miró con severidad.

-Lo que pasa es que eres tan zorra como ellas.

La chica se puso en pie de un salto y salió del comedor. La madre estaba tan asustada que parecía esconderse tras la mesa. Era una mujercilla ajada, con una edad indefinida, y tenía los ojos irritados como de haber llorado recientemente.

-Hombre, por favor -susurró. -No le digas esas cosas a la chica.

Él sacó una píldora de un frasco y la tragó con un sorbo de agua. Hizo un gesto de asco. Luego habló sin dirigirse a nadie.

-Acabará robando bancos -dijo. La chica se había asomado a la puerta, y habló tensamente.

-Tú sí que eres un mierda, y no te aguanto más. -Él la miró, furibundo.

-¿Que no me aguantas? ¿Que soy un mierda? Eso vamos a verlo ahora mismo.

Parecía al borde del colapso. Hizo ademán de levantarse, pero luego se dejó caer en el asiento. La madre empezó a sollozar, y ella siguió hablando con ira.

-Voy a marcharme de casa y voy a dejar el empleo. No tengo ganas de oír los gritos de padre, ni los lloros de madre. En esta casa huele a pies y a cerrado, y me da náuseas estar aquí. Encontraré un trabajo más interesante.

-Eso te crees tú, desgraciada.

Ella salió dando un portazo. Cuando estuvo en el dormitorio pudo respirar, pensando que aquella

misma noche dejaría la ciudad para siempre.

-Dormiré un rato -se propuso. -Lo necesitaré.

Lo había decidido: lo tenía todo preparado, incluso el billete de avión. Se echó en la cama, desde donde podía distinguir las fotos de cantantes y actores prendidas con chinchetas de la pared. También estaban las de algunas famosas modelos: ella también hubiera querido serlo, o hacerse famosa como estrella de cine, y lo cierto era que esperaba conseguirlo.

-¿No lo han hecho otras? -pensó. -Yo también puedo hacerlo.

Luego se quedó pensando en aquel hombre que había conocido: era un tipo para impresionar, alto y fuerte, con el pelo rizado y la piel oscura. Además, se le notaba que tenía mucho mundo. Coincidió con él en una discoteca: la había sacado a bailar y luego la acompañó hasta su casa. Al despedirse la besó, como nunca nadie lo había hecho.

-Eres preciosa -le dijo. -¿Cuándo volveremos a vernos?

No tuvo más remedio que entregársele: fue una tardee en la habitación del hotel de lujo que ocupaba él. Era la primera vez que se acostaba con un hombre, y no se vio decepcionada.

-Me has hecho muy feliz -le dijo él.

Luego le estuvo hablando de las islas, de sus hermosas playas y los enormes yates de recreo. Regresó otras veces, y cada vez se alojaba en un hotel distinto.

-Es fabuloso -les decía ella a sus amigas. -Un verdadero bombón.

Al parecer, tenía negocios con unos árabes de categoría. Le había hecho varios regalos, entre ellos una sortija con una pequeña esmeralda.

-Qué bonita -observó la chica, admirada. -La guardaré como recuerdo.

Cuando lo vio por última vez, él prometió que se pondría en contacto con ella: ahora había cumplido su promesa y la estaba aguardando en las islas Canarias. Él mismo le había proporcionado el billete y le envió dinero para sus gastos. La llamaba para actuar en un gran espectáculo al aire libre: de momento tendría un papel en el coro, pero gracias a sus condiciones podría subir como la espuma.

-No tengas complejos -le dijo por teléfono.- Serás la mejor de todas.

Ella no tenía complejos. A los quince años había quedado seleccionada en el concurso de belleza de una conocida revista, donde tuvo que mandar a escondidas de sus padres una fotografía en bañador. Le dijeron que la llamarían para hacer unas pruebas, pero nadie la avisó.

-Los hijos de puta -masculló. -Pero ahora será distinto.

No podía dormir. Se miró al espejo y pensó que tenía unos grandes ojos oscuros y un bonito cabello castaño. Luego suspiró.

-Ojalá tenga suerte -se dijo. -Dentro de poco, esto no será más que un recuerdo desagradable.

Sacó del cajón de la mesa un sobre alargado: contenía varios documentos y una cantidad de dinero. Contó los billetes doblados, y comprobó que seguía dentro el pasaje de avión. Había pedido permiso aquella mañana para salir a cobrar el dinero en Correos.

-Espero no perderlo -pronunció en voz alta. -Ni que me lo roben.

Recogió unas prendas de ropa y las guardó en una mochila. Era poca cosa, pero había dinero de sobra para comprarse más, y nada de lo que tenía merecía la pena. En el futuro, todo cambiaría para ella: tendría ropas caras, y todo lo que le hiciera falta. Él le había asegurado que tenía condiciones.

-No lo defraudaré -se dijo.

Sus padres estaban durmiendo la siesta, y pensó que era la ocasión; creerían que se iba a la tienda, pero, aún así, trató de no hacer ruido. Se quitó los zapatos y anduvo descalza por el pasillo; al llegar al teléfono lo descolgó y marcó el número de una amiga.

-No hay nadie -suspiró.

Antes de abandonar la casa se detuvo un instante; luego cerró con cuidado de que no la oyeran. En el portal, como de costumbre, había un fuerte olor a coles cocidas: no podía soportar los malos olores, era superior a sus fuerzas. Una vecina entró en zapatillas y la observó, extrañada.

-¿Dónde vas tan misteriosa? -le dijo, y ella se sobresaltó.

-¿Tan misteriosa? ¿Por qué dices eso?

-No, por nada -dijo la otra, moviendo la cabeza.

En la calle vio que estaba lloviendo. Estaba decidida a no volver. Quizá estaba cometiendo un error,

quizá estaba loca como decía su padre, pero no pensaba arrepentirse. Un muchacho la miró al pasar y emitió un silbido: estaba acostumbrada a eso y hasta la halagaba, pero en su barrio no había más que macarras.

-Anda y que te zurzan -pronunció en voz baja.

Ella quería un novio elegante, bien vestido y que usara una buena colonia. Había tenido uno que estaba haciendo el servicio militar, pero dejó de escribirla a los dos meses de marcharse a su casa.

-Total, no merecía la pena -les dijo a sus amigas, despechada.

No quería dedicarse a parir ni a cuidar a un marido obrero. El tener hijos estropeaba el cuerpo, el trabajo de casa machacaba las manos, y ella no estaba por la labor. De modo que aceleró el paso para apartarse cuanto antes de aquel sitio. Quizá, si hubiera tenido otros padres... aquéllos la sacaban de quicio.

-Hubiera sido una imbécil si desaprovecho la ocasión -se dijo.

Tiró a la alcantarilla la llave de su casa. Bajo la fina lluvia caminó observando los muros cuarteados, los viejos balcones de hierro que tenían persianas enrolladas y ropas tendidas, y los canalones medio arrancados de las fachadas. Luego entró en una boca del metro, y en la destartalada estación aguardó la llegada del tren.

Venía atiborrado de viajeros. A través del cristal contempló la oscuridad del túnel, y su silueta reflejada. Luego el andén iluminado, los carteles que pasaban deprisa y la gente aguardando, las puertas que se abrían y cerraban, y de nuevo la oscuridad. Le parecía ridículo sentir aquella tensión nerviosa, pero no podía evitarla; sacó un paquete de chicle y empezó a mascarlo, notando un fuerte sabor a fresa.

-Si seré imbécil. Todo saldrá bien.

Finalmente, llegó a su destino: sus compañeros de vagón la empujaron y ella no opuso resistencia. Deseó que hubiera dejado de llover.

-Mierda, no.

Iba a ponerse como una sopa. Tuvo que caminar un buen trecho hasta llegar frente al hotel. Enmedio de la plaza, un dios marino montaba guardia sobre un carro flotante. Cruzó hacia el edificio que ocupaba toda la manzana : arriba ondeaban banderas de diversos países. Cuando llegó a la habitación llevaba la chaqueta mojada y el pelo empapado por la lluvia. Llamó con los nudillos y aguardó.

-Vamos, vamos.

Abrió una mujer flaca y alta, que tenía aspecto de extranjera. Llevaba un traje que imitaba la piel de un leopardo.

-¿Quién es usted? -preguntó con acento.

-Soy... soy amiga de Óscar. -La otra arrugó el entrecejo.

-Debe haberse equivocado. -Ella insistió.

-Soy amiga de Óscar, uno que se dedica a los negocios de espectáculos. Él me dio las señas de este hotel, y el número de esta habitación.

Un hombre asomó la cabeza y recorrió con la vista la silueta juvenil de la chica.

-¿Qué quiere?

-Dice que es amiga de Óscar.

-Óscar no está. ¿Podemos hacer algo por usted?

-Ya sé que no está. Pero él me ha dicho que aquí... podrían firmarme un contrato.

La mujer delgada cambió una mirada con su compañero.

-No sé de qué está hablando. Estamos ocupados. Salga, por favor. -La muchacha vaciló.

-Perdonen -dijo, retirándose. Detrás de ella la mujer cerró el cuarto y respiró, aliviada.

-Qué imprudencia -pronunció en voz baja.

Cuando estuvo fuera del hotel, la chica se sintió ridícula. Si su amigo hubiera estado allí, hubiera sido diferente: él siempre la animaba.

-Voy descuidada y mal vestida -se dijo. -Así no puedo presentarme en ningún sitio.

Estuvo buscando alguna tienda que le gustara, pero estaban cerradas todavía. Además, él se encargaría a su llegada de proporcionarle un vestuario completo, o al menos así lo había prometido.

***

La tarde se le hacía eterna: eran las seis y cuarto, el avión no saldría hasta las diez, y ya le dolían los pies de tanto andar. Le gustaba aquel barrio elegante: miró al otro lado de la calle y leyó el rótulo de una cafetería. Cambió la señal luminosa, la gente se precipitó en la calzada, ella hizo lo mismo y alcanzó la acera

opuesta. Pensó que le sobraba dinero para tomar una opípara merienda.

-En realidad, apenas he comido hoy -pensó.- Y con tanto andar...

Le gustaba la cafetería: una vez había entrado allí con una amiga y se quedó impresionada. Entró deprisa, sin mirar a los lados y con la mochila en la mano. Arriba, todas las mesas estaban ocupadas, así que tuvo que conformarse con la planta baja.

-Un habanero y una cocacola -le pidió al camarero.

Él no tardó en volver. Volcó el contenido del botellín en un vaso con hielo y una rodaja de limón. Ella empezó a cortar el sandwich despacio, con cuidado de que no se deshiciera; de cuando en cuando daba un vistazo alrededor.

-Da angustia estar aquí debajo -se estremeció.

Estaba cerca la estación de autobuses que la llevaría al aeropuerto: sabía que sobrevolarían el mar, y el pensarlo le causaba una cierta desazón. La idea de que él la esperaría en el aeropuerto hizo que se sintiera mejor.

Se imaginaba el disgusto de sus padres cuando vieran que no volvía aquella noche: seguramente, avisarían a la policía. Tendría que cambiarse el nombre por uno más artístico, en parte para que no dieran con ella. Él le había prometido documentos falsos: todo le parecía fascinante, igual que en una película.

-No he nacido para fregar suelos ni para limpiar el culo a los niños. No pienso hacerme vieja vendiendo calcetines, ni quiero un marido que se ponga gordo y que se quede calvo. Ya estoy harta de fregar platos en la cocina.

Nunca pudo confiarse a su madre: todo lo tomaba a la tremenda y lloraba por cualquier cosa. Tampoco le gustaban los libros, pero en cambio tenía autógrafos de sus cantantes favoritos, y hasta fotografías dedicadas. Se metió en la boca un gran trozo de sandwich.

-¿Por qué voy a ser menos que otras? -pensó, relamiéndose.

Con el dinero que le daban sus padres para asistir a una academia de secretariado, ella había recibido a escondidas lecciones de baile. Eran bailes modernos, y hasta había aprendido sevillanas.

-No me vendrá mal -suspiró.- Todo sirve.

Trataba de imaginar las islas, llenas de extranjeros millonarios. Le fastidiaba no llevar el contrato con la sala de fiestas, pero no tardaría en obtenerlo cuando llegara a su destino.

-Todo está previsto -trató de convencerse a sí misma.

Ansiaba verse bajo los focos, bailando al son de una música alegre. Todo serían automóviles, luces y fiestas; sabía que había árabes que gastaban el dinero a manos llenas, y más si se encontraban con una chica bonita. Para ellos el dinero no tenía valor y daban unas propinas fabulosas. A lo mejor tenía que actuar desnuda, pero no le importaba: ya lo había hecho para él.

-Tienes unos pechos preciosos -le había dicho.

Con el tiempo podría tener casa propia, un chalet en la playa. Tendría invitados y organizaría fiestas a la luz de la luna.

-A la luz de la luna...

Ni siquiera oyó la explosión: el vaso estalló ante su cara y no notó más que un pinchazo. Vio una luz muy fuerte y luego nada, y una nube de humo la envolvió. Se oyeron gritos y lamentos y la luz volvió a encenderse al otro lado del salón. Se llevó las manos al rostro y notó algo cálido que le bañaba la mejilla.

-No, por favor.

Un trozo de cristal le había cortado limpiamente la frente y la ceja, taladrando el globo del ojo. No experimentaba dolor: era como si flotara en el aire, siempre sintiendo entre los dedos algo húmedo que se deslizaba. Fue entonces cuando empezó a chillar.

-¡Que alguien me ayude, por favor!

No obstante, no se desmayó. Limpiándose la cara con un clínex trató de alcanzar la salida tropezando, guiándose por las voces. Apenas podía respirar.

-¡Por favor, no sé lo que me pasa, no puedo ver nada! -gritó.

Alguien la cogió en brazos, subiéndola arriba. Le dieron un sedante y la trasladaron en una ambulancia. Varias horas después se despertó en una cama de hospital: le habían vendado la cabeza y los ojos, y alguien sujetaba su mano. Ella oyó una voz desconocida de mujer.

-Le han dado varios puntos en la frente. Un ojo lo ha perdido, pero el otro se podrá salvar. Podía haber

sido peor.

***

ERA UN ESCRITOR FRACASADO. Había oído dar las tres de la madrugada en un reloj; poco antes, había creído percibir un menudo roer bajo el entarimado, y estuvo soñando con oscuras galerías en las que corrían enormes roedores. Menos mal, hoy no se le habían subido a la cama.

Permaneció unos minutos sin moverse. A través del montante le pareció advertir que una luz se encendía, y oyó al extremo del pasillo un ruido de pisadas que le parecieron de su patrona.

-Es ella -se dijo, y un sentimiento de asco lo inundó. Pero no era la patrona, al parecer, sino un compañero de pensión que se dirigía al baño. Seguramente, aquel opositor que se dedicaba a estudiar por las noches.

-Tengo que tener cuidado con él -pensó. -Cualquier día me sorprenderá.

No era la sucia y abyecta mujer, que estaría descansando ahora, después de haberse revolcado con su amante. Sí, con aquel salvaje con aspecto de orangután, que lejos de cualquier sentimiento elevado vivía tan sólo para comer y follar.

-Porca miseria -pronunció en voz alta volviéndose en la cama, al tiempo que aspiraba su propio y familiar olor.

Encima se burlaban de él, del genio que consumía su vida en aquel fonducho de mala muerte que en mala hora se decidió a elegir impulsado por la miseria, rodeándose de aquellos groseros personajes.

-Malditos sean todos -masculló.

Entre todos, justo era reconocerlo, la niña era una excepción: una criatura nacida de Dios sabía quién, del amante de turno de su madre. Notó un retortijón de tripas y trató de expulsar unos aires molestos.

-Tengo que tomar un laxante -se dijo. -Hace días que no hago de vientre.

Pronto escucharía los ruidos cotidianos, abrirse una ventana en el patio interior, correrse una cortina, y por fin a la mujer que se aseaba, luego acudía a la cocina y hacía entrechocar la loza.

Pensó que tenía la suerte de seguir cobrando aquellos derechos de autor, de una obra que le habían premiado no sabía por qué. Pero la obra seguía vendiéndose, aunque cada vez menos, y él recibiendo de tiempo en tiempo el cheque de la editorial. Aunque era poco, le llegaba para pagar la fonda y beberse un vaso de vino.

Estuvo un rato sin oír nada; salió al pasillo y comprobó que los huéspedes seguían durmiendo; las puertas de los dormitorios seguían cerradas y apagadas las luces. Pudo oír el ronquido de un hombre, y luego la voz infantil de la niña que hablaba en sueños en su dormitorio.

-Ángel del cielo- dijo.

Fue a la cocina, sacó de la nevera un hervidor con un poco de leche y prendió fuego al hornillo. Estuvo tostando unas rebanadas de pan, volcó la leche en la taza y le añadió un chorro de café de la víspera.

Cuando acabó de desayunar volvió silenciosamente al pasillo y se detuvo ante una puerta con los cristales esmerilados. De puntillas entró en la habitación: la niña estaba dormida, y se agitó un momento sin llegar a despertarse. Se sentó a su lado y la estuvo observando, aspirando su suave aroma, y rozando su pequeña y cálida mano con la punta de los dedos. Luego le estuvo acariciando el cabello sedoso. La niña abrió los ojos y lo miró, asombrada.

-¿Qué está haciendo aquí?

Él se levantó de un salto y se puso un dedo en los labios.

-Calla, nena -pronunció en voz baja.

Él salió de puntillas, y al volver el recodo del pasillo casi tropezó con su patrona, que llevaba puesto un camisón de franela.

-¿Qué pasa? -dijo ella. ¿Quiere algo?

-No, nada. Había salido a tomar un poco de café.- Ella lo observó con gesto hosco.

-No me gusta que me anden en la cocina.

La madre entró en el dormitorio de su hija y encendió la luz. La niña abrió de nuevo los ojos y murmuró unas palabras. La madre le arregló el embozo y la cubrió bien con la manta.

-Puedes dormir un rato más -le dijo.- Es temprano todavía. -Ella se la quedó mirando fijamente.

-Ah, mamá, qué sueño más malo he tenido. Estoy temblando todavía.

***

Cuando el hombre salió era todavía de noche y tuvo que abrir el portón que cedió con un ruido de goznes oxidados. Del lado del parque, una luna blanca y redonda mostraba su pálido resplandor, quedando luego velada por las nubes. El aire traía olor a lluvia reciente y la glorieta aparecía inmersa en una neblina dorada, bajo la luz de las farolas.

Él caminó junto a las verjas, subiendo por la cuesta donde los puestos de libros viejos estaban cerrados todavía. Siguió hasta el museo, que también estaba cerrado, y sin saber cómo se halló frente al edificio de la Academia. Allí se detuvo, sorprendido: la puerta principal estaba abierta y los grandes focos apagados. Miró entre los arbustos, y vio salir a unos hombres con monos azules, y cubos.

-Estarán limpiando para una próxima recepción -pensó.

Aguardó unos minutos, y cuando se vio a solas decidió entrar. Nadie se lo impidió. Subió los escalones de piedra hasta el edificio, presa de una extraña excitación.

Dentro estaban las luces encendidas, pero no había nadie. Las paredes eran de mármol, y había bustos conmemorativos de autores del siglo de oro. Se fijó en las grandes arañas que pendían del techo.

-Limpia, fija y da esplendor -recitó.

Había gruesas alfombras de colores alegres y una lujosa escalinata a dos vertientes. Subió los peldaños uno a uno, recelando de que alguien lo descubriera, pero no fue así. Al tiempo que subía, llamaron su atención unos enormes jarrones de porcelana multicolor.

-Deben valer una fortuna -se dijo.

Los techo le parecieron enormemente altos; llegó por fin al salón de actos que estaba abierto de par en par. Todos los asientos estaban vacíos, y ocupó en la última fila una butaca tapizada en terciopelo de color granate. Se sentía como en su casa, y estuvo recorriendo con la mirada los ventanales de cristales emplomados, las colgaduras sobre la mesa presidencial, y los frisos labrados con motivos vegetales. Por debajo de las ventanas se tendían guirnaldas de bronce.

-Aquí hubiera querido estar yo -suspiró.

Imaginó la escena: cuando todo el mundo se hubiera acomodado, empezarían a salir los académicos por una puerta lateral. Uno a uno subirían al estrado, donde ocuparían pausadamente sus asientos. Un numerario anciano, de porte fatigado, ocuparía el sillón principal; cedería la palabra a alguien que tendría que hacer su presentación, mientras él aguardaba a ser acogido en la docta casa. Luego cerró los ojos y se quedó dormido.

***

Se despertó sobresaltado. Uno de los hombres del mono azul lo estaba sacudiendo violentamente por el hombro.

-Pero, ¿qué está haciendo aquí? ¿Quién le ha dado permiso para entrar? Váyase en seguida, o llamaré a la policía.

-Lo siento, lo siento de veras. No estaba haciendo nada malo. Vi la puerta abierta, y...

-Hay que tener cara, meterse aquí a dormir. Si tiene frío, puede meterse en una iglesia. Pero aquí... Vamos, salga en seguida. ¿Es que está loco?

No se atrevía a mirar al hombre, tan consternado estaba. Pensó que Miguel de Cervantes lo miraba desde arriba, ceñudo. Salió encogido, apretando los dientes para no tiritar, y al llegar a la calle no osó mirar atrás, ni tampoco a los lados. Estaba empezando a llover. En un reloj vio que iban a ser las nueve.

-He dormido dos horas -se dijo, asombrado.

Era sábado, pero las niñas del barrio acudirían como siempre a la escuela. Pronto entrarían en el

colegio, y anduvo deprisa. Cuando llegó cerca, estuvo merodeando mientras las pequeñas llegaban en grupos. Entonces la descubrió: era la hija de su patrona, y se ocultó para que no lo viera.

-Ángel del cielo -se estremeció.

Miraba sus pantorrillas con los calcetines, la cabeza peinada con trenzas y lo gracioso de sus movimientos. Hubiera pasado horas observando a las niñas desde aquella esquina. Vio pasar a la directora del colegio, que parecía apresurada. Cuando entró la última alumna, él empezó a caminar.

-Qué bonitas son todas -se dijo.

Rodeó algunas manzanas, y como se estaba calando hasta los huesos se detuvo bajo el toldo a rayas de un bar. Un camarero lo miró de arriba a abajo.

-¿Puedo sentarme un poco? -dijo él. -Es hasta que deje de llover.

El otro se encogió de hombros.

-Siéntese si quiere.

-¿Puedo escribir? -El camarero lo miró, asombrado.

-¿Escribir? Bueno, con eso no le hace daño a nadie. -Luego giró en redondo y se puso a ordenar los asientos.

Él sacó una vieja pluma estilográfica y un cuadernillo. Le costaba reconocerlo: a veces trataba de escribir, pero nunca pasaba de la primera línea. En realidad, había abandonado hacía tiempo su profesión, y ahora no era más que un inútil. No se le ocurría nada.

-Si hubiera vivido mi madre...

La lluvia repiqueteaba en el toldo. Con un gran esfuerzo evocó el rostro de aquella querida mujer. Ella lo había cuidado, lo había alentado, y le había preparado alimentos sabrosos, mientras él se dedicaba exclusivamente a la literatura. Luego fue un minuto, quizás un segundo, un quejido sordo y nada más.

-Ha muerto -le dijeron.

***

Había dejado de llover. Entró en el bar, saludó al de la barra y siguió hasta el fondo, hacia una puerta gris. Dejó en el suelo gotas de orina, tiró de la cadena y salió. Sintió un escalofrío, y notó que le dolía la garganta.

-Jodido, estoy jodido -se lamentó en voz alta.

Llevaba unas monedas en el bolsillo y tenía hambre. Compró en un puesto unas castañas asadas, metió en el bolsillo el ardiente paquete y siguió andando por la acera. Las castañas se le hacían una bola en la garganta, las iba engullendo despacio, haciendo saltar la cáscara entre los dedos con pequeños chasquidos, hasta que sólo quedó el cucurucho en que estaban envueltas.

-Vaya, se acabaron.

Estrujó el papel entre los dedos y lo lanzó a un rincón, detrás de un recipiente de basura. Luego pensó que podía llegarse a la cuesta y hojear algunos libros viejos: eran los mismos de siempre, y no despertaron su interés.

-Cómo ha subido todo -se dijo. -No se puede vivir.

Había algunos vendedores, y se detuvo a hablar con uno. Era un hombre mayor. Él sacó del bolsillo un papel doblado varias veces y se lo mostró.

-Es la noticia del premio -le dijo.

-¿De qué premio?

-Pues de mi premio de novela.

El otro tomó el recorte de periódico, y acercándolo mucho a los ojos empezó a leerlo.

-Pues ya ha llovido, amigo, a juzgar por la fecha. -Él se mostró ofendido.

-Fue un premio importante -indicó.

-Sí, ya lo veo.

Dobló cuidadosamente el papel y lo guardó de nuevo. De improviso, el otro interrogó:

-¿Hoy no ha traído a ninguna amiguita?

-¿Cómo dice?

-Digo a alguna de esas niñas a las que les compra caramelos. -Él hizo un gesto ambiguo.

-Son mis sobrinas -afirmó.

-Ah, ya.

-Que venda mucho -dijo él.

-Vale, gracias.

Estuvo haciendo tiempo hasta la hora de salida de la escuela. Entró en un bar y pensó pedir un bocadillo, pero se decidió por una copa de coñac. La máquinas tragaperras tintineaban, y la melodía machacona le taladraba las sienes. Terminó de beberse el coñac, y vio que el barman había desaparecido en la trastienda. Se fue sin pagar, y además se llevó la botella.

-Quédate con la vuelta -dijo en voz baja, con una risita.

Escondió la botella y decidió caminar por el parque. Al andar pisaba un lecho de hojas húmedas, pegadas a la tierra. Unas ligeras nubes de vapor se le formaban delante al respirar; se sentó en un banco y sacó la bebida.

-A la salud del bodeguero -dijo, alzándola.

Luego rebuscó una pastilla que había cogido por la mañana del cuarto de baño, y que su patrona tomaba para dormir. La tragó con un sorbo de alcohol, cerró los ojos y al poco se sintió más tranquilo.

-Esto sí que es gloria -susurró.

Empezó a pensar en su madre: ella lo hubiera besado suavemente en la frente, igual que hizo cuando él le contó su problema sexual. Le pediría perdón por no haber sabido cuidarla mejor, por haberla dejado morir.

Luego, volvió a quedarse profundamente dormido.

***

Eran las seis de la tarde cuando un anciano se le quedó mirando: vio al hombre que dormía, y observó la botella, que había caído al suelo y estaba vacía. Le costó trabajo despabilarlo.

-Levántese, o cogerá una pulmonía. Está usted calado, hombre de Dios.

-Déjeme, estoy cansado -dijo él entre sueños. El otro insistió.

-Vamos, váyase a su casa, amigo. Aquí no puede agarrar nada bueno.

Por fin logró que se levantara. Cruzó el paseo, y al hacerlo estuvo a punto de resbalar y caer. Se sentía aterido, y se frotó las manos. Cuando abandonó el parque, un escozor le arañaba la garganta.

-Tengo anginas -pensó.

En su modorra pensó que la ciudad había sido brutalmente mutilada, al sustituirse los ajardinados palacios por aquellos edificios horrendos. Llegó a un lugar donde vendían plantas y estatuas para jardín. La estatua en piedra rosa de una muchacha semidesnuda presidía el estanque.

-Adiós, hermosa -pronunció en voz alta, y una señora lo miró al pasar.

-Hay que ver cómo va.

Pensó volver a la fonda, pero le aburría la idea. Trató de entrar en un local elegante, pero no lo dejaron.

-Salga, por favor.

-¿Por qué?

-Le he dicho otra veces que no queremos verlo por aquí.

-Soy un cliente antiguo -dijo él.- El otro se encogió de hombros.

-Lo siento mucho, pero son las órdenes.

Él agachó la cabeza y se dispuso a salir. Luego oyó una voz a sus espaldas.

-Otra vez ese tío chiflado.

-¿Quién es?

-Es un escritor sin lectores. Cada vez bebe más y va pidiendo dinero a todo el mundo, con el achaque de un premio que le dieron.

-Es una lástima -dijo alguien.

Fuera estaba lloviendo. Tenía la boca seca, y la garganta seca también. Si hubiera tenido un tubo de pastillas se las habría tragado todas, una tras otra. Se sentó en un banco cercano, bajo la marquesina de una parada de autobús.

-Las siete menos cuarto -oyó decir.

En aquel momento ocurrió la explosión: fue tan cercana que notó el suelo estremecerse bajo sus pies.

-Ha sido en la cafetería -dijo una voz de mujer, y él ni siquiera volvió la cabeza. -Por un minuto no me ha cogido ahí.

Vio que la gente corría, y no se movió. Él también se había salvado, y sintió que no lamentaba la catástrofe. De pronto se le había ocurrido el tema para su novela: empezaría relatando el momento en el que unos terroristas habían puesto una bomba en la cafetería. Se contaría el momento terrible de la explosión, lo que decían los testigos, lo que contarían los periódicos.

-Ha sido mi madre -pensó.- Ella me ayuda todavía.

Vio que sacaban en brazos a una niña y la metían en una ambulancia. Era muy pequeña, y aún así le recordó a la hija de su patrona: aquella noche la visitaría varias veces, silenciosamente, como todas. Pero tenía que tener cuidado.

LA MUJER ALZÓ LA CONTRAVENTANA de guillotina, y apoyada en el alféizar se quedó largo rato observando la calle. Tenía unos grandes ojos de color violeta y una espléndida cabellera rojiza; su cintura era fina y su talle alargado, sus piernas bonitas y su busto digno de una estatua griega.

Por eso había ganado varios concursos de belleza. No había cumplido los veinticinco años y ya era una conocida modelo. Ahora tenía una bonita casa y un lujoso automóvil, y todos sus caprichos eran satisfechos por su protector con sólo desearlos.

Un gentío multicolor había invadido las aceras. Allí, mirando las suntuosas casas de piedra y ladrillo, oyendo el sonido de los automóviles, estuvo recordando su vida. Había sido una niña desgarbada, demasiado alta, y no tuvo padre desde muy pequeña. A su madre enferma se la llevaron a algún lugar, donde permanecía desde entonces, y a ella la enviaron a la ciudad a vivir con sus tíos.

-Te gustará esto -le dijeron.- Pronto te acostumbrarás.

Y era cierto, pronto se había acostumbrado. En aquella época tampoco era agraciada; luego cambió mucho, hasta el punto de llamar la atención de un joven estudiante de publicidad, quien le hizo varias fotos para unos anuncios.

-Esta chica promete -comentaba. -Y seré yo quien la ha descubierto.

Cuando empezó a posar acababa de cumplir los quince años, pero mintió, afirmando que tenía diez y ocho. Él se mostraba muy amable, y aunque tuvo que hacerle concesiones, no podía negar que había sido generoso con ella. No había tenido que exhibirse desnuda, y ni aún ahora lo hacía.

-Eres diferente a las otras -le decía él. -Tú tienes más clase.

Luego, ganó un concurso de belleza local. Más tarde pasó al nacional, y compitió honrosamente. No consiguió el título, pero sí la mención a la muchacha más fotogénica. Había trabajado en el cine sin gran éxito, y por fin descubrió el mundo de la revista.

Ahí, el éxito había sido fulgurante. Su vida desde entonces cambió, y también cambiaron sus amistades. Pensó en su actual protector, que había cumplido los sesenta años: tenía un aspecto agradable, el cabello canoso, y pasaba por ser uno de los hombres más elegantes del momento. Le constaba que la quería de veras, y ella le estaba agradecida.

-Un mirlo blanco -decían sus amigas.

Pero ella no lo quería. Quizá en el fondo había sido el padre que nunca conoció, y aunque le debía mucho de lo que era, sus sentimientos eran encontrados.

-Me consumen los celos -le decía él. -No quiero que mires a nadie más que a mí.

Los éxitos se sucedían, y se estaba convirtiendo en la actriz de revista más cotizada, pero se sentía prisionera. Por supuesto, él era el dueño de la empresa. Mientras, su madre vivía internada en uno de aquellos horribles sitios que ella no quería mencionar. Sintió una punzada de remordimiento.

-Algún día, tendré que traerla conmigo -se dijo.

El timbre del teléfono la sobresaltó. Se apartó de la ventana y se inclinó a cogerlo. Asintió despacio. Era su protector.

-No podré recogerte esta noche, pequeña -oyó. -Dentro de una hora he de salir de viaje, pero te llamaré todos los días.

-¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

-Menos de una semana. Quiero que en cada minuto te acuerdes de mí. Y quiero pedirte un favor. ¿Lo harás?

-¿De qué se trata?

-Unos amigos me han invitado a la boda de su hija, y no podré asistir. Es esta misma tarde, a las cinco. ¿Podrás sustituirme? -Ella suspiró.

-Dime dónde.

Él le estuvo explicando. La muchacha asentía, incómoda sin saber por qué.

-Y pórtate bien- añadió él, en tono de broma. Ella se estremeció.

-Me portaré bien, descuida.

Sabía que en algún lugar del extranjero residía su esposa, y que no estaban divorciados. Él era de origen inglés, y había recorrido el mundo con su negocio de espectáculos. Tenía locales propios en varios países, que ella había visitado como estrella.

-Deséame buen viaje -dijo él.

Colgó el teléfono y se tendió en la cama. Hacía poco tiempo que estrenara su lujosa vivienda en el centro de la ciudad, y ella misma se había encargado de la decoración. El dormitorio era blanco y dorado, alfombrado en colores pálidos, y en un jarrón había un ramo de rosas amarillas que él se encargaba de renovar a diario.

Dieron unos golpecitos a la puerta, y entró una mujer gruesa con uniforme de doncella. Le preguntó qué quería comer. Casi siempre se adelantaba a sus deseos, y era además una excelente cocinera.

-Lo que tú quieras -dijo ella. -Me es igual.

Hacía mucho tiempo que la acompañaba, y la mimaba como nadie lo había hecho. Después de la función los aguardaba a ambos; les servía la cena con flores en la mesa y un par de candelabros de plata con las velas encendidas.

-¿Dónde aprendiste a guisar? -le preguntaba ella. La mujer se encogía de hombros.

-Ah, casi no me acuerdo ya. Siempre me ha gustado guisar. Mi madre fue cocinera en un hotel, y ella me enseñó.

La mujer salió, cerrando sin ruido la puerta. Ella consultó su reloj de pulsera; era un reloj sencillo, porque nunca le habían gustado las joyas llamativas. Se incorporó en la cama y marcó un número de teléfono.

-Soy yo -dijo en tono muy bajo, y al otro lado oyó una voz pastosa y grave.

-Vaya -le dijo él. -Creí que te habías muerto.

-¿Estás enfadado? Por favor, no lo estés. No quiero que regañemos, por lo que más quieras. ¿Tienes la tarde libre?

-¿Que si tengo la tarde libre? Llevo meses aguardando tu llamada, y me preguntas si tengo la tarde libre. ¿Tú qué crees?

-Necesito verte. Lo necesito sobre todo. Quiero hablarte antes de la función.

Calló un momento, mientras él le hacía una pregunta.

-Va a salir hoy de viaje, y tardará casi una semana en volver. ¿Te imaginas?

Recordó a aquel hombre de pelo canoso, y lo sintió tan lejano como si un mundo se interpusiera entre los dos. Luego habló en tono cansado.

-No me hables de hoteles, por favor. Quiero estar contigo en tu casa. Quiero que vuelvas a hacerme fotografías, como antes.

-Pero, ¿te has vuelto loca? -Ella se estremeció.

-Es que estoy hastiada, aburrida de todo esto -suspiró. Ahora tengo un compromiso urgente. Es una boda. ¿Te parece que nos veamos para merendar en algún sitio?

-¿No te parece demasiado... público?

-Quiero estar contigo, y no me importa dónde sea.

-¿Qué te ha hecho cambiar de forma de pensar?

-No lo sé. Quiero verte, y ser una mujer como todas. Me invitarás a merendar. Luego, después de la función, podemos cenar en un chino.

-¿En un restaurante chino? -preguntó incrédulo, y ella asintió.

Hace siglos que no visito uno. Pediremos cerdo agridulce, arroz tres delicias... ¿O es que ya no te

acuerdas?

-Claro que me acuerdo -se detuvo un momento, y luego prosiguió: -Bien, si te parece, podemos vernos a las seis y media.

-Me parece muy bien.

Él le dijo el nombre de una cafetería y ella asintió. Colgó el teléfono y se sintió feliz. Por un instante revivió en la memoria todos sus momentos de pasión.

-Lo difícil será volver luego a la realidad -suspiró.

Estaba tan excitada como una colegiala. Escogió un traje sencillo, sin ninguna joya, y se puso una chaqueta que se ceñía a su espléndida figura como una segunda piel. Tomó el ascensor hasta el garaje, y el guarda la siguió con la vista.

-Buenas tarde, señorita. ¿No viene el señor?

-Hoy está fuera -dijo ella, y se dio cuenta de que le molestaba la pregunta. En el deportivo de color guinda atravesó el centro de la ciudad, enmedio del tráfico ruidoso. Pudo hallar un sitio donde aparcar frente a la iglesia. Había un vigilante, que le abrió la portezuela.

-Gracias -le dijo.

Nunca había visitado este lugar. Vio que los invitados hablaban de ella. La miraban de reojo y comentaban.

-Es esa, mírala. Esa tan alta -oyó.

-Es guapísima.

La novia resultó ser muy joven, con unos ojos enormes y negros. Tenía los hombros redondos y una cara preciosa, y llevaba un vestido color hueso con una banda color de rosa a la cintura. También rosa era un pequeño ramo que sostenía en la mano. Todo en ella irradiaba juventud.

-Te agradezco mucho que hayas venido -dijo, con ojos chispeantes.

-Yo estoy encantada también -dijo ella, besándola.

La madre de la novia era una actriz bastante ajada, que a sus treinta años había logrado conquistar a un marido rico, un verdadero mafioso. Él le besó ceremoniosamente la mano.

-Sea bienvenida -le dijo. - La más bella de las mujeres del país.

-No diga eso, por favor.

La ceremonia se dilataba, y ella tenía prisa. Hacía una que empezó la boda, y aquello no llevaba visos de terminar.

-Qué largo es esto -dijo su compañera de banco, y ella sonrió.

-Un poco.

Por fin terminó el acto, y todos, familiares y amigos, salieron a la calle a través de la sacristía. La madre de la novia se le acercó y ella le dio la enhorabuena.

-Ha sido precioso -le dijo. Ella la miró, agradecida.

-¿De veras lo crees?

-Sí, de verdad. La novia está preciosa.

-Eso sí que es cierto.

La invitó al cóctel que tendrían, pero ella se disculpó. La madre de la novia le plantó dos sonoros besos, uno en cada mejilla.

-No me has decepcionado -le dijo. -Nunca he visto a nadie como tú, ni un pelo del color del tuyo. ¿Es natural?

-Sí que lo es.

-Pues es una maravilla.

Por fin pudo zafarse. Estaba empezando a llover y le costó trabajo sacar el automóvil de su lugar. Mientras conducía, pensó en la función de la noche: muchos hombres querrían verla a solas en su camerino, y a ninguno recibiría. Hoy no estaría él como otras veces, alzando una muralla alrededor, guardando aquella maravilla que él mismo había creado. Se sorprendió pensando que lo echaría de menos.

-A cambio, me exige la fidelidad de una esposa -pensó.

Detuvo el auto cerca de la cafetería. Cuando entró, todas las miradas la siguieron. No distinguió a su amigo y pensó que estaría en la planta baja.

-Mucho más discreto -se dijo.

La aguardaba de pie, sonriendo, como aquel día en que la fotografió por primera vez. Lo besó en la mejilla y notó la suavidad de su barba oscura.

-Creí que no venías -dijo él. Ella lo cogió del brazo.

-No puedes figurarte el mal rato que he pasado. Aquello no se acababa nunca.

El la ayudó a sentarse, tomó una mano enguantada entre las suyas y la besó.

-Estás bellísima, como siempre- le dijo. Ella se echó a reír.

-Me hubiera gustado que te conociera la madre de la novia. Se hubiera enamorado de ti, seguro.

Permanecieron con los dedos enlazados, igual que en otro tiempo, mientras ella contemplaba con arrobo el cabello y la barba de un negro azulado, y sus ojos oscuros. Las manos del hombre eran largas y fuertes. Aproximó su rostro al de él, que la rechazó con suavidad.

-Estamos jugando con fuego, querida -Ella se puso seria.

-No pareces muy alegre -le dijo. -¿No estamos juntos?

-Pero, ¿por cuánto tiempo? -Ella lo miró a los ojos.

-Tenemos toda una semana.

Tomaron sus vasos y bebieron al mismo tiempo. Él hablaba en voz baja.

Temo perderte -dijo. -Ella lo observó con extrañeza.

-¿Por qué dices eso ahora?

-No lo sé, tengo miedo. Cuando he entrado aquí esta tarde he sentido miedo, y no sé por qué.

-Qué niño eres.

Luego se puso seria y habló sin mirarlo.

-¿Te gustaría que volviera contigo? -preguntó.

-Tú no volverás-sonrió amargamente él.

-Puedo volver... cualquier día.

-Yo no lo creo. -Ella se le aproximó y le habló al oído.

-¿Sabes? Me gustaría tener un hijo tuyo. Es lo que más deseo en el mundo.

Él pareció alterado y apagó el cigarrillo con rabia, aplastándolo en el cenicero.

-No vuelvas a decir eso. Para tener un hijo mío tendrías que ser mi mujer, y no creo que se dé el caso.

Ella se estremeció ante la dureza de aquella mirada. Se arrepentía de haber expresado sus más íntimos deseos, y pensó que había sido una gran torpeza. Quiso cambiar de conversación.

-Tendremos que marcharnos -dijo. -Tengo que maquillarme y vestirme, y temo que voy a llegar tarde. Nos veremos después de la función.

-Perdona -dijo él. -Soy un burro.

Le ofreció un cigarrillo, y alargaba la mano con el encendedor cuando sucedió la explosión. Se conmovió la pared contigua y un grito fue ahogado por el estruendo. Todo quedó a oscuras en aquella atmósfera irrespirable con olor a pólvora quemada.

Él consiguió librarse con un gran esfuerzo de algo que le apretaba el tórax. Estaba ileso y con los músculos en tensión. Luego, se encendió la luz.

Le temblaban las manos cuando alzó la mesa; sintió que las fuerzas lo abandonaban y se quedó mudo, sin moverse. Ella estaba en el suelo, bajo un enorme trozo de pared, semejante a la losa de una tumba.

Con ambas manos fue apartando lo que le parecía una tonelada de ladrillo y cemento, mientras lo asfixiaban el polvo y el humo. Por fin pudo verle la cara: sus ojos de color violeta estaban abiertos y lo miraban fijamente. Un triángulo oscuro marcaba en su frente la huella de un objeto punzante.

-No te mueras, por favor -le dijo.

Pero ella estaba muerta. Era como si un aparte de él hubiera muerto allí, enmedio de aquella horrible pesadilla.

-¿Qué hemos hecho? -gimió.

***

ERAN LAS SIETE Y MEDIA DE LA MAÑANA de aquel día lluvioso de noviembre cuando el policía salió de su casa y se encaminó hacia la brigada. Iba vestido de paisano, pero bajo su chaqueta de mezclilla llevaba oculta una Star Parabellum.

Tenía menos de treinta años y llevaba seis patrullando por la ciudad. Era alto y fornido, y tenía el cabello crespo y oscuro. Su rostro era ancho, de huesos grandes y mandíbula poderosa, y sus ojos miraban siempre a la cara de su interlocutor.

Entró a desayunarse en un bar. El dueño acababa de llegar; dio la luz, encendió la cafetera y alineó los platos cuidadosamente, poniendo encima las tazas, las bolsitas de azúcar y las cucharillas.

-Hoy también va a llover -dijo por todo saludo.

Era un hombre largo, con grandes bolsas en los párpados. Él asintió.

-Sí, parece que sí.

Mientras desayunaban, estuvieron charlando. La víspera se había producido una reyerta a cuchilladas en las inmediaciones, y por la tarde la ambulancia retiró a un chiquillo atropellado por un coche.

-Pronóstico grave -dijo el policía. -La madre está inconsolable.

-Una imprudencia -dijo el dueño del bar, moviendo la cabeza. -Pobre criatura.

-Así es -dijo él, pagando el café.

-Convida la casa -dijo el otro, devolviendo el dinero. Él sonrió.

-No admito chantajes.

Cuando salió, eran ya muchos los vehículos que ocupaban la calzada con un gran estruendo. Cuando llegó a la brigada eran las ocho menos cuarto pasadas.

-Buenos días a todos.

Atravesó la sala de control, entre grandes paneles con vistas aéreas de la ciudad: eran fotografías traslúcidas, iluminadas por detrás con fluorescentes. Había mapas auxiliares en las mesas, y en ellos señalada la posición de las patrullas.

-Hola, ya estoy aquí.

De las mesas de microfonía llegaban retazos de mensajes, transmitiendo informes telegráficos en tono monocorde.

K-O para H-50. Buenos días. En servicio.

Encima de una mesa alargada había varios teléfonos, y un policía de uniforme atendía a las continuas llamadas.

-¿Cómo dice? Repita, por favor. Gracias, no se retire.

Su compañero ya lo estaba aguardando. Era un hombre robusto y tenía al menos veinte años más que él. Había sido profesional del boxeo y hasta había conquistado algún título. Con un rápido movimiento enfundó su revólver y se abrochó la cazadora. Luego habló sin mirarlo.

-Hay un tipo muerto en un portal. ¿Te gusta para empezar el día? -Él silbó suavemente.

-¿Muerto?

-Más muerto que mi abuela. Debe ser un drogado o cosa parecida. Nos ha avisado una vecina que salía a comprar el pan, y se ha encontrado con el fiambre -añadió con una risotada. Un policía rubicundo, de pelo rizado, lo miró.

-No te quejarás, Viejo. De noche es mucho peor.

-Dirás que es diferente -dijo él. -Menos ajetreo. -El otro se picó.

-Es lo que tú te crees. A las cinco he recogido a una mujer que se tiró de un décimo piso. ¿Por qué la gente se suicidará por la noche?

-Eso es para darte trabajo -dijo el, y al mismo tiempo le dio al compañero una palmada en la espalda que lo hizo tambalear. -Marchando -agregó.

Hallaron al hombre sentado en un escalón, reclinado sobre la pared. Parecía de piedra y llevaba un abrigo harapiento y lleno de mugre.

-El abrigo está húmedo de lluvia -indicó el policía mayor. -Toma nota, es una buena pista.

Instruyeron las diligencias oportunas y el cadáver fue trasladado al depósito judicial.

-Este ya no tiene problemas -bromeó el más joven.

Presentaron su informe en una oficina de paredes costrosas, donde había una bombilla polvorienta

pendiendo del techo. Detrás de una mesa un hombre manejaba un cerro de papeles, mientras otro escribía a máquina a toda velocidad.

-Podéis marcharos ya -les dijo, alzando la mirada. Y gracias.

Los dos policías ocuparon de nuevo su automóvil. Los aguardaba el conductor, un muchacho joven con el cabello largo trenzado en una coleta. Sobre el zumbido del motor atendieron un nuevo mensaje.

-Atención, H-50 llamando a K-1. Una mujer que iba a ser violada ha logrado reducir a su atacante, golpeándolo con un hierro de cocina. Transmitimos su dirección.

El joven inspector entró el primero en el portal; extrajo el arma de su funda y al empuñó. La miró un momento, negra y extraplana: pulsó el seguro que bloqueaba el disparador y empezó a subir la escalera.

-Vamos a ver qué pasa -gruñó el compañero.

Subieron los escalones de dos en dos, y al llegar al cuarto piso aguardaron junto a la puerta. El más joven llamó al timbre y el otro lo cubrió.

-Vamos, abran a la policía.

Abrió una mujer. Vestía un camisón corto y transparente, que dejaba traslucir los pezones.

-Estoy dispuesta a colaborar -les dijo. -Pasen.

El policía corpulento palpó bajo la cazadora el bulto familiar de su 38. Al entrar, vio sobre la mesa el atizador de una chimenea. En un rincón había un hombre inconsciente, con el rostro ensangrentado, y por encima la luna de un espejo estaba hecha pedazos.

-Es amigo suyo? -preguntó.

-Pues... verá -dijo ella.

-No es su amigo. Entonces, ¿qué hacía aquí?

-Estaba de visita.

-Conque de visita. ¿Acostumbra a usar el atizador con sus visitas?

Ella se echó a llorar.

-Yo nunca... soy violenta -hipó. -Era sólo para asustarlo, ¿comprende?

-Pues le ha faltado poco para dejarlo seco, señorita. ¿O debo llamarla señora? Por cierto, ¿No nos conocemos?

Ella se estremeció y lloró con grandes gemidos. Se echó en brazos del policía más joven, que la rechazó.

-Hay que llamar a una ambulancia. Este hombre se está desangrando. ¿Dónde está el teléfono?

-Lo tengo cortado -dijo ella, limpiándose las lágrimas con un pañuelito arrugado.

-¿Cómo, cortado? Pues, ¿desde dónde ha avisado a la policía?

-He bajado a casa del portero -dijo ella. El Viejo movió la cabeza y miró al otro.

-Vete abajo -indicó. -Y llama desde el automóvil. Y usted va a vestirse ahora mismo, y nos va a acompañar. Y cállese de una vez, que me pone nervioso.

El compañero llamó a la ambulancia, dando las señas de la vivienda. Varios chiquillos lo miraban, curiosos.

-¿Qué hacéis, que no estáis en vuestra casa? Vamos, fuera de aquí.

El Viejo salía del portal, conduciendo delante a la mujer. Observó a los mirones y juró entre dientes.

-¿Habéis llamado a la ambulancia? Aquí os entrego a esta alhaja. Yo me subo con el tipo, no se nos muera arriba. Le he hecho una cura de urgencia.

No habían pasado diez minutos cuando la ambulancia enfilaba la calle entre aullidos de sirena. De camino a la comisaría, ellos oyeron de nuevo el radio-teléfono. Cuando llegaron a su destino, un hombre pálido los recibió con un gruñido.

-Aquí te dejo este regalo -dijo el Viejo. -Cuídamela. Le ha roto la cabeza a su hombre con un pincho de atizar el fuego. Dice que la iba a violar.

Ella llevaba las mejillas llenas de churretes. El otro la cogió del brazo.

-La conozco- afirmó. -Ven conmigo, prenda.

Oyeron nuevas instrucciones por el teléfono portátil, y volvieron al coche.

-Atención, H-50 para K-1. Se acaba de localizar a dos personas sospechosas del atraco a una joyería. Dénse prisa.

-K-1 para H-50. Por favor, dadnos la situación exacta.

Oyeron un momento, y luego contestaron:

-Vamos para allá.

El chófer detuvo el automóvil, y los dos policías fueron en dirección a un paso subterráneo. Dieron con dos sujetos cuya indumentaria coincidía con la información suministrada. El más joven se aproximó y les mostró su placa.

-Quietos -pronunció como un trallazo. -No os mováis, si no queréis que os deje secos aquí mismo.

Salieron, con las armas apoyadas en las costillas de los dos delincuentes. El coche los estaba aguardando.

-Vamos, rápido. Hay que entregar este paquete cuanto antes.

Acababan de dejar a los detenidos en la comisaría del distrito y recibieron una nueva llamada. Un hombre trataba de vender droga en un bar, y un cliente les había dado el aviso. Tenían que detenerlo sin disparar, persuadiéndolo por medio del megáfono. Cuando llegaron, no había ni rastro del culpable.

-Otra vez será -se resignó el más joven. -La próxima lo cogeremos.

Almorzaron sobre la marcha. A media tarde habían perdido la cuenta de las calles recorridas, de los cigarrillos fumados, siempre entre la masa de vehículos, en una atmósfera cargada de gases. El Viejo sacó su revólver y lo lustró con la bocamanga.

-¿Cuándo vas a renovar esa antigualla?

-Antigualla o no, no pienso cambiarla, por ahora. La tuya puede encasquillarse, pero esto está siempre en condición de disparar. Es como si fuera mi querida.

El radioteléfono los interrumpió: Un marido había tirado por el balcón el perro de su esposa.

-Esto es demasiao, colega -rió el joven sin ganas.

***

Eran las siete menos veinte minutos y la lluvia arreciaba. La calle brillaba, charolada, y también el viejo automóvil.

-Escucha esto -dijo el policía corpulento.

-Es urgente. H-50 para K-1. Hace un minuto se ha recibido un aviso de la cafetería América 90. El encargado ha denunciado una llamada anónima, amenazando con la colocación de una bomba. Hemos avisado al servicio de desactivación.

-K-1 para H-50. Vamos para allá.

-Será una falsa alarma -dijo el joven. -De un tiempo acá, la ciudad está llena de bromistas.

El coche salió disparado. Estaban llegando al lugar cuando un hombre rubio que llevaba un chaleco rojo casi se les metió bajo las ruedas.

-Me cago en todo -dijo el chófer. -Sólo nos faltaba atropellar a alguien.

Habían pasado cuatro minutos desde que recibieron la llamada cuando los dos policías saltaron a la acera. Iban a entrar en el local cuando se produjo la explosión. Un humo con olor a pólvora los alcanzó de frente, mientras el cristal del escaparate se hacía añicos y sus trozos quedaban esparcidos por la acera, o clavados en los dulces y fiambres que se exhibían en las vitrinas.

-Trataban de sorprendernos dentro -pronunció el Viejo sordamente. -Está bien claro.

Se cruzaron con la gente que huía. Un camarero trataba de explicar lo sucedido.

-Ha sido en la planta baja -decía, tosiendo. De pronto, todo se ha llenado de humo. He subido a tientas, abajo no se puede respirar.

Un gran tablón se había desprendido, interceptando el paso ante la puerta. Ellos ayudaron a retirarlo. La luz se había encendido de nuevo, y del interior llegaban llantos y gritos agudos.

-Vamos abajo.

Empezaron a colaborar en el rescate de las víctimas; se sabía que unas trescientas personas ocupaban el local, aunque más de la mitad estaban en la planta superior, y apenas habían sufrido daños. También la cocinera y sus ayudantes salieron ilesas, y entre los camareros había unos cuantos heridos leves.

-Afortunadamente, no ha habido bajas en el personal -decía el encargado. -Todos están bien, sólo algunos rasguños.

La cocinera les explicó su versión, mientras agitaba unas grandes manos enrojecidas.

-De la puerta que daba a los servicios salió una llamarada, yo la vi desde la cocina. Luego un humo, que todo lo cubrió. Volaron las mesas y las sillas, atrapando a la gente debajo. Yo pude salvarme de milagro, y lo mismo estas -señaló. - Nos salvó el muro de la cocina, algunos se estrellaron al otro lado de ese muro.

Los más cercanos al tabique medianero con los lavabos habían sido los más afectados, al recibir directamente la onda expansiva. Ninguno lo pudo contar.

Los dos policías trabajaban frenéticos. Infinidad de veces bajaron y subieron las escaleras, llevando a alguna víctima en una camilla improvisada, mientras saltaban sobre los muebles volcados.

-Cuidado -dijo alguien. -Hay peligro de desprendimiento.

-¿Han cortado el gas?

-Es lo primero que hemos hecho -dijo el encargado.

Alguien habló de un hombre rubio con un jersey rojo, y el policía corpulento recordó la figura del joven al que casi habían atropellado con el coche-patrulla.

-Hijo de perra -masculló.

Luego, el aire de fuera lo hizo sentirse mejor. Algunos de los cadáveres extraídos eran difícilmente reconocibles. Rugidos de sirenas, coches blancos con luces intermitentes, toda una fila de automóviles aguardaba, bloqueando la calle. Un coche de bomberos hacía sonar su sirena. Un bombero pasó a su lado, llevando en las manos un extintor.

-Demasiado tarde -pensó él. -Todos hemos llegado demasiado tarde.

Entre cristales rotos se deslizaba una ambulancia. Del local sacaron una víctima cubierta con una sabanilla sangrienta. Iba de bruces, y el Viejo distinguió el brazo de un hombre colgando hacia abajo. Sintió ganas de vomitar: el brazo iba desprendido del tronco, a punto de caer.

-Hijos de perra -repitió.

La ambulancia partió con su carga macabra. Un camarero entrado en años, con la chaqueta ensangrentada, trataba de poner orden en el caos del escaparate, como si la costumbre lo obligara. Otro empleado estaba limpiando la acera de cristales. Un sacerdote joven, vestido con sotana, entró sin que nadie le pusiera trabas.

-Es el único que puede ayudar -se dijo el policía amargamente.

Giró en redondo y se halló frente a frente a un compañero del equipo de desactivación.

-¿Puede haber algo más? -preguntó, y él movió la cabeza.

-No es probable, pero hay que asegurarse bien.

-Y podía haber ocurrido algo peor -intervino el encargado. -Porque había unos miles de litros de gasoil almacenados bajo nuestros pies.

***

Varias horas después, todavía podía percibirse el olor a humo que salía del interior, mientras varios guardias de uniforme impedían el paso a los curiosos. Un coche-patrulla pedía incesantemente por el megáfono que no se circulara por la zona, ni se sobrepasaran los cordones de seguridad. La policía bloqueaba las calles adyacentes, y coches anti-disturbios permanecían vigilando las inmediaciones.

-¿Hay muchas víctimas?

-Ni siquiera se conoce el número -era la respuesta.

Habían transcurrido ocho horas desde el momento de su relevo habitual cuando los dos policías abandonaron el lugar. El conductor conectó la radio local, en el momento en que una voz conocida daba las últimas noticias.

“Todos los cuerpos sepultados entre los escombros han sido rescatados, unos con vida y otros ya cadáveres. De cuatro de ellos se desconoce la identidad...”

-Quita eso, por favor, dijo el joven, y el otro no pareció oirlo.

“Se ha reconocido a una mujer de cincuenta años por las iniciales grabadas en una alianza con la fecha de su boda. Otras víctimas no han sido identificadas todavía, por estar irreconocibles...”

-Quita eso, coño. ¿Cómo quieres que te lo diga?

El Viejo suspiró. Estaba muerto de cansancio. Pronto, otros compañeros acudirían a sustituirlo en una larga madrugada. Darían caza a malhechores, buscarían a personas desaparecidas o levantarían cadáveres.

Quizás, alguien se ahorcaría bajo un puente. Un mensaje interrumpió sus pensamientos.

-Atención, H-50 para K-1. Están relevados del servicio. Buenas noches.

***

EPÍLOGO

EL CIELO OSTENTABA LOS TONOS del crepúsculo y la tarde se alejaba deprisa entre jirones de color violeta. Se encendieron las luces en las casas, se iluminaron los escaparates, anunciando que llegaba la noche. En un pasaje estrecho, un joven rubio hizo crujir nerviosamente las articulaciones de sus dedos. Estaba aguardando a que fuera noche cerrada para volver al piso; aunque no había podido oír las noticias de la radio, sabía que todo había ocurrido según lo previsto. Se acordó de las chicas.

-Espero que estén a salvo -se dijo.

Eran las nueve y media cuando se decidió a volver. Había oído comentarios por la calle, y sabía que la policía lo estaba buscando. Se habían registrado algunas casas sospechosas, e incluso se había sorprendido a un grupo que preparaba cócteles Molotov en latas de cerveza. Los terroristas habían disparado a los guardias desde una ventana, y ellos los habían reducido por medio de botes de humo. Él no pudo por menos que sonreír cuando lo supo.

-Si serán desgraciados.

La calle estaba solitaria en su zona, y nadie le dio el alto. Rió de nuevo silenciosamente, pensando que el zulo descubierto estaba en el otro extremo de la ciudad.

-¿Qué estarían tramando? En fin, lo siento por ellos. Mala suerte.

No tuvo que aguardar más que breves minutos al pie del aparato de radio, y oyó el primer balance de las víctimas.

-Descansen en paz -bromeó.

Una interferencia le impidió seguir escuchando; cogió el aparato y lo sacudió.

"...la colaboración de varios conocidos terroristas. El establecimiento ha sufrido daños cuantiosos, sin contar con la terrible pérdida de vidas humanas..."

De pronto sintió hambre, y se dio cuenta de que hacía varias horas que no había comido. Se terminó el guisado frío, de una alacena sacó una lata de bonito en aceite y lo metió dentro de un trozo de pan. El pan tenía por lo menos tres días y estaba como una piedra.

-Carajo -exclamó. -A poco más me rompo un diente.

Empezaron a dar la lista de los fallecidos, nombres sin rostro que no le decían nada. Pensó un momento en la belleza que ocupaba una mesa, y sintió cierta curiosidad.

"...una anciana murió por estallido cerebral, y está completamente abrasada..."

Él rebañó el envase del bonito. En la radio añadieron que los autores del atentado habían ensayado el golpe a la perfección. Al parecer habían sido dos personas que iban armadas.

-Dos hombres -pensó con cierto orgullo. -No tienen ni idea.

Cogió la caja de bombones y la volcó, pero no cayó ninguno. Tampoco quedaban botellas de cerveza, y bebió agua del grifo. El agua le supo a cloro.

-Puaf -escupió en la pila de fregar.

Se sentía cansado, y pensó que dormiría hasta el día siguiente. Quizá permaneciera allí unos días; había comida de sobra en la alacena. Iba a apagar la radio cuando una noticia lo sobresaltó.

"Tenemos una última información. Como se ha dicho, han sido fijadas severas medidas de control en las fronteras y aeropuertos, en estaciones ferroviarias y puertos marítimos. Se han establecido controles en las carreteras, y se nos comunica que dos mujeres jóvenes que huían en un automóvil han resultado muertas".

La radio comenzó a fallar y él la golpeó desesperadamente. La voz había cambiado y era más aguda.

"Dos mujeres, presuntas terroristas, han resultado muertas hace escasamente media hora, en un control establecido en la carretera de Irún. Una de ellas, posiblemente embarazada, trató de apearse en marcha y se estrelló contra la cuneta. Al parecer, habían huido antes de que se pusiera cerco a la ciudad. La mujer que conducía el coche iba armada. Disparó contra los agentes, hiriendo a uno de ellos en el hombro. Ambas fueron conducidas al centro asistencial más cercano, donde ingresaron cadáveres."

Se sentía asfixiar, y pensó que aquel horrible piso se le vendría encima de un momento a otro. Pasaron unos larguísimos segundos antes de que continuaran las noticias: las caras sonrientes de las dos muchachas aparecieron ante él, y un sabor a sangre le inundó la boca.

"...Al parecer, estaba relacionadas con los integrantes del comando autor del atentado en la cafetería. La mujer que conducía estaba en posesión de una agenda con nombres y direcciones, lo que facilitará la búsqueda de todos los implicados..."

Saltó del asiento, sobresaltado por la noticia.

-Mierda -gimió.

Buscó su agenda en los bolsillos, y no estaba. Recordó entonces que ella se la había pedido unas horas antes, cuando quiso llamar por teléfono. Buscó en todos los cajones, sin resultado alguno.

-Mierda -repitió, estremeciéndose.

Luego pensó que era mejor que estuvieran muertas: hubieran hablado demasiado. Ahora tendría que huir cuanto antes, por culpa de la maldita agenda.

-Eso me ocurre por fiarme de las mujeres -pensó tristemente.

La radio seguía dando los datos de los fallecidos: un hombre joven seguía sin identificar, una artista famosa...

-No hay más remedio que escapar -pronunció en voz alta.

El locutor carraspeó y pidió perdón a los oyentes.

"...Varios testigos han declarado haber visto a un hombre rubio que llevaba un jersey de color rojo. Los datos coinciden con los de un sospechoso, un especialista en explosivos buscado por la policía internacional..."

-Me hacen demasiado favor -sonrió con tristeza.

Sabía que estarían rastreando la zona. Tendría que hacerse con un coche, a ser posible un modelo corriente. Tendría que robarlo, lo abandonaría fuera de la ciudad y lo cambiaría por otro. No era la primera vez que se hallaba en un apuro semejante, pero confiaba en su suerte. El teléfono empezó a sonar.

-Carajo -se sobresaltó. Notó que los vellos se le erizaban; tenía que marcharse en seguida, o lo cazarían como a un conejo. Mientras recogía sus cosas, trató de poner sus ideas en orden.

En la calle no encontró a nadie. Seguía lloviznando, y se ocultó tras un quiosco cuando los faros de un coche dieron la vuelta a la esquina. No era un coche de la policía, sino un taxi; sin pensarlo dos veces alzó la mano y lo paró. Le dio al taxista una dirección en el centro.

-He quedado con mi hermano -dijo. -No quiero llegar tarde.

En su cabeza golpeaban ahora las estrofas del libro de los muertos. Recordó a la muchacha, y tuvo ante sus ojos el impacto de su cabeza contra la cuneta, y la masa encefálica esparcida.

-¡Por favor, no! -gritó, y el taxista volvió la cabeza.

-¿Ocurre algo? -preguntó.

-No es nada -dijo él. -A ver si puede ir más deprisa.

La ciudad era un ascua de luz. Algunos edificios públicos estaban iluminados y un halo lechoso rodeaba todas las cosas. Enmedio de una plaza, rodeada de luz, una diosa presidía la ciudad: el agua alrededor semejaba una enorme moneda de oro, y todo el círculo de piedra parecía una joya encantada.

"Destruirá a sus enemigos... justa y verdaderamente... justa y verdaderamente..."

El taxi se detuvo y él le pagó al conductor. Estuvo deambulando por las calles, mientras la fina lluvia le humedecía el cabello rubio. El tráfico se fue haciendo más espaciado; sentía frío, y se estiró las mangas del jersey.

Había vuelto a la plaza. Desde allí las figuras de piedra tenían un tinte rosado, y de lejos el rostro de la diosa parecía hecho de carne de mujer. Puntos de luz giraban en torno, mientras las últimas ventana se apagaban. Se alzaban los altos surtidores, desplomándose entre partículas luminosas. Por encima del arco de

triunfo vio un cielo negro, subrayado por una luz fantasmagórica.

"...justa y verdaderamente..."

Sola en el centro de la plaza, rodeada de tinieblas, la dama hermosa de los ojos vacíos parecía soñar; sostenía el cetro en la mano derecha, mientras los pliegues de su ropa iban cobrando vida y se convertían en terciopelo. La arrogante cabeza sostenía una corona torreada; los pechos, libres bajo las finas telas, eran pequeños y firmes. Sus rodillas ligeramente abiertas estaban en reposo, y su mirada vacía tenía algo de maternal. Ante ella, las dos bestias macizas no descansaban: en actitud de avanzar fijaban las pupilas al frente, vigilando, con las cabelleras goteando una humedad oscura. Las ruedas del carro se habían parado sobre un lecho de hojas. Todo estaba en silencio. El blanco resplandor de una farola se diluía en los muros de una bella mansión, dibujaba los balaustres y trazaba en los arcos finas y delicadas sombras. La ciudad se había dormido.